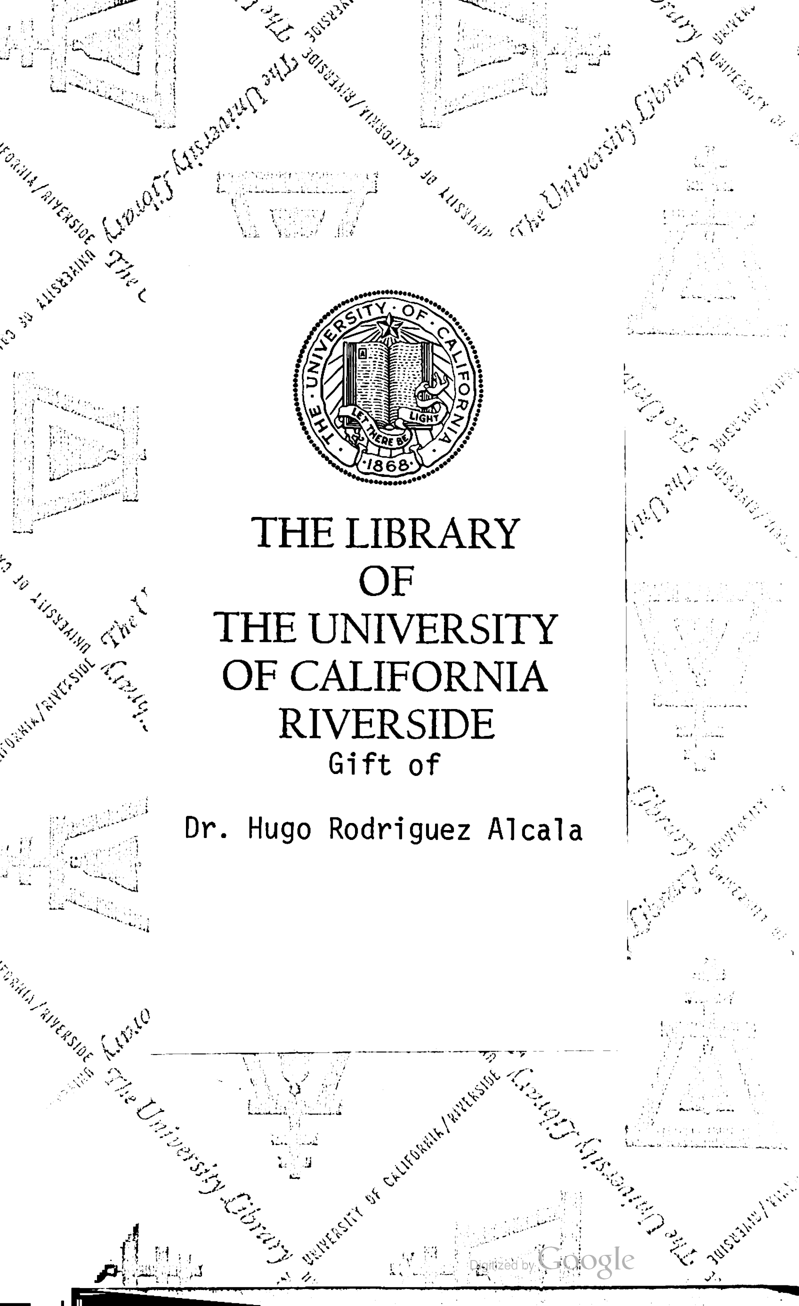
OSWALD SPENGLER

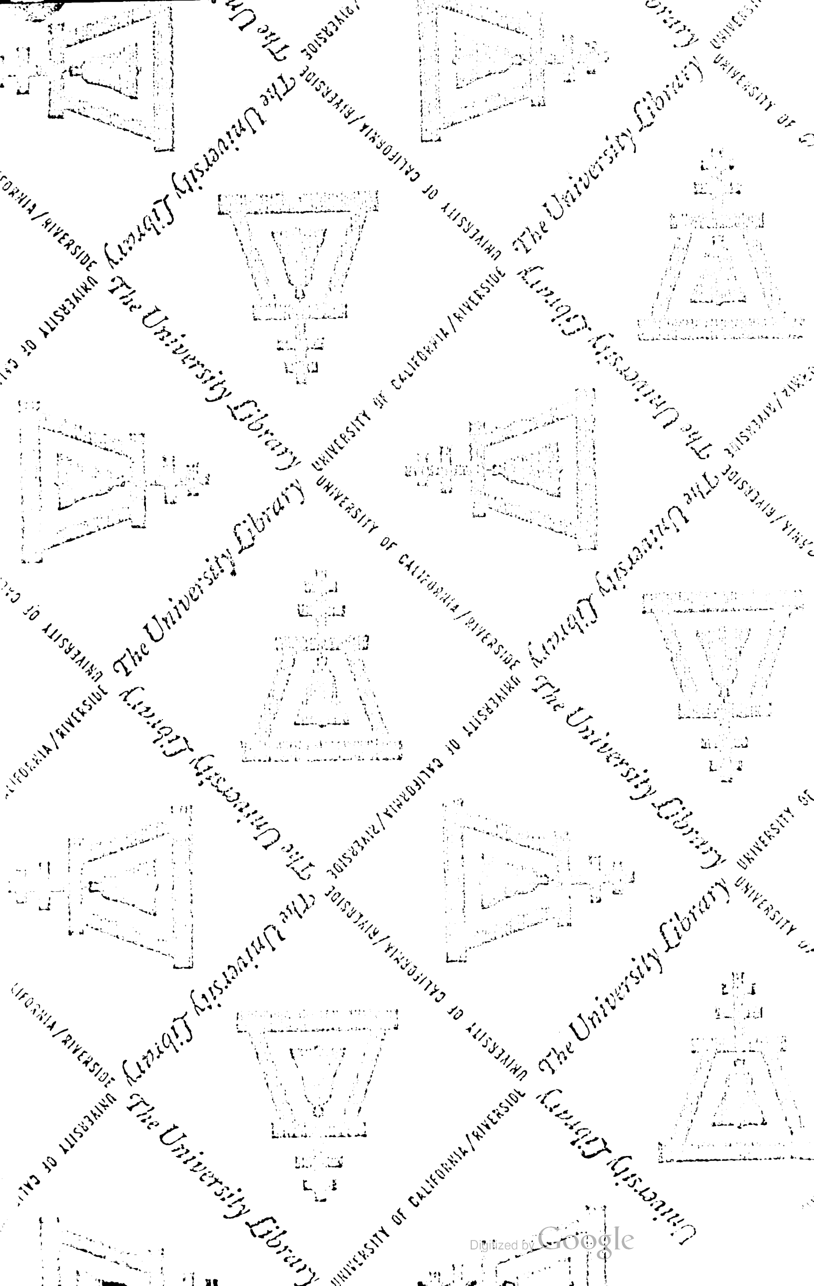
EL HOMBRE Y LA TÉCNICA

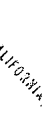
Y OTROS ENSAYOS



COLECCIÓN AUSTRAL


THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LET THERE BE LIGHT
1868


The University Library
UNIVERSITY OF CALIFORNIA / RIVERSIDE



OSWALD SPENGLER / EL HOMBRE Y LA TÉCNICA Y OTROS ENSAYOS



COLECCIÓN AUSTRAL

OSWALD SPENGLER

EL HOMBRE Y LA TÉCNICA

Y OTROS ENSAYOS

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES - MÉXICO

Primera edición popular para la
COLECCIÓN AUSTRAL

EL HOMBRE Y LA TÉCNICA. — *Traductor: M. García Morente.*
OTROS ENSAYOS. — *Traductor: L. Martínez Hernández.*

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley Nº 11723

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el 4 de junio de 1947

Compañía General Fabril Financiera, S. A., Iriarte 2035, Buenos Aires

ÍNDICE

PRÓLOGO

En las siguientes páginas expongo un pequeño número de pensamientos, que extraigo de una obra mayor, en la que trabajo desde hace años. Ha sido mi propósito tomar el punto de vista que en la *Decadencia de Occidente* apliqué exclusivamente al grupo de las culturas superiores y probarlo sobre el supuesto histórico de dichas culturas, o sea la historia del hombre desde su origen. En aquella obra hice la experiencia de que la mayor parte de los lectores no se hallan en situación de mantener la visión aplicada a toda la masa de los pensamientos; y por ello se pierden en las esferas particulares, que les son más familiares, viendo lo demás de soslayo o quedando incluso absolutamente ciegos para ello, por lo cual obtienen una falsa imagen, tanto de lo que yo decía como de aquello sobre lo cual lo decía. Estoy, desde luego, convencido de que para comprender el destino del hombre hace falta considerar comparativamente todas las esferas de su actuación al mismo tiempo y no cometer el error de partir exclusivamente de la política, de la religión o del arte, para iluminar aspectos particulares de su existencia, en la creencia de haber descubierto con ello todo. Sin embargo, me aventuro a ofrecer aquí un pequeño número de problemas que en sí mismos están conexionados, y, por tanto, son apropiados para dar una impresión provisional del gran misterio del destino humano.

LA TÉCNICA COMO TÁCTICA DE LA VIDA

El manejo y los medios. — Lucha y arma. — Evolución y cumplimiento. — La transitoriedad, como forma de lo real.

1

El problema de la técnica y de su relación con la cultura y la Historia no se plantea hasta el siglo XIX. El siglo XVIII, con el escepticismo fundamental, con la duda, que equivale a la desesperación, había planteado la cuestión del sentido y valor de la cultura, cuestión que condujo a problemas ulteriores siempre más desmenuzados, y con ello creó las bases que permitieron al siglo XX ver la historia universal como problema.

Por entonces, en la época de Robinson y de Rousseau, de los parques ingleses y de la poesía pastoril, considerábase al hombre «primitivo» como una especie de corderito pacífico y virtuoso, echado a perder más tarde por la cultura. Pasábase completamente por alto la técnica; y, en todo caso, ante las consideraciones morales, considerábasela como indigna de la atención.

Pero la técnica maquinista de la Europa occidental creció en proporciones gigantescas desde Napoleón; y con sus ciudades fabriles, sus ferrocarriles y sus barcos de vapor obligó, finalmente, a plantear en serio el problema. ¿Qué significa la técnica? ¿Qué sentido tiene en la historia, qué valor en la vida del hombre, qué rango moral o metafísico? Diéronse muchas respuestas a estas preguntas. Todas ellas pueden reducirse en el fondo a dos.

Por una parte, los idealistas y los ideólogos, los epígonos del clasicismo humanista de la época de Goethe, despreciaban las cosas técnicas y las cuestiones económicas en general, considerándolas como extrañas y ajenas a la cultura. Goethe, con su gran sentido de todo lo real, había intentado en la segunda parte del *Fausto* penetrar en las más hondas profundidades de ese nuevo mundo de los hechos. Pero ya con Guillermo de Humboldt comienza la concepción filológica de la historia, una concepción ajena a la realidad y según la cual mídese, al fin y al cabo, el rango de una época histórica por el número de cuadros y de libros que en ella se hayan producido. Un soberano no poseía significación de importancia más que si se conducía como un Mecenas. No importaba lo que, por lo demás, fuese. El Estado era una constante perturbación para la verdadera cultura, que se fraguaba en las aulas, en los gabinetes de los científicos y en los talleres de los artistas. La guerra era una barbarie inverosímil de épocas pretéritas, y la economía algo prosaico y tonto, sobre lo cual resbalaba la atención, aun cuando a diario se hacía uso de ella. Nombrar a un gran comerciante o a un ingeniero junto a los poetas y a los pensadores, era punto menos que delito de lesa majestad cometido para con la cultura «verdadera». Léanse en este sentido las *Consideraciones sobre historia universal,* de Jacobo Burckhardt. Pero éste era también el punto de vista de la mayoría de los filósofos de cátedra y aun de muchos historiadores, hasta llegar a los literatos y estetas de las actuales grandes urbes, que consideran la elaboración de una novela como más importante que la construcción de un motor de aviación.

De otra parte estaba el materialismo de origen esencialmente inglés, la gran moda de los semicultos en la segunda mitad del siglo pasado, de los folletones liberales y de las asambleas populares radicales, de los marxistas y de los escritores éticosociales, que se tenían por pensadores y poetas.

Si a los primeros les faltaba el sentido de la realidad, a éstos, en cambio, les faltaba en grado superlativo el sentido de la profundidad. Su ideal era exclusivamente lo útil. Todo lo que fuese útil para la «humanidad» pertenecía a la cultura, era cultura. Lo demás era lujo, superstición o barbarie.

Útil, empero, era lo que sirve a la «felicidad del mayor número». Y esta felicidad consistía en no hacer nada. Tal es, en último término, la doctrina de Bentham, Mill y Spencer. El fin de la Humanidad consistía en aliviar al individuo de la mayor cantidad posible de trabajo, cargándola a la máquina. Libertad de «la miseria, de la esclavitud asalariada», e igualdad en diversiones, bienandanza y «deleite artístico». Anúnciase el *panem et circenses* de las urbes mundiales en las épocas de decadencia. Los filisteos de la cultura se entusiasmaban a cada botón que ponía en marcha un dispositivo y que, al parecer, ahorraba trabajo humano. En lugar de la auténtica religión de épocas pasadas, aparece el superficial entusiasmo «por las conquistas de la Humanidad», considerando como tales exclusivamente los progresos de la técnica, destinados a ahorrar trabajo y a divertir a los hombres. Pero del alma, ni una palabra.

Este no es el gusto de los grandes descubridores mismos, con pocas excepciones; ni tampoco el de los que conocen bien los problemas técnicos; sino el de los espectadores, que no pueden inventar nada y, en todo caso, no comprendían nada de eso, pero rastreaban algo que podía redundar en su beneficio. Y con la falta de imaginación que caracteriza al materialismo de todas las civilizaciones, bosquéjase una imagen del futuro, la bienaventuranza eterna sobre la tierra, un fin último y un estado duradero, bajo el supuesto de las tendencias técnicas del año 80, aproximadamente, y en peligrosa contradicción con el concepto de progreso, que excluye todo «estar»: libros como *La antigua y la nueva fe*, de Strauss, *Retrospección desde el año 2000*, de Bellamy, y *La mujer y el so-*

cialismo, de Bebel. No más guerras; no más diferencias de razas, pueblos, Estados, religiones; no más criminales y aventureros; no más conflictos por la superioridad de unos y el diferente modo de ser de otros; no más odios, no más venganzas. Un infinito bienestar por todos los siglos de los siglos. Semejantes trivialidades nos producen hoy, al presenciar las fases finales de ese optimismo vulgar, la idea nauseabunda de un profundo tedio vital, ese *taedium vitae* de la Roma imperial, que se expande al sólo leer tales idilios sobre el alma y que, en realidad, si se realizase, aunque fuese sólo en parte, conduciría al asesinato y al suicidio en masa.

Ambos puntos de vista están hoy anticuados. El siglo XX ha llegado a madurez y puede penetrar, al fin, en el último sentido de los hechos, en cuya totalidad consiste la historia real del Universo. Ya no se trata de interpretar, según el gusto privado de algunos individuos y de masas enteras, las cosas y los acontecimientos en referencia a una tendencia racionalista, a deseos y esperanzas propios. En lugar de decir: «así debe ser», o «así debiera ser», aparece el inquebrantable: así es y así será. Un escepticismo orgulloso viene a substituir los sentimentalismos del pasado siglo. Hemos aprendido que la Historia es algo que no tiene para nada en cuenta nuestras esperanzas.

El tacto fisiognómico, como he denominado (1) a la facultad que nos permite penetrar en el sentido de todo acontecer; la mirada de Goethe, la mirada de los que conocen a los hombres y conocen la vida, y conocen la Historia y contemplan los tiempos, es la que descubre en lo particular su significación profunda.

2

Para comprender la esencia de la técnica no debe partirse de la técnica maquinista y menos aún de la

(1) *Decadencia de Occidente,* tomo I, capítulo II.

idea engañosa de que la construcción de máquinas y herramientas sea el fin de la técnica.

En realidad, la técnica es antiquísima. No es tampoco una particularidad histórica, sino algo enormemente universal. Trasciende del hombre y penetra en la vida de los animales, de todos los animales. Al tipo de vida que representa el animal, a diferencia del que representa la planta, corresponde la libre movilidad en el espacio, el relativo arbitrio e independencia respecto a todo el resto de la naturaleza y, por tanto, la necesidad de afirmarse frente a ésta, de dar a la existencia propia una especie de sentido, de contenido y superioridad. Sólo partiendo del alma puede descubrirse la significación de la técnica.

Pues la libre movilidad de los animales no es más que lucha (1), y la táctica de la vida, su superioridad o inferioridad con respecto al «otro», ya sea la naturaleza viviente o la naturaleza inerte, decide sobre la historia de esa vida, decide si el destino de esa vida es padecer la historia de los demás o ser historia para los demás. La técnica es la táctica de la vida entera. Es la forma íntima del manejarse en la lucha, que es idéntica a la vida misma.

Este es el otro error que debe evitarse aquí: la técnica no debe comprenderse partiendo de la herramienta. No se trata de la fabricación de cosas, sino del manejo de ellas; no se trata de las armas, sino de la lucha. Y así como en la guerra moderna la táctica, esto es, la técnica de la dirección militar es lo decisivo, y las técnicas del inventar, del fabricar, del aplicar armas, sólo pueden considerarse como elementos del manejo general, así también ocurre en todo y por todo. Existen innumerables técnicas sin herramienta alguna: la técnica del león, que acecha una gacela, y la técnica diplomática. La técnica de la administración consiste en mantener en forma al Estado para las luchas de la historia política. Existen manejos

(1) *Decadencia de Occidente*, tomo III, capítulo I.

químicos y técnicos de los gases. En toda lucha por un problema hay una técnica lógica. Hay una técnica de la pincelada, de la equitación, de la dirección de un globo dirigible. No se trata aquí de cosas, sino siempre de una actividad que tiene un fin. Esto, precisamente, es lo que con harta frecuencia pasa por alto la investigación prehistórica, que piensa demasiadamente en los objetos de los museos y harto poco en los innumerables manejos que debieron existir, pero que no han dejado la menor huella.

Cada máquina sirve sólo a un manejo y ha de entenderse, precisamente, partiendo del pensamiento de ese manejo. Todos los medios de comunicación se han desarrollado partiendo del pensamiento del caminar en carro, del remar, del surcar las aguas a la vela, del volar; mas no han partido de la representación del coche o del buque. El método mismo es un arma. Y por eso la técnica no es una «parte» de la economía, como tampoco la economía constituye, junto a la guerra y a la política, una «parte» de la vida, existente por sí misma. Todos esos son aspectos de la vida única activa, luchadora, llena de alma. Sin duda existe un camino que, de la guerra primordial entre los animales primitivos, conduce a la actuación de los modernos inventores e ingenieros, e igualmente del arma primordial, la celada, conduce a la construcción de las máquinas, con la cual se desenvuelve la guerra actual contra la naturaleza y con la cual la naturaleza cae en la celada del hombre.

A esto se llama progreso. Progreso fué la gran voz del siglo pasado. Veíase la Historia como una gran carretera sobre la cual «la Humanidad» marchaba valientemente, siempre adelante. Es decir, en el fondo, sólo los pueblos blancos; esto es, sólo los habitantes de las grandes urbes; esto es, sólo los «cultos».

Pero ¿adónde? ¿Por cuánto tiempo? Y luego ¿qué? Era algo ridícula esa marcha hacia el infinito, hacia un término sobre el cual nadie pensaba en serio, que nadie intentaba representarse claramente, que nadie

se atrevía a representarse; pues un fin es siempre un término. Nadie hace nada sin tener el pensamiento fijo en el momento en que habrá alcanzado lo que quiere. No se hace guerra alguna, no se navega por el mar, ni siquiera se da un paseo, sin pensar en su duración y en su conclusión. Todo hombre verdaderamente creador conoce y teme el vacío que subsigue a la terminación de una obra.

La evolución implica *cumplimiento* — toda evolución tiene un comienzo, todo cumplimiento *es un final* —, la juventud implica la vejez, el nacimiento implica el perecimiento, la vida implica la muerte. El animal, con su pensamiento vinculado al presente, no conoce, no sospecha la muerte como algo futuro y amenazador. Sólo conoce las angustias de la muerte *en el momento* mismo de ser muerto. Pero el hombre, cuyo pensamiento se ha libertado de esas cadenas del ahora y del aquí y que dispara sus meditaciones hacia el ayer y el mañana, hacia el «antaño» del pretérito y del futuro, conoce la muerte de antemano; y de la profundidad de su esencia y de su concepción cósmica depende el que sea superado o no por el temor del final. Según una leyenda griega antigua, que ya en la *Ilíada* se supone conocida, fué Aquiles colocado por su madre ante el dilema de elegir una larga vida o una vida breve, pero llena de hazañas y de gloria. Y Aquiles eligió esta última.

Érase — y se es — harto mezquino y cobarde para soportar el hecho de la transitoriedad que caracteriza a todo ser vivo. El hombre envuelve ese hecho en un rosado optimismo progresista, en el cual nadie realmente cree, y, ocultándolo en literatura, se arrastra tras de ideales para no ver nada. Pero la transitoriedad, el nacer y el perecer, es la forma de todo lo real, desde las estrellas, cuyo destino es para nosotros incalculable, hasta el hormiguero fugaz de este planeta. La vida del individuo — animal, planta u hombre — es tan efímera como la de los pueblos y culturas. Toda creación sucumbe a la descomposición;

todo pensamiento, toda invención, toda hazaña han de sumergirse en el olvido. Por doquiera vislumbramos cursos históricos de gran estilo, que han desaparecido. Por doquiera encontramos delante de nuestros ojos ruinas de obras que fueron y de culturas que han perecido. Al descomedimiento de Prometeo, que acomete al cielo para someter las potencias divinas al hombre, sucede la caída. ¿Qué nos importa la palabrería y farragosa alusión a las «eternas conquistas de la Humanidad»?

La historia universal tiene un aspecto completamente diferente del que nuestro tiempo ensueña. La historia del hombre, comparada con la historia del mundo vegetal y animal en este planeta — y no hablemos de la vida de los mundos estelares —, es breve; es un ascenso y un descenso de pocos milenios, algo que no tiene la menor importancia en el destino de la tierra. Pero para nosotros, que hemos nacido en ella, posee una grandeza y un poderío trágicos. Y nosotros, los hombres del siglo XX, descendemos la cuesta y lo vemos. Nuestra facultad de percibir la Historia, nuestra capacidad de escribir la Historia, es una señal que delata que el camino se dirige hacia el abismo. Sólo en las cumbres de las grandes alturas, en el momento en que éstas verifican el tránsito a la civilización, sólo entonces aparece por un instante esa facultad de penetrante conocimiento.

En sí y por sí es insignificante el destino que, entre los enjambres de estrellas «eternas», pueda tener este exiguo planeta que en alguna parte del espacio infinito describe por breve tiempo sus trayectorias. Y más insignificante aún es lo que en su superficie se mueve durante unos momentos. Pero cada uno de nosotros, que en sí y por sí es una nada, está lanzado en ese hormiguero por un instante indeciblemente breve, por la duración de una vida. Por eso es para nosotros importante, sobre toda ponderación, ese mundo en pequeño, esa «historia universal». Y, además, el destino de cada individuo consiste en que su nacimiento

le ha sumergido no sólo en esa historia universal, sino en un determinado siglo, en un determinado país, en un determinado pueblo, en una religión determinada, en una clase determinada. No podemos elegir entre ser hijo de un aldeano egipcio, 3000 años antes de Jesucristo, o de un rey persa, o de un vagabundo actual. A este destino — o azar — hay que someterse. Este destino nos condena a determinadas posiciones, concepciones y producciones. No existe el «hombre en sí» — palabrería de filósofos —, sino sólo los hombres de una época, de un lugar, de una raza, de una índole personal, que se imponen en lucha con un mundo dado, o sucumben, mientras el universo prosigue en torno su curso, como deidad erguida en magnífica indiferencia. Esa lucha es la vida; y lo es, en el sentido de Nietzsche, como una lucha que brota de la voluntad de poderío; lucha cruel, sin tregua; lucha sin cuartel ni merced.

HERBÍVOROS Y ANIMALES DE RAPIÑA

El hombre, animal de rapiña. — Ser botín y hacer botín. — El movimiento como fuga o ataque. — El ojo del animal rapaz y su mundo. — Invariable técnica específica del animal. — La técnica inventiva del hombre.

1

El hombre es un animal de rapiña. Finos pensadores, como Montaigne y Nietzsche, lo han sabido de siempre. La sabiduría de la vida, conservada en las viejas leyendas y en los refranes de todos los pueblos aldeanos y nómadas; la sonriente penetración de los grandes conocedores de hombres — políticos, generales, comerciantes, jueces — desde las alturas de una vida rica; la desesperación de los fracasados reformadores, y las reprimendas de los irritados sacerdotes, siempre se han guardado mucho de ocultarlo o de negarlo. Sólo la gravedad solemne de los filósofos idealistas y demás teólogos no ha tenido el valor de proclamar lo que en silencio todo el mundo sabe muy bien. Los ideales son cobardías. Y, sin embargo, de sus propias obras podría sacarse una preciosa colección de sentencias que, de vez en cuando, han subido a sus labios acerca de la bestia humana.

Pero este conocimiento hay que tomarlo definitivamente en serio. El escepticismo, la última actitud filosófica y la única posible en esta nuestra época, y aun la única digna, no permite que prosiga la inútil palabrería. Sin embargo, y justamente por ello, he de oponerme a las opiniones que se han desarrollado sobre la base de la ciencia natural, cultivada en el siglo

pasado. La consideración y ordenación anatómica del mundo animal está dominada completamente por puntos de vista materialistas, de conformidad con el origen de donde procede. Si la imagen del cuerpo, tal como se ofrece a la vista del hombre y sólo de éste, y además despedazado, preparado químicamente, maltratado por los experimentos, condujo a un sistema que Linneo fundó y que la escuela de Darwin profundizó con la paleontología, sistema de individualidades inmóviles, ópticas, hay también a su lado otro orden completamente distinto y falto de todo sistema, un orden de los modos de vida, que se descubre tan sólo a la convivencia ignorante, a la afinidad íntimamente sentida del yo y del tú, tal como la conoce cualquier aldeano y también cualquier poeta y artista. Gusto de meditar sobre la *fisiognómica* (1) de los modos en que se manifiesta la *vida* animal, sobre las especies de las *almas* animales, y abandono a los zoólogos la sistemática de la estructura corporal. Y entonces se aparece un orden completamente distinto en los *rangos de la vida, no del cuerpo.*

La planta vive; aunque sólo en sentido limitado, es un ser viviente (2). En realidad, más que vivir puede decirse que en ella y en torno a ella está la vida. «Ella» respira, «ella» se alimenta, «ella» se multiplica; y, sin embargo, no es propiamente más que el *escenario* de esos procesos, que constituyen una unidad con los procesos de la naturaleza circundante, con el día y la noche, con los rayos del sol y la fermentación del suelo; de suerte que la planta misma no puede ni querer ni elegir. Todo acontece con ella y en ella. Ella no busca ni su lugar propio, ni su alimento, ni las demás plantas con quienes engendra su sucesión. No se mueve, sino que son el viento, el calor, la luz, quienes la mueven.

Sobre esta especie de vida álzase, empero, la vida

(1) *Decadencia de Occidente*, tomo I, capítulo II, números 4 y 5.
(2) *Decadencia de Occidente*, tomo III, páginas 11 y siguientes.

movediza de los animales. Pero *en dos grados.* Hay una especie que se extiende por todos los géneros anatómicos, desde el animal primordial monocelular hasta los palmípedos y los ungulados, y cuya vida está atenida al mundo vegetal *inmóvil,* que constituye el alimento con que se mantiene. Las plantas no huyen y no pueden defenderse.

Pero sobre ésta se alza todavía otra especie de vida: la de los animales que viven de otros animales y cuya vida consiste en matar. Aquí la víctima misma es movediza y luchadora y rica en toda clase de astucias. También este modo de vida se extiende por todos los géneros del sistema. Cada gota de agua es un campo de batalla. Y nosotros, que de continuo tenemos ante los ojos la lucha, en el campo, hasta el punto de olvidar su carácter evidente e incluso su misma existencia, vemos hoy con horror las formas fantásticas de las profundidades marinas, entre las cuales se propaga también esa vida que mata y muere.

El animal de rapiña es la forma suprema de la vida movediza. Significa el máximo de libertad con respecto a otros y para sí misma, el máximo de responsabilidad propia, de soledad, el extremo de la necesidad de afirmarse *luchando, venciendo y aniquilando.* Al tipo humano confiérele un alto rango el ser un animal de rapiña.

El herbívoro es, por su destino, un animal que nace para ser víctima y presa. En vano intenta substraerse a esa fatalidad mediante la huída sin lucha. El animal de rapiña *hace* botín y presa. Aquella vida es, en su íntima esencia, defensiva. Ésta, en cambio, es ofensiva, dura, cruel, destructora. Ya la táctica del movimiento introduce diferencias entre esas dos vidas: en la una, la costumbre de huir, la rápida carrera, las revueltas, el hurtar el cuerpo, el ocultarse en madrigueras; en la otra, el movimiento *rectilíneo* del ataque, el salto del león, el disparo del águila. Existe un acecho y una astucia en el estilo del fuerte y otro en el estilo del débil. Prudentes en el sentido huma-

no, esto es, con prudencia *activa*, sólo son los animales de rapiña. Los herbívoros, comparados con ellos, son tontos; y no sólo las palomas «cándidas» y el elefante, sino incluso las especies más nobles de los ungulados: el toro, el caballo, el ciervo, que sólo en el furor ciego y durante la excitación sexual son capaces de luchar, dejándose, por lo demás, fácilmente domeñar y conducir por un niño.

A la diferencia entre los movimientos añádese, más poderosa todavía, la diferencia en los órganos sensoriales. Y con los sentidos, diferénciase también el modo de tener un «mundo». En sí y por sí, todo ser vive en la naturaleza dentro de un contorno, ya sea que lo advierta, ya sea que ese contorno se haga visible y notable o no. La misteriosa índole — por ninguna reflexión humana explicable — de las relaciones entre el animal y su contorno, mediante los sentidos palpadores, ordenadores e intelectivos, es la que convierte el *contorno* en un *mundo circundante* para cada ser en particular (1). Los herbívoros superiores son dominados por el oído y, sobre todo, por el *olfato*. Los rapaces superiores, en cambio, *dominan por la mirada*. El olfato es el sentido propio de la defensa. Por la nariz rastrea el animal el origen y la distancia del peligro, dando así a los movimientos de huída una dirección conveniente: la dirección que se *aleja* del peligro.

El ojo del animal rapaz, en cambio, propone un *fin, una meta*. Ya el hecho de que los dos ojos de los grandes animales rapaces puedan fijarse en un punto mismo de los alrededores, permíteles *fascinar* la presa. En la mirada enemiga está ya para la víctima el destino ineluctable, el salto del momento inmediato. La fijación de los ojos dirigidos hacia adelante y paralelamente es, empero, idéntica al *nacimiento del mundo*, en el sentido en que el hombre tiene un mun-

(1) Von Uxküll, *Concepción biológica del universo*. Trad. española. Espasa-Calpe.

do, es decir, en el sentido de *imagen* o mundo *desplegado ante la mirada,* como mundo no sólo de color y de luz, sino, sobre todo, de *lejanas perspectivas,* de *espacio* y de *movimientos* en el espacio y de *objetos* situados en determinados lugares. En esta manera de mirar, que es exclusiva de los animales rapaces más nobles — los herbívoros, como, por ejemplo, los ungulados, tienen los ojos orientados lateralmente y cada uno de ellos proporciona una impresión distinta y *carente de perspectiva* —, reside ya la idea del *dominio.* La imagen del mundo es el mundo circundante *dominado* por los ojos. Los ojos del animal rapaz determinan las cosas en su situación y distancia. Conocen el horizonte. Miden en ese *campo de batalla* los objetos y condiciones del ataque. Olfatear y acechar —el venado y el buitre— están uno con otro en la misma relación que el ser esclavo y el ser señor. Un sentimiento infinito de poderío palpita en esa mirada larga y tranquila; un sentimiento de libertad que brota de la *superioridad* y descansa en el mayor *poder,* en la certidumbre de no ser nunca botín ni presa de nadie. El *mundo* es la presa; y de este hecho, en último término, ha nacido toda la cultura humana.

Y, finalmente, este hecho de la superioridad nativa se ha profundizado hacia fuera, en el mundo luminoso, con sus infinitas lejanías, y hacia dentro, en la índole anímica de los animales fuertes. El *alma,* ese algo enigmático que sentimos al oír esta palabra y cuya esencia no es accesible a ninguna ciencia; esa chispa divina en ese cuerpo viviente que tiene que dominar o que sucumbir en el mundo divinamente cruel, divinamente despreocupado; eso que nosotros, hombres, sentimos como alma en nosotros y en los demás, es el *contrapolo* del mundo luminoso que nos rodea, en el cual el pensamiento y la vislumbre de los hombres rastrean gustosos un *alma cósmica.* El alma está sellada con tanta mayor energía cuanto

más solitario es el ser, cuanto más resueltamente constituye un mundo *para sí*, mundo opuesto a todo el mundo en torno. ¿Qué es lo contrario, lo contrapuesto al alma de un león? El alma de una vaca. Los herbívoros substituyen el alma individual fuerte por el gran número, por el rebaño, por el común sentir y hacer en masa. Pero cuanto menos se necesita de los demás tanto más poderoso se es. El animal de rapiña es enemigo de todo el mundo. No tolera en su distrito a ninguno de sus iguales —aquí están las raíces del concepto regio de la *propiedad*—. La propiedad es el recinto en que se ejerce un poder ilimitado, un poder conquistado, defendido contra los iguales y victoriosamente mantenido. No es el derecho a un mero *haber*, sino a un soberano *disponer*.

Si se entiende bien todo esto, existe una ética del animal rapaz y una ética del herbívoro. Nadie puede mover ni cambiar esto. Es la forma íntima, el sentido, la táctica de toda la vida. Es un *hecho simple*. Se puede aniquilar la vida, pero no cambiar su modo. Un animal de rapiña, cuando está domesticado y preso —cualquier jardín zoológico nos ofrece ejemplos de ello—, queda tullido en su alma, padece una dolencia cósmica, hállase interiormente aniquilado. Hay animales de rapiña que voluntariamente mueren de hambre, cuando han sido presos. Los herbívoros no pierden nada al convertirse en animales domésticos.

Esta es la diferencia entre el *destino* de los herbívoros y el *destino* de los animales de rapiña. Aquel destino no hace más que amenazar; éste confiere y distribuye en abundancia. Aquél deprime, empequeñece y acobarda; éste encumbra por el poder y la victoria, por el orgullo y el odio. Aquél se sufre; éste *se es*. La lucha de la naturaleza interna contra la naturaleza externa ya no es sentida como una miseria —como mísero destino imaginaban Schopenhauer y

Darwin la *lucha por la vida*—, sino como gran sentido de la vida, un sentido que la *ennoblece;* así pensaba Nietzsche: *amor fati.* Y el hombre pertenece a esta especie.

2

El hombre no es un simple; no es «por naturaleza bueno»; no es tonto; no es un semimono con tendencias técnicas, como lo ha descrito Haeckel y lo ha pintado Gabriel Max [1]. Sobre esta caricatura se proyecta, además, la sombra plebeya de Rousseau. Por el contrario, la táctica de su vida es la de un animal de rapiña, magnífico, valiente, astuto, cruel. Vive atacando, matando y aniquilando. Quiere ser señor desde que existe.

¿Es, pues, la «técnica» realmente más antigua que el hombre? No, no lo es. Existe una enorme diferencia entre el hombre y los demás animales todos. La técnica de los animales es *técnica de la especie.* No es ni inventiva, ni aprendible, ni susceptible de desarrollo. El tipo abeja, desde que existe, ha construído siempre sus panales exactamente lo mismo que hoy, y los construirá igual hasta que se extinga. Los panales son en la abeja lo mismo que la forma de sus alas y el color de su cuerpo. Sólo el punto de vista anatómico de los zoólogos permite distinguir entre la estructura corporal y el modo de vida. Pero si se parte de la forma interna de la vida, en vez de la

(1) Sólo la manía sistemática y clasificativa de los anatómicos, que no son más que anatómicos, ha puesto al hombre en la proximidad del mono; y aun esto está resultando ya hoy prematuro y superficial. Véase Klaatsch, que fué darwinista: *Der Werdegang der Menschheit* (El advenimiento de la humanidad), 1920, páginas 29 y siguientes. Justamente en el «sistema» colócase el hombre al margen y fuera de todo orden, siendo sumamente primitivo en muchos rasgos de su estructura corporal, y en otros, en cambio, una excepción. Pero a nosotros, que consideramos su *vida*, esto no nos interesa. El hombre, en su destino, es decir, *por su alma*, es un animal de rapiña.

del cuerpo, entonces esa táctica de la vida y la distribución del cuerpo son una y la misma cosa, y *ambas* son expresión de *una misma* realidad orgánica. La «especie» es una forma no de lo quieto y visible, sino de la movilidad; no de lo que es así o de otro modo, sino del hacer así o de otro modo. La forma del cuerpo es forma del cuerpo *activo*.

Las abejas, los termites, los castores, edifican construcciones admirables. Las hormigas conocen la agricultura, la construcción de carreteras, la esclavitud y la guerra. La cría de la descendencia, las fortificaciones, las migraciones ordenadamente planeadas, son cosas muy extendidas en la naturaleza. Todo lo que el hombre puede hacer, hácenlo también otras formas animales. Son tendencias que dormitan en forma de *posibilidades*, dentro de la vida movediza. El hombre no lleva nada a cabo que no sea accesible a la vida en *conjunto*.

Y, sin embargo, nada de eso tiene en el fondo que ver con la técnica humana. La técnica de la especie es *invariable*. Esto es lo que significa la palabra «instinto». El «pensamiento» animal está adherido al ahora y aquí inmediatos; no conoce ni el pasado ni el futuro. Por eso no conoce tampoco la experiencia ni la preocupación. No es verdad que las hembras de los animales «se preocupen» de sus hijos. La preocupación es un sentimiento que presupone un saber en lejanía acerca de lo que ha de suceder; del mismo modo que el arrepentimiento es un saber acerca de lo que sucedió. Un animal no puede ni odiar ni desesperar. El cuidado de la cría es, como todo lo demás, un impulso obscuro e incógnito en muchos tipos de vida. Pertenece a la *especie* y *no al individuo*. La técnica de la especie no es solamente invariable, sino también *impersonal*.

La técnica humana, y sólo ella, es, empero, *independiente* de la vida de la especie humana. Es el único caso, en toda la historia de la vida, en que el ser individual *escapa a la coacción de la especie*. Hay que

meditar mucho para comprender lo enorme de este hecho. La técnica en la vida del hombre es consciente, voluntaria, variable, personal, *inventiva*. Se aprende y se mejora. El hombre es el *creador* de su táctica vital. Ésta es su grandeza y su fatalidad. Y la forma interior de esa vida creadora llamámosla *cultura*, poseer cultura, crear cultura, padecer por la cultura. Las creaciones del hombre son expresión de esa existencia, en forma *personal*.

EL ADVENIMIENTO DEL HOMBRE. LA MANO Y LA HERRAMIENTA

La mano como órgano del tacto y de la acción. — Distinción entre la fabricación de las armas y el uso de ellas. — Liberación con respecto a la coacción de la especie. — «Pensamiento de los ojos» y «pensamiento de la mano». — Medio y fin. — El hombre como creador. — El acto singular. — Naturaleza y «arte». — La técnica humana es artificial. — El hombre contra la naturaleza. — La tragedia del hombre.

1

¿Desde cuándo existe ese tipo *del animal de rapiña inventivo?* Esta pregunta equivale a esta otra: ¿Desde cuándo existe el hombre? ¿Qué es el hombre? ¿Cómo ha venido a ser hombre?

La contestación es: el hombre se ha hecho hombre por la mano. La mano es un arma sin igual en el mundo de la vida movediza. Compáresela con la pata, el pico, los cuernos, los dientes y las aletas natatorias de otros animales. Por una parte, concéntrase en la mano el sentido del tacto, hasta tal punto que casi puede considerarse la mano como órgano táctil, junto a los órganos de la visión y de la audición. No solamente distingue lo caliente y lo frío, lo sólido y lo líquido, lo duro y lo blando, sino también, y sobre todo, el peso, la figura y el lugar de las resistencias, en suma, las *cosas en el espacio*. Pero, además, por encima de esto, compéndiase en la mano la *actividad* de la vida tan completamente, que toda la actitud

y la marcha del cuerpo —simultáneamente— se ha configurado con relación a la mano. No hay nada en el mundo que pueda compararse con ese miembro palpador y activo. Al ojo del animal rapaz que domina «teóricamente» el mundo, añádese la mano humana, que lo domina *prácticamente*.

Debió de originarse *súbitamente*, en comparación con el ritmo de las corrientes cósmicas. Debió nacer de pronto, como un rayo, un terremoto, como todo lo que en el acontecer del Universo es decisivo y hace época en el más alto sentido de la palabra. También en esto debemos desprendernos de las concepciones, que mantuvo el siglo pasado y que se hallan comprendidas en el concepto de «evolución» desde las investigaciones geológicas de Lyell. Las variaciones lentas y flemáticas corresponden al modo de ser inglés, pero no a la naturaleza. Para sostenerlas acudióse a la consideración de millones de años, puesto que en los períodos de tiempo mensurables nada semejante se encontraba. Pero no podríamos distinguir las capas geológicas si no hubiesen sido separadas unas de otras por *catástrofes* de índole y origen desconocidos; y no podríamos conocer *especie* alguna de animales fósiles si éstos no hubieran aparecido *de pronto*, manteniéndose *invariables* hasta su extinción. *Nada* sabemos de los «antepasados» del hombre, a pesar de las indagaciones múltiples y de las comparaciones anatómicas. Desde que se conocen esqueletos humanos es el hombre lo mismo que hoy. En cualquier reunión popular pueden verse ejemplares del hombre de Neanderthal. Es también completamente imposible que la mano, la marcha erguida, la posición de la cabeza, etc., se hayan desenvuelto sucesivamente unas de otras. Todo esto apareció junto y súbitamente (1).

(1) ¡Harto se habla de evolución! Los darwinistas dicen que la posesión de semejantes armas privilegiadas ha favorecido y conservado la especie en la lucha por la vida. Pero es lo cierto que sólo el arma ya completamente formada sería una ventaja. El arma en trance de evolución — y se nos dice que esta evolución ha debido durar milenios — hubiera sido una carga inútil, que más hubiese per-

La historia del Universo avanza de catástrofe en catástrofe, podamos o no concebirlas y fundamentarlas. A esto llamamos hoy, desde H. de Vries (1), mutación. Es ésta un cambio interior, que súbitamente hace presa en *todos* los ejemplares de una especie, sin causa, naturalmente, como todo lo que sucede en la realidad. Es el ritmo misterioso de lo real.

Pero no sólo la mano, la marcha y la actitud del hombre debieron surgir a la vez, sino también —y esto es lo que nadie ha observado hasta hoy— *la mano y la herramienta.* La mano inerme no tiene valor por sí sola. La mano *exige* el arma, para ser ella misma arma. Así como la herramienta se ha formado por la figura de la mano, así inversamente *la mano se ha hecho sobre la figura de la herramienta.* Es absurdo pretender separarlas en el tiempo. Es imposible que la mano ya formada haya actuado ni aun por poco tiempo sin herramienta. Los más antiguos restos humanos y las más antiguas herramientas tienen la misma edad.

Pero lo que sí se ha dividido, no temporal, sino lógicamente, es el *manejo* técnico, tanto en la *producción* de armas como en su uso. Así como existe una técnica de fabricar violines y otra técnica de tocar el violín, así también hay una técnica de construir buques y otra técnica de navegar, la preparación del arco y la habilidad de dispararlo. Ningún otro animal de rapiña *elige* las armas. Pero el hombre las elige, y no sólo las elige, sino que *las prepara* según su reflexión personal. De esta suerte adquirió una tremenda superioridad en la lucha contra sus semejantes, es decir, contra los demás animales, contra la naturaleza entera.

Esto significa la liberación con respecto a la coac-

judicado que beneficiado a la especie. Y ¿cómo representarse el comienzo de tal evolución? Esta caza de las causas y los efectos, que en último término son formas del pensar humano y no del suceder universal, resulta bastante necia si se cree que con ella se va a penetrar en los arcanos del universo.

(1) *La teoría de la mutación*, 1901-1903.

ción de la especie; y esto es algo único en la historia de la vida sobre este planeta. Así es como *advino* el hombre. El hombre ha hecho su vida activa independiente en alto grado de las condiciones de su cuerpo. El instinto genérico persiste con fuerza plena, pero de él se ha separado un pensamiento y una acción pensante del individuo, libertado de la fascinación de la especie. Esta libertad es libertad de elección. Cada cual prepara sus propias armas, según su habilidad propia y su propia reflexión. Los múltiples hallazgos de instrumentos fallidos y abandonados testimonian hoy aun el esfuerzo de ese primitivo «hacer pensante».

Si, a pesar de todo esto, los ejemplares son tan semejantes que por ello —con muy dudosa justificación— se diferencian «culturas» como la acheulense y la solutrense y se establecen según ellas comparaciones temporales, a través de las cinco partes del mundo —seguramente sin justificación—, ello es debido a que esa liberación respecto de la coacción impuesta por la especie actúa por de pronto tan sólo como una gran *posibilidad,* y, al principio, hállase muy lejos de ser individualismo ya realizado. Nadie quiere dárselas de original. Tampoco nadie piensa en imitar a los demás. Cada cual piensa y trabaja para sí mismo, pero la vida de la especie es tan poderosa, que el resultado es, a pesar de todo, semejante en todas partes, como en el fondo acontece todavía hoy.

Así, pues, al *pensar de los ojos,* a la visión aguda e intelectiva de los grandes animales rapaces, añádese el *pensar de la mano.* Del primero desenvuélvese desde entonces el pensamiento teorético, contemplativo, intuitivo, la «meditación», la «sabiduría». Del segundo nace el pensamiento práctico, activo, la astucia, la «inteligencia» propiamente dicha. El ojo inquiere la causa y el efecto; la mano trabaja según los principios del medio y del fin. Que algo sea adecuado o inadecuado a un fin —juicio de valor de los *activos*— no tiene nada que ver con la verdad y la falsedad,

que es valoración de los *contemplativos*. El fin es un *hecho;* la conexión de causa y efecto es una *verdad* (1). Así surgieron los muy distintos modos de pensar, propios del hombre de la verdad —sacerdote, científico, filósofo— y del hombre de los hechos —político, general o comerciante—. Desde entonces, y aun hoy, la mano cerrada en puño es la expresión imperativa e indicativa de una voluntad. De aquí las inferencias que se sacan de los rasgos de la escritura y de las formas de la mano. De aquí también las metáforas que hablan de la mano dura del conquistador, de la mano feliz o la buena mano del hombre de negocios. De aquí los caracteres anímicos de la mano del criminal y de la mano del artista.

Con la mano, el arma y el pensamiento personal, el hombre ha llegado a ser *creador*. Todo lo que hacen los animales permanece reducido a la actividad de la especie y no enriquece su vida. Pero el hombre, animal creador, ha esparcido por el mundo una riqueza de pensamiento y de acción creadores, que justifica el hecho de que el hombre llame «historia universal» a *su* breve historia y considere su ambiente como la «Humanidad», teniendo el resto de la naturaleza por fondo, objeto y medio.

La actividad de la mano *pensante* recibe el nombre de *acto*. Actividad existe en la vida de los animales; pero actos no los hay más que en la existencia del hombre. Nada es tan característico de esta diferencia como la producción del fuego. Se *ve* —causa y efecto— cómo se prende el fuego. También muchos animales lo ven. Pero sólo el hombre piensa —fin y medio— un manejo para producirlo. Ningún otro acto produce tanto como éste la impresión de creación. Es el acto de Prometeo. Uno de los fenómenos más desazonadores, más poderosos, más misteriosos de la naturaleza —el rayo, el incendio del monte, el volcán— es evocado a la vida por el hombre mismo,

(1) *Decadencia de Occidente*, tomo I, capítulo II, número 16. Tomo III, capítulo III, número 6.



contra la naturaleza. ¡Cuánto debió impresionar al alma la primera mirada en la llama encendida por el hombre mismo!

2

Bajo la impresión poderosa del *acto singular*, libre y consciente, que se destaca sobre la «actividad de la especie», actividad uniforme, instintiva, colectiva, hase configurado el alma humana propiamente tal; alma solitaria, incluso en comparación con las demás almas de los animales rapaces; alma cargada con la visión melancólica *del que conoce* su propio destino; alma sumergida en el incoercible sentimiento de poderío, reconcentrado en el puño habituado al acto; alma enemiga de todo; alma que mata, que odia, que está resuelta a vencer o a morir. Esta alma es más profunda, más doliente que la de cualquier otro animal. Hállase en irreconciliable oposición al mundo entero, de la que la separa su propio carácter creador. Es el alma de un *rebelde*.

El hombre primitivo prepara su guarida, solitario como un ave de rapiña. Si acaso algunas «familias» se reúnen en una tropa, ello acontece en la forma más libre y suelta. Todavía no puede hablarse de tribus y aun menos de pueblos. La horda es una unión accidental de unos cuantos varones, que por una vez no luchan entre sí y reúnen sus mujeres y sus hijos; pero sin sentimiento de comunidad, en perfecta libertad, sin constituir un «nosotros», como hace el rebaño, que se compone de simples ejemplares específicos.

El alma de este fuerte solitario es totalmente guerrera, desconfiada, celosa de la propia fuerza y del botín propio. Conoce el sentimiento no sólo del «yo», sino también de «lo mío». Conoce la embriaguez del deleite, cuando el cuchillo corta la carne en el cuerpo enemigo, cuando el olor de la sangre y el jadeo penetra en los sentidos triunfantes. Todo «varón» ver-

dadero, aun en los estadios posteriores de las culturas. percibe en su alma a veces el dormido rescoldo de esa alma primitiva. Aquí no hay el menor rastro de esa mísera comprobación: que algo es «útil», que algo «ahorra trabajo». Y mucho menos siente el hombre primitivo ese desdentado sentimiento de la compasión, de la reconciliación, del anhelo hacia la paz. En cambio, siente hondamente el orgullo de ser temido, admirado, odiado por su fuerza y su ventura; siente el afán de venganza en todo, ya sean seres vivos o cosas, que menoscaban ese orgullo, aun sólo por *existir*.

Y esta alma avanza, cada vez más enajenada, *frente* a la naturaleza entera. Las almas de todos los animales rapaces son *naturales;* sólo el puño del hombre armado con el arma elegida, meditada y artificialmente preparada, no es natural. *Aquí comienza el «arte», como concepto contrapuesto al de naturaleza.* Todo manejo técnico del hombre es un arte, y siempre ha sido llamado así; el arte de tirar al arco y de cabalgar, como el arte de la guerra, las artes de la edificación, del gobierno, del sacrificio y de la profecía, de la pintura y de la versificación, de la experimentación científica. Artificial, antinatural es toda labor humana, desde la producción del fuego hasta las creaciones que en las culturas superiores consideramos como propiamente artísticas. El hombre arrebata a la naturaleza el *privilegio de la creación.* La «voluntad libre» es ya un acto de rebeldía y nada más. El hombre *creador* se ha desprendido de los vínculos de la naturaleza, y a cada nueva creación aléjase más y es cada vez más hostil a la naturaleza. Ésta es su «historia universal», la historia de una disensión fatal, que, incoercible, progresa entre el mundo humano y el Universo; es la historia de un rebelde que, desprendido del claustro materno, alza la mano contra su propia madre.

La tragedia del hombre comienza, pues la naturaleza es *más fuerte.* El hombre *sigue* dependiendo

de ella, que, a pesar de todo, comprende en su seno al hombre, a la criatura. Todas las grandes culturas son otras tantas derrotas. Razas enteras, interiormente deshechas, quebrantadas, permanecen condenadas a la infecundidad, a la ruina espiritual, víctimas abandonadas en la arena. La lucha contra la naturaleza es una lucha sin esperanza; y, sin embargo, el hombre la lleva hasta el final.

EL SEGUNDO GRADO: HABLAR Y EMPRENDER

El acto entre varios. — ¿Desde cuándo se habla en palabras? — Finalidad del hablar: la empresa entre varios. — Finalidad de la empresa: exaltación de la potencia humana. — Separación del pensamiento y de la mano: labor de jefatura y labor de ejecución. — Cabezas y manos: diferencia de rango entre las aptitudes. — Organización. — Existencia organizada: Estado, pueblo, política, economía. — La técnica y el número de los hombres. — Personalidad y masa.

1

No sabemos cuánto tiempo duró la época de la mano armada; es decir, no sabemos desde cuándo hay hombres. El número de años no tiene gran importancia, aun cuando hoy se admite un número demasiado elevado. No se trata de millones, ni siquiera de varios miles de siglos. De todos modos debe haber transcurrido un considerable número de milenios.

Pero ahora se verifica un segundo cambio, que hace época, y que, con la misma rapidez y subitaneidad y con el mismo poder que el primero, transforma a fondo el destino del hombre. Es otra auténtica mutación, en el sentido anteriormente explicado. La investigación prehistórica lo ha advertido hace ya mucho tiempo. De hecho, los objetos que vemos en nuestros museos presentan de pronto un aspecto completamente distinto. Aparecen las vasijas de barro, los rastros de «agricultura» y «ganadería», como con harta despreocupación y excesivo modernismo se les ha

llamado; aparecen también la construcción de cabañas, las tumbas y los indicios de tráfico. Anúnciase un nuevo mundo del pensar y del proceder técnico. Desde el punto de vista de los museos — harto superficial y atenido al mero ordenamiento de los hallazgos — se han distinguido una edad de piedra anterior y otra posterior, el paleolítico y el neolítico. Pero esta división, que procede del siglo pasado, produce desde hace tiempo desazones; y hace varios decenios que se intenta substituirla por otra. Pero ciertas expresiones como mesolítico, miolítico, mixoneolítico, demuestran que el pensamiento de los prehistoriadores sigue adherido a una mera ordenación de los *objetos*, y por eso no se abre paso resueltamente. Lo que se transforma no son, empero, los utensilios, sino *el hombre*. Digámoslo una vez más: sólo partiendo del *alma* puede descubrirse la historia del hombre.

Esta mutación puede fijarse con una aproximación bastante grande, situándola hacia el milenio quinto antes de Jesucristo (1). A lo sumo dos milenios después comienzan ya las culturas elevadas en Egipto y Mesopotamia. Como se ve, el ritmo de la Historia adopta trágicos compases. Antes, los milenios casi no tenían importancia; ahora, cada siglo resulta importantísimo. La piedra en su carrera se acerca en saltos violentos al precipicio.

Pero ¿qué ha sucedido? Si se penetra más hondamente en ese nuevo mundo de formas, que asumen ahora los actos humanos, se advierten en seguida complicadas y confusas relaciones. Todas esas técnicas se suponen unas a otras. La cría de animales domesticados exige plantaciones para piensos; la cosecha y la siembra de vegetales nutritivos exige a su vez la existencia de animales de tiro y de carga; éstos, por su parte, presuponen la construcción de cercados;

(1) Sobre la base de las investigaciones de De Beer acerca de la cerámica sueca de cintas, véase el *Real Lexikon der Vorgeschichte* (tomo II, «Cronología diluvial»).

cualquier tipo de edificación exige la preparación y el transporte de materiales de construcción, y el tráfico requiere vías de comunicación, animales de carga y barcos.

¿Qué es, en todo esto, lo que revoluciona el *alma?* Mi respuesta es: el *acto verificado entre varios,* conforme a un plan. Hasta entonces cada hombre vivía su propia vida, construía sus propias armas, practicaba sólo su propia táctica en la lucha diaria. Nadie necesitaba del prójimo. Pero todo esto cambia súbitamente. Estos nuevos procedimientos ocupan largos períodos de tiempo; en ciertas circunstancias, años enteros — piénsese en el camino que va desde el derribo de los árboles hasta la partida en la nave con ellos construída — e igualmente amplios espacios. Divídense en series de actos particulares, exactamente ordenados, y en grupos de actividades, realizadas paralelamente. Estos procedimientos de conjunto suponen, empero, como medio indispensable, el *idioma verbal.*

El habla en frases y palabras no puede ser ni anterior ni posterior; tiene que haberse producido entonces, rápidamente, como todo lo decisivo, y en estrecha conexión con la nueva índole del proceder humano. Esto se puede probar.

¿Qué es «hablar»? [1]. Sin duda es un procedimiento para comunicarse; es una actividad que continua y sucesivamente se ejerce por numerosos hombres. «El idioma» es tan sólo una abstracción de esto; es la forma interna —gramatical— del hablar, incluyendo las formas verbales. Esta forma tiene que estar extendida y poseer una cierta duración para que las comunicaciones tengan realmente lugar. Ya he demostrado en otra parte [2] que, al habla en frases, precedieron formas más sencillas de comunicación —signos visuales, señales, gestos, gritos de

(1) Sobre lo que sigue, véase *Decadencia de Occidente,* tomo III, capítulo II, «Pueblos, razas, idiomas».
(2) Ibídem.



advertencia y amenaza—, todos los cuales siguen existiendo, para apoyar el habla en frases, y aun se conservan hoy en la melodía de la dicción, en el acento, en el juego de gestos, en los movimientos de la mano. La escritura actual las mantiene bajo la forma de la puntuación.

Sin embargo, el habla *fluyente* es algo completamente nuevo por su contenido. Desde Hamann y Herder se ha planteado una y otra vez la cuestión de su origen. Y si todas las soluciones ofrecidas hasta el día de hoy nos parecen poco satisfactorias, ello obedece a que la cuestión está mal *entendida*. Pues el origen del lenguaje en palabras no puede buscarse en la actividad misma del hablar. Así pensaban los románticos, quienes ajenos como siempre a la realidad, querían derivar el idioma de la «poesía primordial de la Humanidad»; y aun era para ellos el idioma, la poesía primordial del hombre, era mito, lírica, y al mismo tiempo oración; la prosa, en cambio, significaba un rebajamiento posterior, un acomodo al uso común de cada día. Pero si esto fuese cierto, la forma íntima del idioma, la gramática, la estructura lógica de las frases, debería tener un aspecto harto distinto. Justamente los idiomas primitivos, como el de los manchúes y el de las tribus turcas, revelan con toda claridad la tendencia a fijar *distinciones* claras, rigurosas, inequívocas (1).

Pero esto nos lleva al error fundamental, que cometen los racionalistas, enemigos de todo romanticismo. Éstos admiten siempre la opinión de que la frase expresa un *juicio* o un *pensamiento*. Se sientan delante de su mesa de escritorio, llena de libros, y meditan sobre su propio modo de pensar y de escribir. Y entonces les parece que el «pensamiento» constituye el *fin* del idioma. Y como suelen meditar

(1) Hasta el punto de que, en algunos idiomas, la «oración» es una palabra única y monstruosa, en la cual, por medio de prefijos y sufijos clasificativos, colocados en orden regular, se expresa todo lo que se quiere decir.



en la soledad, olvidan que, además del hablar, existe el *oír*, que además de la pregunta hay la *respuesta* y que además del yo está el *tú*. Cuando hablan de «lenguaje», piensan en el discurso, en la conferencia, en el tratado científico o filosófico. Su opinión sobre el origen del lenguaje es *monológica*, y, por tanto, falsa.

El problema, rectamente planteado, no es el de *cómo*, sino el de *cuándo* aparece el lenguaje en palabras. Y entonces pronto se aclara todo. El *fin* del lenguaje en oraciones, fin generalmente mal entendido u olvidado, resulta claro, si se tiene en cuenta el tiempo desde el cual se habla así, es decir, se habla *de corrido*. Y este fin manifiéstase claramente en la *forma* de organizar la oración. El lenguaje no se produce monológica, sino *dialógicamente*. Las series de oraciones no se siguen en forma de discurso, sino como diálogo entre varios hombres. Su finalidad no es una comprensión basada en la meditación, sino un *mutuo acuerdo*, por medio de pregunta y respuesta. ¿Cuáles son, pues, las formas primitivas del lenguaje? No el juicio, no el enunciado, sino el mandato, la expresión de la obediencia, la disposición, la pregunta, la afirmación, la negación. Son frases que siempre se dirigen a otro y que, al principio, eran seguramente brevísimas: haz eso, listo, si, ya. Las palabras, consideradas como *designación de conceptos* (1), se derivan de la finalidad de las oraciones, de suerte que desde un principio el vocabulario de una tribu cazadora es completamente distinto del de una aldea de pastores o del de una población costera marítima. Primitivamente el habla constituía una actividad difícil y sólo se hablaba sin duda lo más necesario (2). Todavía hoy el aldeano es silencioso, si se compara

(1) El concepto de la ordenación de cosas, situaciones y actividades en clases de generalidad *práctica*. El criador de caballos no dice nunca «caballo», sino bayo, o jaca torda; el cazador dice «jabalí», verraco, venado, etc.

(2) Seguramente no se aprendía a hablar hasta que se era muy mayor, como hoy los niños no aprenden a escribir hasta que ya son grandecitos.



con el urbano, que por su habituación al idioma, no puede cerrar la boca y, de puro aburrimiento, charla y conversa, cuando no tiene nada que hacer, ya tenga o no algo que decir.

La finalidad primitiva del lenguaje es la *ejecución de un acto*, según propósito, tiempo, lugar y medios. La concepción clara e inequívoca del acto es lo primero; y la dificultad de hacerse comprender, de imponer a los demás la propia voluntad, produce la técnica de la gramática, la técnica de la formación de oraciones y cláusulas, la técnica del correcto mandato, de la interrogación, de la respuesta, de la formación de palabras generales, sobre la base de los fines y propósitos *prácticos*, no de los *teóricos*. La meditación teorética no tiene participación alguna en el origen del lenguaje oracional. Todo lenguaje es de naturaleza práctica; su base es el «pensar de la mano».

2

La acción hecha entre muchos se llama *empresa*. El *hablar y el emprender* se suponen mutuamente, del mismo modo como anteriormente la *mano* y la *herramienta*. El hablar entre muchos ha desarrollado su forma interna gramatical en la ejecución de empresas; y la costumbre de acometer empresas se ha disciplinado por el método del pensar vinculado al lenguaje. Pues hablar significa *comunicarse* con otros el pensamiento. Si hablar es un hacer, es sin duda un hacer *espiritual* con medios *sensibles*. Pronto deja de necesitar la inmediata relación con el acto corporal. Pues esto es lo nuevo, lo que ahora, desde el milenio quinto antes de Jesucristo, hace época: el pensar, el espíritu, el entendimiento, o como quiera llamarse a eso que, merced al lenguaje, se ha emancipado de la vinculación a la mano activa, aparece como una *fuerza por sí misma*, frente al alma y a la vida. La *reflexión puramente espiritual*, el «cálculo», que de pronto surge aquí decidiendo y cambiando todo, consiste en

esto: que la acción común, como unidad, produce el efecto que produciría un gigante al hacer algo. O, como Mefistófeles dice irónicamente a Fausto:

> Si puedo tener seis jacas,
> ¿no son sus fuerzas las mías?
> Me lanzo sobre ellas y soy todo un hombre,
> como si tuviese veinticuatro piernas.

El hombre, animal de rapiña, quiere exaltar conscientemente su superioridad, allende los límites de su fuerza corporal. A su voluntad de mayor poderío sacrifica un rasgo importante de *su* propia vida. El *pensar*, el *calcular un mayor efecto* es lo primero. Para lograrlo entiéndense varios y dispónense a sacrificar un poco de su personal libertad. Por dentro permanece el hombre independiente. Pero en la Historia no se pueden dar pasos atrás. El tiempo, y, por consiguiente, la vida no son reversibles. Una vez que el hombre se habituó a la acción entre varios y a los éxitos de ella, fué cada vez más complicándose en esos vínculos fatales. El *pensamiento de empresa* se apodera cada vez más de la vida anímica. El hombre se convierte en esclavo de su pensamiento.

El paso del uso personal de las herramientas a la empresa entre varios caracteriza una *artificialidad* creciente y enorme en el procedimiento. La labor con *materiales* artificiales, la cerámica, el tejido y el trenzado, no significa todavía gran cosa, aun cuando está mucho más impregnada de espíritu y es mucho *más creadora* que todo lo anterior. Pero sobre numerosos procedimientos, de los que nada podemos ya saber, sobresalen algunos de poderosa fuerza mental que han dejado huellas tras de sí. Sobre todo los que han nacido del *pensamiento constructivo*. Conocemos minas de pedernal, muy anteriores a todo conocimiento de los metales, en Bélgica, Inglaterra, Austria, Sicilia, Portugal; minas que seguramente se retrotraen hasta esa época; minas con pozos y galerías, con ventilado-

res y desmontes, y en las cuales se trabajaba con cuerno de ciervo (1). En la época «neolítica primera» existen relaciones de tráfico entre Portugal y el noroeste de España y de Bretaña, a lo largo de la costa meridional de Francia; también las hay entre la Bretaña e Irlanda; y estas relaciones suponen una navegación regulada y, por tanto, la construcción de barcos capaces de sostener la mar, pero cuya índole y especie nos es desconocida. Hay en España edificios megalíticos de piedra labrada que tienen tamaños colosales, con cubiertas que pesan más de cien mil kilogramos y que hubieron de ser traídas de muy lejos y colocadas en su sitio con técnica, que nos es desconocida. ¿Compréndese bien lo que para semejantes empresas se necesitaba de reflexión, deliberación, inspección, mando, preparación de meses y años para obtener y trasladar el material, para distribuir en tiempos y espacios las tareas, para bosquejar el plano, para asumir y dirigir la ejecución? ¡Cuán larga meditación previa no exige la empresa de navegación en alta mar, comparada con la producción de un cuchillo de pedernal! Sólo el «arco compuesto» que aparece en las figuras pintadas sobre las rocas, en España, requiere para su preparación, con variadas porciones de tendones, cuernos y determinadas maderas, una labor complicada de cinco a siete días. Y la «invención del carro», como decimos ingenuamente, ¡cuánto pensamiento, cuánta ordenación y actividad no supone, cuánta meditación, que desde la finalidad, el camino y el modo del «acarreo», la elección y preparación de la *carretera,* en la cual casi nadie suele pensar, la captura o domesticación de animales de tiro, se extiende hasta las consideraciones acerca del tamaño e índole de la carga, el afianzamiento de la misma y la dirección y el cuidado del viaje!

Otro mundo de creaciones arranca de la *idea de la crianza.* Se trata de la *educación* de animales y plan-

(1) *Real Lexikon der Vorgeschichte* (Diccionario de Prehistoria), tomo I (*Bergbau:* minería).

tas, mediante la cual el hombre mismo se hace representante de la naturaleza creadora, para imitarla, modificarla, mejorarla y violentarla. Desde que —entonces— el hombre siembra plantas, en vez de aprovisionarse de ellas, las ha transformado seguramente con plena conciencia de sus fines. En todo caso, los hallazgos vegetales en las estaciones prehistóricas pertenecen a especies que no se conocen en estado salvaje. Y los más antiguos hallazgos de huesos, que demuestran alguna forma de ganadería, ostentan ya la consecuencia de la *domesticación,* que sin duda alguna fué en parte *querida* y conseguida por amaestramiento (1). El concepto de botín se amplifica: no sólo la pieza cobrada ès botín y propiedad, sino también el rebaño salvaje que pasta en libertad (2), ya esté o no cercado (3). Pertenece a alguien, a una tribu o a una tropa de cazadores, y éstos defienden su derecho de explotación. Reducir las reses a prisión con el fin de domarlas o domesticarlas, fin que presupone la siembra de pasto, constituye una de las varias maneras de posesión.

Ya antes he mostrado que el origen de la mano armada tuvo por consecuencia la distinción *lógica* de dos procedimientos: la producción y el manejo del arma. Del mismo modo la empresa dirigida por el lenguaje da de sí la distinción entre las actividades del *pensamiento* y las de la *mano.* En toda empresa cabe distinguir entre el pensamiento y la ejecución, y a partir de este momento la actividad del pensamiento práctico es la primera y más importante. Hay un *trabajo de dirección* y un *trabajo de ejecución;* y para todos los tiempos venideros constituye ésta la forma técnica fundamental de toda la vida huma-

(1) Hilzheimer, *Naturliche Rassengeschichte der Haussaugetiere,* 1926 (Historia natural de las razas de mamíferos domésticos).

(2) Como hoy las reses de nuestros montes.

(3) Todavía en el siglo XIX las tribus de indios perseguían los grandes rebaños de búfalos, como aun hoy los gauchos argentinos los rebaños de vacuno, que son propiedad privada. El nomadismo ha nacido en gran parte así de la sedentariedad.

na [1]. Ya se trate de una caza de reses mayores o de la construcción de un templo, ya de una empresa guerrera o agrícola, ya de fundar un establecimiento comercial o un Estado, ya de emprender un viaje de caravana, una sublevación o incluso de cometer un crimen, siempre habrá de haber ante todo una cabeza emprendedora e inventora, que tenga la idea, que dirija la ejecución, que mande, que distribuya las tareas; en suma, que sea jefe nativo de los que no son jefes.

Pero en la época de la empresa dirigida por el lenguaje no solamente hay dos clases de técnica, que de siglo en siglo se distinguen más rigurosamente, sino también *dos clases de hombres,* que se diferencian por sus aptitudes para *una* de ellas. En toda empresa existe una técnica de la dirección y otra de la ejecución; pero no menos evidentemente hay por naturaleza hombres *nacidos para el mando* y otros *nacidos para la obediencia, sujetos y objetos de la práctica política o económica.* Esta es la forma fundamental de la vida humana que desde aquella transformación ha ido haciéndose cada vez más variada de aspecto. Y esa forma fundamental *sólo con la vida misma* podría eliminarse.

Podrá concederse que es antinatural y artificial. Pero esto precisamente *es* la «cultura». Podrá ser fatal y ha habido tiempos en que realmente lo ha sido, porque los hombres se han imaginado poder eliminarla artificialmente; pero no deja de ser por ello un *hecho* inconmovible. Gobernar, decidir, dirigir, mandar, es un *arte,* una técnica difícil, que, como cualquier otra, supone una aptitud nativa. Sólo los niños creen que el rey se acuesta con la corona; y los infrahombres de las grandes urbes, marxistas y literatos, creen algo semejante de los grandes directores económicos. La empresa es una *labor,* que es la que hace posible el trabajo manual. E igualmente la invención,

[1] *Decadencia de Occidente,* tomo IV, capítulo V, números 2 y 4.

el descubrimiento, el cálculo y la realización de nuevos procedimientos, constituye una actividad *creadora* de algunas cabezas bien dotadas y tiene por consecuencia necesaria la actividad ejecutiva de los no creadores. Aquí está en su punto la diferencia, algo pasada de moda, entre el genio y el talento. Genio es —literalmente (1)— la fuerza creadora, el fuego sagrado en la vida individual, la chispa que se enciende misteriosamente en el torrente de las generaciones y luego se apaga y súbitamente ilumina toda una época. Talento es una facultad para problemas particulares *ya existentes* y que se puede desarrollar por tradición, ejercicio, adiestramiento, para producir efectos más sólidos. El talento supone el genio, para poderse aplicar; no a la inversa.

Existe al fin una diferencia natural de *rango* entre los hombres que han nacido para mandar y los hombres que han nacido para servir, entre los dirigentes y los dirigidos *de la vida*. Esa diferencia de rango existe absolutamente; y en las épocas y en los pueblos sanos es reconocida involuntariamente por todo el mundo como un *hecho*, aun cuando en los siglos de decadencia la mayoría se esfuerce por negarla o no verla. Pero justamente ese continuo hablar de la «igualdad natural entre todos» demuestra un esfuerzo que se encamina a probar la no existencia de esa diferenciación.

3

La empresa dirigida por el lenguaje está, pues, condicionada por un tremendo menoscabo en la libertad, en la vieja libertad del animal rapaz. Y lo está tanto *para los dirigentes como para los dirigidos*. Ambos se tornan en espíritu, en alma, en cuerpo y en vida, miembros de una unidad mayor. *A esto llamamos organización*. Es la concentración de la vida activa en

(1) Viene de la palabra latina *Genius*, que significa la fuerza fecundante del varón.



formas fijas; es el hallarse en forma para empresas de cualquier índole. La acción entre varios produce el tránsito decisivo *de la existencia orgánica a la existencia organizada,* de la vida en grupos naturales a la vida en *grupos artificiales,* de la horda al pueblo, a la tribu, a la clase y al Estado.

Las luchas entre los animales rapaces, individualmente considerados, se ha convertido en la *guerra,* esto es, en una empresa de una tribu contra otra tribu, con sus jefes y sus mesnadas, con sus marchas, sus ataques y sus batallas organizadas. La aniquilación del vencido tiene por consecuencia la *ley,* que se impone al derrotado. El derecho humano es siempre un *derecho del más fuerte,* derecho que el más débil ha de seguir (1), y este derecho, pensado como permanente entre tribus, es la *paz.* Semejante paz existe también *dentro* de la tribu, con objeto de mantener sus fuerzas disponibles para empresas al exterior: *el Estado es el orden interior de un pueblo para los fines exteriores.* El Estado es, como forma, como *posibilidad,* lo que la historia de un pueblo es como *realidad* (2). Pero la historia es historia guerrera, entonces, lo mismo que hoy. La política es simplemente el efímero sucedáneo de la guerra, mediante la lucha con armas espirituales. Y el conjunto de los hombres en un pueblo es originariamente equivalente a su *ejército.* El carácter del animal rapaz y libre se ha trasladado, con sus rasgos esenciales, desde el individuo al pueblo organizado, que es *el animal con un alma y muchas manos* (3). La técnica del gobernante, del guerrero y del diplomático tienen la misma raíz y, en todos los tiempos, una afinidad interna muy profunda.

Hay pueblos cuya fuerte raza ha conservado el carácter del animal rapaz. Hay pueblos *señoriales,*

(1) *Decadencia de Occidente,* tomo III, capítulo I, número 15; tomo IV, capítulo IV, número 6.

(2) Ibídem.

(3) Y con *una sola cabeza,* no con muchas.



conquistadores, pueblos de bandidaje, enamorados de la lucha contra los *hombres*. Son pueblos que han abandonado a otros la lucha económica *contra la naturaleza*, para luego despojarlos y someterlos. Con la navegación nace al mismo tiempo la piratería; con la vida nómada, el bandidaje en las grandes vías comerciales; con la agricultura, la esclavización de los labradores por una nobleza guerrera.

Pues la organización para las empresas tiene por consecuencia también la diferenciación del aspecto *político* y del aspecto *económico* de la vida, la orientación hacia el *poder* o hacia el *botín*. No sólo hay una articulación *dentro* de los pueblos, según las actividades — guerreros y obreros, cabecillas y aldeanos —, sino también una organización de tribus enteras para *una única* actividad económica. Hubo de haber ya entonces tribus cazadoras, ganaderas, agricultoras; aldeas dedicadas a la minería, a la cerámica, a la pesca; organizaciones políticas de marinos y traficantes. Y por encima de éstas hay también pueblos conquistadores sin trabajo económico. Cuanto más dura es la lucha por el poder y por el botín, tanto más estrechos y severos son los vínculos que sujetan al individuo por medio del derecho y la violencia.

En las tribus de esta índole primitiva, la vida individual significa poco y aun nada. Debemos representarnos claramente — las «sagas» islandesas nos dan una visión de ello — que en cada viaje por mar sólo una parte de las naves llega a puerto, que en toda gran construcción perece una porción notable de trabajadores, que tribus enteras fallecen de hambre en tiempos de extremada sequía. Lo único que interesa es que queden los individuos suficientes para representar el *alma* del conjunto. El *número* vuelve rápidamente a aumentar. No se siente como aniquilamiento la desaparición de alguno o de muchos, sino sólo la *extinción de la organización*, es decir, del «nosotros».

En esta creciente dependencia mutua reside la muda y profunda venganza de la naturaleza sobre el ser que supo arrebatarle el privilegio de la creación. Ese pequeño creador *contra natura,* ese revolucionario en el mundo de la vida, conviértese en el esclavo de su propia creación. La cultura, el conjunto de las formas artificiales, personales, propias de la vida, desarróllase en jaula de estrechas rejas para aquella alma indomable. El animal de rapiña, que convirtió a los otros seres en animales domésticos, para explotarlos en su propio provecho, hase aprisionado a sí mismo. La *casa* del hombre es el símbolo magno de este hecho.

Y su creciente número, en el cual el individuo se pierde, falto de importancia. Pues una de las consecuencias más fecundas del espíritu de empresa en el hombre es que la población se multiplica. Donde antes vivía una horda de pocos centenares de cabezas *asiéntase* ahora un pueblo de diez mil almas (1). Hoy apenas si hay ya espacios sin habitantes. Los pueblos son fronterizos unos de otros, y el mero *hecho* de la frontera — límite del propio *poder* — estimula los viejos instintos de odio, ataque y aniquilamiento. Todo límite, sea el que fuere, incluso de índole espiritual, es enemigo mortal de la voluntad de poderío.

No es verdad que la técnica humana ahorre trabajo. A la esencia misma de la técnica humana, variable y personal, pertenece, en oposición a la técnica específica de los animales, el que cada invención contenga la posibilidad y *necesidad* de nuevas invenciones, de que cada deseo cumplido despierte mil otros deseos y cada triunfo logrado sobre la naturaleza estimule a nuevos y mayores éxitos. El alma de este animal rapaz es insaciable, su voluntad no puede nunca satisfacerse; tal es la maldición que pesa sobre este tipo de vida, pero también la grandeza de su destino. La paz, la felicidad, el goce, son descono-

(1) Y hoy se *apretujan* millones.

cidos justamente para los ejemplares superiores. Ningún inventor ha previsto nunca exactamente el efecto *práctico* de su acción. Cuanto más fecundo es el trabajo de dirección, tanto más extensa se hace la necesidad de brazos ejecutores. Por eso los presos de tribus enemigas empiezan ya a no ser sacrificados, sino explotados en su fuerza corporal. Tal es el origen de la *esclavitud humana,* que debe de ser exactamente *tan antigua* como la esclavitud de los animales domésticos.

Esos pueblos y tribus aumentan, por decirlo así, *hacia abajo.* No es el número de «cabezas» el que aumenta, sino el de manos. El grupo de las naturalezas nacidas para dirigir *sigue siendo* pequeño. Es la manada de los animales rapaces, propiamente dichos, el *puñado de los aptos,* que dispone en algún modo sobre el rebaño creciente de los demás.

Pero incluso esta dominación de los pocos se halla muy alejada de la antigua libertad. Esto se expresa en las palabras de Federico el Grande: «Yo soy el primer *servidor* de mi Estado». De aquí la profunda y desesperada tendencia del hombre excepcional a permanecer interiormente libre. Aquí y sólo aquí comienza *el individualismo como contradicción a la psicología de la masa.* Es la última rebelión del alma rapaz contra la cárcel de la cultura; es el último intento de substraerse a la nivelación anímica y espiritual, que se realiza y se representa en el hecho del gran número. Así se explican los géneros de vida que llevan el conquistador, el aventurero, el solitario e incluso cierto tipo de criminales y de bohemios. Se quiere eludir la acción del gran número aspirante, y se elude poniéndose por encima de la masa o huyendo de ella o despreciándola. La idea de la personalidad, que comienza a despuntar obscuramente, es una protesta contra el hombre de la masa. La tensión entre ambos crece hasta un término trágico.

El odio, que es propiamente el sentimiento racial del animal rapaz, presupone que al enemigo se le

estima. Hay en él un cierto reconocimiento de la igualdad de rango anímico. Pero a los seres que están por debajo se les *desprecia*. Y los seres que están debajo son *envidiosos*. Todos los cuentos, todos los mitos divinos, todas las leyendas heroicas están llenos de tales motivos. El águila no odia más que a sus iguales. No envidia a nadie y desprecia a muchos, a todos. El desprecio mira desde la altura. La envidia atisba de abajo arriba. Estos son los sentimientos *universales históricos* de la Humanidad organizada en Estados y en clases. Sus ejemplares pacíficos chocan impotentes con los alambres de la jaula que los encierra a todos juntos. *Nada* puede librar de este hecho y de sus consecuencias. Así fué y así será, o nada en el mundo podrá ser. Tiene sentido el atender a este hecho o el menospreciarlo. Pero es imposible *cambiarlo*. El destino del hombre está en curso y tiene que cumplirse.

EL FINAL: ASCENSO Y TÉRMINO DE LA CULTURA MAQUINISTA

Wikingos del espíritu. — Experimento, hipótesis de trabajo, «perpetuum mobile». — Sentido de la máquina: las fuerzas inorgánicas de la naturaleza obligadas a trabajar. — Industria, riqueza y poderío. — Carbón y número de hombres. — Mecanización del Universo. — Síntomas de decadencia: disminución de las naturalezas directoras. — Sublevación de las manos. — Pérdida del monopolio de la técnica. — El Universo matizado. — Final.

1

La «cultura» de la mano armada tenía un aliento largo y ha hecho presa en toda la especie humana. Las «culturas del lenguaje y de la empresa» — pues son *varias,* que se pueden distinguir claramente —, esas culturas de la incipiente contraposición anímica entre personalidad y masa, del «espíritu» cada vez más afanoso de señorío y de la vida por éste violentada, comprenden sólo una parte del mundo humano, y están hoy, al cabo de pocos milenios, hace tiempo ya extintas y destrozadas. Lo que llamamos «pueblos naturales» y «primitivos» no son sino restos del material viviente, ruinas de formas antaño animadas, escorias de las cuales ha desaparecido el ardor del devenir y del perecer.

Sobre este suelo proliferan desde 3000 años antes de J. C., acá y allá, las *culturas superiores* (1), las

(1) *Decadencia de Occidente,* tomo I, capítulo II, número 6.

culturas en el sentido estricto y máximo, culturas que ocupan cada una un breve espacio de superficie terrestre y duran cada una apenas un milenio. Es éste el tiempo de las últimas catástrofes. Cada decenio significa ya algo; cada año tiene casi su «rostro». Esta es historia universal en el sentido más propio, más lleno de pretensiones. Este grupo de apasionados cursos vitales ha inventado el Estado como su símbolo y su «mundo», frente a la aldea del período anterior; ha establecido la ciudad de piedra como albergue de una vida, que se ha convertido en artificial, que se ha separado de la madre tierra, que se ha tornado completamente antinatural. Es la ciudad del pensamiento desarraigado, la ciudad que atrae y consume los torrentes de la vida procedentes del campo (1).

En la ciudad nace la *sociedad* (2) con su orden jerárquico de clases — nobleza, sacerdocio, burguesía —, frente al «aldeanismo grosero», como gradación *artificial* de la vida (la *natural* es la división en fuertes y débiles, listos y tontos) y como sede de una evolución cultural perespiritualizada. Aquí dominan el «lujo» y «la riqueza». Estos son conceptos que, quienes no los poseen, malentienden envidiosamente. Pero el lujo no es más que la cultura en la forma más llena de pretensiones. Piénsese en la Atenas de Pericles, en la Bagdad de Harún-al-Raschid y en el «rococó». Esta cultura de las ciudades es, en todo y por todo, lujo; lo es en todas sus capas y actividades y tanto más exuberante y maduro cuanto más avanzados son los tiempos; es cultura totalmente artificial, ya se trate de las artes diplomáticas, de la dirección dada a la vida, del adorno, de la producción escrita, del pensamiento o de la vida económica. Sin riqueza económica concentrada en pocas manos es imposible también la «riqueza» de las artes plásticas,

(1) *Decadencia de Occidente*, tomo III, capítulo II: «El alma de la ciudad».
(2) *Decadencia de Occidente*, tomo IV, capítulo IV, números 1 y 4.

del espíritu, de los hábitos distinguidos, y no hablemos del lujo en las concepciones del Universo, en el pensamiento teorético substituído al pensamiento práctico. El empobrecimiento económico arrastra inmediatamente tras de sí el espiritual y el artístico.

Y en este sentido, los procedimientos técnicos que se desarrollan en el grupo de estas culturas son también lujo espiritual, frutos tardíos, dulces y frágiles, de una creciente artificialidad y espiritualización. Comienzan con la construcción de las pirámides funerarias egipcias y de las torres de los templos sumerios en Babilonia. Estas construcciones surgen en el tercer milenio antes de J. C., allá en el Sur, y significan simplemente la victoria sobre las *masas* pesadas, y, pasando por las empresas de las culturas china, india, antigua, árabe y mexicana, llegan a las de la cultura fáustica, en el segundo milenio después de Cristo, allá en el Norte, representando la victoria del pensamiento puramente técnico sobre difíciles *problemas*.

Pues estas culturas crecen *independientes* unas de otras y en una sucesión que va de sur a norte. La cultura fáustica europea occidental *acaso* no sea la última, pero es, *sin duda alguna,* la más poderosa, la más apasionada, la más trágica de todas, por su contradicción interior entre una espiritualización, que lo comprende todo, y una profunda disensión del alma. Es posible que todavía sobrevenga un epigono sin brillo, acaso en algún punto situado en la llanura entre el Vístula y el Amur y en el próximo milenio. Pero aquí la lucha entre la naturaleza y el hombre, que con su existencia histórica se revuelve contra la naturaleza, *ha sido llevada prácticamente a su término.*

La comarca del norte ha forjado el tipo humano en razas duras, fortalecidas por la inclemencia de las condiciones vitales, por el frío, por la constante penuria; y las ha provisto de un espíritu extraordinariamente acerado, animado con el ardor frío de una pasión indomable por la lucha, la audacia y la presión

hacia adelante, lo que yo he llamado el *pathos de la tercera dimensión* (1). Estos hombres son una vez más auténticos animales de rapiña, cuyas almas fuertes persiguen lo imposible, se atreven a quebrantar la supremacía del pensamiento, de la vida, artificialmente organizada, sobre la sangre, y convertirla en un *servicio*, y elevar el destino de la libre personalidad al rango de *sentido* del mundo. Tienen una voluntad de poderío que menosprecia todas las limitaciones del tiempo y del espacio, que se propone como objetivo propio lo ilimitado, lo infinito, somete los continentes, envuelve al fin la tierra entera en las formas de su tráfico y de sus comunicaciones y la *transforma* mediante el poder de su energía práctica y la inmensidad de su superioridad técnica.

Al principio de toda cultura superior fórmanse las dos clases primordiales, la nobleza y el sacerdocio, como iniciaciones de la «sociedad», sobre la vida aldeana del campo llano. Encarnan ideas que se excluyen una a otra. El noble, guerrero, aventurero, vive en el mundo de los *hechos*. El sacerdote, sabio, filósofo, vive en su mundo de *verdades*. El uno sufre o es un *destino*. El otro piensa en *causalidades*. Aquél quiere poner el espíritu al servicio de su vida fuerte. Éste quiere poner su vida al servicio del espíritu. Esta contraposición no ha asumido jamás forma más irreconciliable que en la cultura fáustica, en la cual la orgullosa sangre de los animales rapaces se subleva por última vez contra la tiranía del pensamiento puro. Desde la lucha entre las ideas del imperio y del pontificado, en los siglos XII y XIII, hasta la lucha entre las potencias de una tradición racial, distinguida — monarquía, nobleza, ejército —, y las teorías de un racionalismo, liberalismo y socialismo plebeyo — de la revolución francesa a la revolución alemana —, siempre, una y otra vez se ha buscado la decisión.

(1) *Decadencia de Occidente*, tomo I, capítulo III, número 2; tomo II, capítulo V, número 3.

2

Esta diferencia subsiste en toda su grandeza entre los *wikingos de la sangre* y los *wikingos del espíritu,* en el ascenso de la cultura fáustica. Aquéllos, en insaciable afán de lejanías infinitas, parten del norte y en 796 llegan a España; en 859, al interior de Rusia; en 861, a Islandia, y en el mismo tiempo a Marruecos, desde donde alcanzan la Provenza y las proximidades de Roma; en 865, por Kiew (Kaenugard), llegan al mar Negro y a Bizancio; en 880, al mar Caspio; en 909, a Persia. Hacia 900 ocupan la Normandía e Islandia; hacia 980, Groenlandia; hacia el año 1000 descubren Norteamérica. En 1029 parten de Normandía y llegan a la baja Italia y a Sicilia; en 1034 parten de Bizancio y van a Grecia y al Asia Menor. En 1066 salen de la Normandía y conquistan Inglaterra [1].

Con la misma audacia y la misma hambre de poder y de botín *espirituales,* los frailes nórdicos de los siglos XIII y XIV penetran en el mundo de los problemas técnico-físicos. Aquí no hay nada de esa curiosidad ociosa y extraña a la acción que caracteriza a los sabios chinos, indos, antiguos y árabes. Aquí no hay especulaciones con el propósito de obtener una simple «teoría», una imagen de aquello que no se puede conocer. Sin duda, *toda teoría* científiconatural es un *mito,* que el *entendimiento* bosqueja sobre los poderes de la naturaleza, y toda teoría depende completamente de la religión correspondiente [2]. Pero aquí y sólo aquí la teoría es desde un principio *hipótesis de trabajo* [3]. Una hipótesis de trabajo no necesita ser «justa»; ha de ser tan sólo prácticamente utilizable. No se propone descubrir los enigmas del

(1) K. Th. Strasser, *Wikingos y normandos* (1928).

(2) Sobre lo que sigue, véase *Decadencia de Occidente,* tomo II, capítulo VI.

(3) Ibídem, tomo III, capítulo III, número 19.

Universo que nos rodea, sino hacerlos *servir* a determinados fines. De aquí se deriva la exigencia del método *matemático,* que fué planteada por los ingleses Grosseteste (nacido en 1175) y Roger Bacon (nacido hacia 1210), y por los alemanes Alberto Magno (nacido en 1193 y Witelo (nacido en 1220). De aquí también se deriva el *experimento,* la *scientia experimentalis* de Bacon, la inquisición de la naturaleza con aparatos de tortura, con palancas y tornillos (1). *Experimentum enim solum certificat,* como escribe Alberto Magno. Es la astucia guerrera de los animales rapaces del espíritu. Creían que lo que querían era «conocer a Dios»; pero lo que en realidad querían era aislar, hacer utilizables y palpables *las fuerzas de la naturaleza inorgánica,* la energía invisible en todo lo que acontece. La física fáustica y sólo ésta es *dinámica,* frente a la estática de los griegos y a la alquimia de los árabes (2). No se trata de materia, sino de fuerza. La masa misma es una función de la energía. Grosseteste desarrolla una teoría del espacio como función de la luz, y Pedro Peregrino establece una teoría del magnetismo. En un manuscrito de 1322 se indica ya la teoría copernicana del movimiento de la tierra alrededor del sol, y cincuenta años después Nicolás de Oresme, en *De coelo et mundo,* fundamenta esta teoría con más claridad y profundidad que el mismo Copérnico, y en *De differentia qualitatum* anticipa las leyes de la caída, de Galileo, y la geometría de las coordenadas de Descartes. Considérase a Dios no ya como el Señor, que desde su trono gobierna el Universo, sino como una fuerza infinita, pensada casi de modo impersonal, fuerza que está presente en todas partes en el mundo. Extraño servicio divino era esa investigación experimental de las fuerzas ocultas por piadosos frailes. Y, como

(1) Ibídem, tomo IV, capítulo V, número 6.
(2) Ibídem, tomo II, capítulo VI, número 12.

decía un viejo místico alemán: «Al servir a Dios, Dios te sirve a ti».

Cansada estaba la Humanidad de contentarse con el servicio de las plantas, los animales y los esclavos, de arrebatar a la naturaleza sus tesoros —los metales, las piedras, las maderas, las materias textiles, el agua en canales y pozos—, de vencer sus resistencias por medio de la navegación, las carreteras, los puentes, los túneles y los diques. La naturaleza no había de seguir siendo *saqueada* en sus materias, sino que había de ponerse *en tensión, con todas sus fuerzas, sometiéndose al yugo* y realizando trabajo de esclava, para multiplicar el poder del hombre. Este enorme pensamiento es tan antiguo como la cultura fáustica misma, aunque es ajeno a todas las demás culturas. Ya en el siglo X encontramos construcciones técnicas de índole completamente nueva. Ya Roger Bacon y Alberto Magno meditaban sobre máquinas de vapor, barcos de vapor y aparatos voladores. Y muchos en la celda del claustro cavilaban sobre la idea del *perpetuum mobile* (1).

Esta idea ya no nos abandona jamás. Hubiese sido la definitiva victoria sobre Dios o la naturaleza —*Deus sive natura*—: un mundo pequeño, creado por sí mismo, y que, como el grande, se mueve por *propia* fuerza y obedece al dedo del hombre. Construir un mundo, ser Dios, tal fué el ensueño de los inventores fáusticos; de ese ensueño salieron todos los bosquejos de máquinas, que se acercaban lo más posible al fin inaccesible del *perpetuum mobile*. El concepto de botín, en que piensa el animal rapaz, fué llevado hasta su extremo límite. No esto y aquello, como el fuego que Prometeo robó, sino el Universo mismo es, con el secreto de su fuerza, considerado como la presa y botín en la construcción de esta cultura. Y los que no estaban poseídos por esa

(1) *Decadencia de Occidente*, tomo IV, capítulo V: «La máquina. — Epístola De Magnete, de Pedro Peregrino, en 1269».



voluntad de omnipotencia, superior a la naturaleza, habían de sentirla como algo diabólico; y, en efecto, siempre se ha sentido la máquina como invención del diablo, y se la ha temido. Con Roger Bacon comienza la larga serie de los que fueron considerados como mágicos y heréticos.

Pero la historia de la técnica europea occidental sigue adelante. Hacia 1500, con Vasco de Gama y Colón, comienza otra serie de expediciones wikingas. Créanse o conquístanse nuevos imperios en las Indias occidentales y orientales; y un torrente de hombres, con sangre nórdica (1), se vierte hacia América, en donde antaño los navegantes de Islandia desembarcaron en vano. Y al mismo tiempo los viajes de los wikingos del espíritu se amplifican en proporciones poderosas. Se inventan la pólvora y la imprenta. Desde Copérnico y Galileo vienen a la luz innumerables procedimientos técnicos, cuyo sentido es siempre el aislar la fuerza inorgánica del mundo en torno y hacerla rendir trabajo en substitución de los animales y los hombres.

Con las ciudades crecientes la técnica se hace burguesa. El sucesor de aquellos frailes góticos es el sabio inventor profano, *sacerdote sapiente de la máquina*. Con el racionalismo, finalmente, la «creencia en la técnica» se convierte casi en religión materialista: la técnica es eterna e imperecedera, como Dios Padre; salva a la Humanidad, como el Hijo; nos ilumina, como el Espíritu Santo. Y su adorador es el filisteo moderno del progreso, desde La Mettrie hasta Lenin.

En realidad, la pasión del inventor no tiene *nada* que ver con sus consecuencias. Ella es su *personal* tema de vida, su *personal* ventura y desventura. El inventor quiere gozar *para sí* del triunfo sobre di-

(1) Pues los que emigraron de España, Portugal y Francia fueron seguramente, en su mayor parte, descendientes de los conquistadores de la época de las invasiones bárbaras. Lo que restaba era la masa humana, que había perdurado a través de celtas, romanos y sarracenos.

fíciles problemas, de la riqueza y fama que el éxito le proporciona. Que su invención sea útil o fatal, creadora o destructora, esto no le atañe para nada, aun suponiendo que haya algún hombre capaz de saberlo de antemano. Pero nadie puede prever los efectos de una «conquista técnica de la Humanidad», prescindiendo de que «la Humanidad no ha inventado nunca nada». Descubrimientos químicos, como la síntesis del añil, y probablemente dentro de poco tiempo, la del caucho artificial, destruyen las condiciones de vida en que se desarrollan países enteros. El transporte de la energía eléctrica y el alumbramiento de fuerzas hidráulicas han desvalorado las antiguas regiones carboníferas de Europa, *con toda su población*. Pero semejantes reflexiones ¿han llevado nunca a algún inventor a destruir su obra? El que lo crea, conoce mal la naturaleza rapaz del animal humano. Todas las grandes invenciones y empresas proceden del deleite que el hombre fuerte paladea en la victoria. Son expresión de la *personalidad* y no del pensamiento utilitario de las masas, que se limitan a *presenciar* y han de aceptar las consecuencias tales como son.

Y estas consecuencias son enormes. El pequeño enjambre de espíritus nativamente directores, de empresarios e inventores, constriñe la naturaleza a realizar un trabajo, que se mide por millones y millares de caballos-vapor y ante el cual nada significa ya la cantidad de energía corporal humana. No se conocen hoy mejor que antes los enigmas de la naturaleza; pero se conoce la hipótesis de trabajo, que no es «verdadera», sino sólo adecuada a fines y con cuyo auxilio se obliga a la naturaleza a *obedecer* al mando humano, a la más leve presión de un botón o de una palanca. El *tempo* de las invenciones crece hasta límites fantásticos; y, sin embargo, debe repetirse, una y otra vez, que no ahorra absolutamente ningún trabajo humano. El número de los brazos necesarios aumenta con el número de las máquinas, porque el lujo técnico

supera toda otra índole de lujo (1) y porque la vida artificial se hace cada día más artificial.

Desde la invención de la máquina, la más astuta de todas las armas contra la naturaleza, que en general son posibles, los empresarios e inventores han aplicado a su *construcción* esencialmente el número de brazos que necesitan. El *trabajo* de la máquina es realizado por la fuerza inorgánica, la tensión del vapor o del gas, de la electricidad y del calor, que se obtienen del carbón, del petróleo y del agua. Pero esto ha tenido por efecto el aumentar peligrosamente la tensión anímica entre directores y dirigidos. Ya no se comprenden unos a otros. Las empresas primitivas de los milenios anteriores a Jesucristo exigían la colaboración *inteligente* de todos los que sabían y sentían aquello de que se trataba. Había entonces una especie de camaradería, como hoy en la caza y en el deporte. Pero ya durante la construcción de los grandes edificios en Egipto y Babilonia no debió de ser éste el caso. El trabajador aislado no comprendía ni el término ni la finalidad de todo el procedimiento; ni tampoco le importaban, siéndole indiferentes y acaso odiosos. El «trabajo» era una *maldición,* como nos lo refiere la narración del paraíso al principio de la Biblia. Pero ahora, desde el siglo XVIII, innumerables «manos» trabajan en cosas de cuya función efectiva en la vida, incluso en la vida propia, nada saben ya y en cuyos éxitos no participan lo más mínimo interiormente. Dilátase en el mundo actual una soledad desértica del alma, una desconsoladora nivelación, sin altos ni bajos, que despierta encono contra la vida de los *dotados,* de los que han *nacido* creadores. No se quiere ya ver, no se quiere ya comprender que el trabajo director es el trabajo *más duro* y que de él, de su logro, *depende* la propia vida. Se siente sólo que ese trabajo hace feliz, que llena y enriquece el alma, y por eso mismo se le odia.

(1) Compárese la vida de los trabajadores hacia 1700 y hacia 1900 y el tipo de vida de los trabajadores urbanos con el de los aldeanos.

3

En realidad, empero, ni las cabezas ni las manos pueden alterar en nada el destino de la técnica maquinista, que se ha desarrollado por necesidad interna, por necesidad del alma, y que ahora marcha hacia su plenificación, hacia su término. Nos hallamos hoy en la cúspide, allí donde comienza el quinto acto. Las últimas decisiones sobrevienen. La tragedia acaba.

Toda gran cultura es una tragedia. La historia del hombre *en conjunto*, es trágica. Pero el delirio y la caída del hombre fáustico es más grande que todo cuanto Esquilo y Shakespeare han contemplado jamás. La creación se subleva contra el creador. Así como antaño el microcosmos-hombre se sublevó contra la naturaleza, así ahora el microcosmos-máquina se subleva contra el hombre nórdico. El señor del mundo tórnase esclavo de la máquina. La máquina le constriñe, nos constriñe a todos sin excepción, sepámoslo y querámoslo o no, en la dirección de su trayectoria. El victorioso despeñado es pisoteado a muerte bajo el galope de los caballos.

A principios del siglo XX, el «Universo» en este pequeño planeta ofrece el espectáculo de un grupo de naciones con sangre nórdica, dirigidas por ingleses, alemanes, franceses y yankis, que domina la situación. Su poderío político se basa en su *riqueza* y su riqueza consiste en la fuerza de su *industria*. Ésta, a su vez, está condicionada por la existencia de carbón. La situación de las regiones carboníferas descubiertas asegura, sobre todo a los pueblos germánicos, casi el monopolio y conduce a un aumento de población que es único en toda la Historia. Sobre las espaldas del carbón y en los centros de las vías del tráfico que del carbón irradian, reúnese una masa humana de enormes proporciones, masa que se ha *disciplinado* en la técnica maquinista y trabaja *para* ella y vive *de* ella. Los demás pueblos, ya en figura de colonias,

ya como Estados en apariencia independientes, mantiénense en un papel que consiste en producir materias primas y en consumir productos manufacturados. Esta distribución de los papeles queda asegurada por los ejércitos y las escuadras, cuyo entretenimiento supone *la riqueza de los países industriales* y que, a consecuencia de su educación técnica, se han convertido también en verdaderas máquinas que trabajan a una señal del dedo. Una vez más muéstrase aquí la profunda semejanza y aun casi identidad entre la política, la guerra y la economía. El *grado* de poder militar depende del *rango* de la industria. Los países de pobre industria son pobres *en general:* no pueden, pues, mantener un ejército ni costear una guerra; son, por tanto, políticamente impotentes, y en ellos los trabajadores, tanto los que dirigen como los que son dirigidos, constituyen objetos para la política económica de sus adversarios.

Frente a las masas de manos ejecutoras, que son *lo único* que la desfavorable «mirada del pequeño» percibe, resulta ya desconocido y desestimado el *creciente valor de la labor directora,* que ejecutan unas pocas cabezas creadoras: los empresarios, los organizadores, los inventores, los ingenieros ([1]). Ello acontece menos en América, nación práctica, y, en cambio, más en Alemania, país de «poetas y pensadores». La absurda frase «todas las ruedas se paran si tu fuerte brazo quiere» envuelve en niebla los cerebros de los parlanchines y de los escritores. Parar la rueda puede hacerlo cualquier insecto que cae en el mecanismo. Pero inventar esas ruedas y darles ocupación, para que aquel «brazo fuerte» pueda alimentarse, esto sólo pueden hacerlo unos pocos, *nacidos* para ello.

Esos incomprendidos y odiados, ese puñado de fuertes personalidades, tienen una psicología *muy distinta.* Conocen todavía el sentimiento de triunfo, que anima al animal rapaz cuando tiene entre sus garras la pal-

([1]) *Decadencia de Occidente,* tomo IV, capítulo V, número 7.

pitante presa; el sentimiento de Colón, cuando vió aparecer la tierra en el horizonte; el sentimiento de Moltke, en Sedán, cuando por la tarde, desde la altura de Frénois, observaba cómo el cerco de su artillería se cerraba en Illy, rematando la victoria. Estos momentos, estas cumbres de lo que un hombre *puede* vivir, son los momentos en que un gran navío, ante los ojos de su constructor, resbala sobre el astillero y entra en el agua; el instante en que una máquina, recién inventada, comienza a trabajar a la perfección y en que el primer zeppelín se levanta sobre el suelo. Pero el trágico destino de este tiempo quiere que el pensamiento humano desencadenado no pueda ya aprehender sus propias consecuencias. La técnica se ha convertido en un misterio, como la alta matemática de que hace uso, como la teoría física que, en su pensamiento taladrante, atraviesa las abstracciones del fenómeno y penetra hasta las formas fundamentales puras del conocer humano, sin notarlo claramente (1). *La mecanización del mundo* ha entrado en un estadio de peligrosísima tensión. La imagen de la tierra, con sus plantas, animales y hombres, se ha modificado. Dentro de pocos decenios habrán desaparecido las grandes selvas, convertidas en papel de periódicos, y se producirán cambios de clima que amenazan la agricultura de poblaciones enteras. Innumerables especies animales se extinguen casi por completo, como el búfalo, y razas humanas desaparecen, como los indios norteamericanos y los naturales de Australia.

Todo lo orgánico sucumbe a la creciente organización. Un mundo artificial atraviesa y envenena el mundo natural. La civilización se ha convertido ella misma en una máquina que todo lo hace o quiere hacerlo maquinísticamente. Hoy se piensa en caballos de vapor. Ya no se ven y contemplan las cascadas sin convertirlas mentalmente en energía eléctrica.

(1) *Decadencia de Occidente*, tomo II, capítulo VI, números 14 y 15.



No se ve un prado lleno de rebaños pastando sin pensar en el aprovechamiento de su carne. No se tropieza con un bello oficio antiguo, de una población todavía alimentada de savia primordial, sin sentir el deseo de substituirlo por una técnica moderna. Con sentido o sin él, el pensamiento técnico *quiere* realización. El *lujo de la máquina* es la consecuencia de una constricción mental. La máquina es, en último término, un símbolo, como su ideal oculto, el *perpetuum mobile,* es una necesidad espiritual y anímica, pero no vital.

Ya comienza a contradecir en muchos puntos a la práctica científica. La descomposición se anuncia por doquiera. La máquina anula su fin por su número y su refinamiento. El automóvil en las grandes ciudades ha anulado por su masa el efecto que quería conseguir; y se llega a los sitios más de prisa a pie. En Argentina, Java y otros lugares revélase el sencillo arado, tirado por animales en las propiedades pequeñas, como superior económicamente a los grandes motores y desplaza de nuevo a éstos. En muchas regiones de los trópicos el aldeano de color, con sus labores primitivas, se convierte en peligroso competidor de la explotación moderna y técnica en las grandes plantaciones de los blancos. Y el trabajador blanco de la industria, en la vieja Europa y en Norteamérica, comienza a ver problemático su trabajo.

Es locura hablar —como estuvo de moda en el siglo XIX— del agotamiento que amenaza sobrevenir en las minas de carbón dentro de pocos siglos, acarreando graves consecuencias. Era esta tesis una idea materialista. Prescindiendo de que hoy ya el petróleo y la fuerza hidráulica van penetrando en extensiones considerables, como reservas inorgánicas de fuerza, es claro que el pensamiento técnico descubriría muy pronto otras fuerzas distintas. Pero aquí no se trata de semejantes espacios de tiempo. La técnica americana y europeooccidental acabará *antes*. Una circunstancia mezquina, como la falta de materias, no podría en modo alguno detener esa evolución poderosa.

Mientras el *pensamiento* que en ella actúa, permanezca en la altura, sabrá siempre crear los medios necesarios para sus fines.

Pero ¿cuánto tiempo seguirá estando en la altura? Sólo para mantener en el mismo nivel la provisión actual de métodos y dispositivos técnicos son necesarias, digamos, por ejemplo, cien mil cabezas sobresalientes: organizadores, inventores, ingenieros. Tienen que ser talentos fuertes e incluso creadores, transidos de entusiasmo por su causa y formados durante años, con acerado celo y grandes gastos. En realidad, hace cincuenta años que la mayor parte de los fuertes talentos juveniles, en los pueblos blancos, sienten una inclinación predominante hacia esa vocación. Ya los niños jugaban con juguetes técnicos. En las capas urbanas y en las familias de las ciudades, cuyos hijos son los que en este punto han de tenerse en consideración, el bienestar, la tradición de vocaciones espirituales y de cultura refinada constituían los supuestos normales para la formación de este producto maduro y tardío del pensamiento técnico.

Pero hace ya decenios que, con claridad creciente, está cambiando todo esto en los países de gran industria y antigua técnica. El pensamiento fáustico comienza a hartarse de la técnica. El cansancio se propaga, una especie de pacifismo en la lucha contra la naturaleza. Siéntese el atractivo de formas vitales más sencillas, más próximas a la naturaleza. Los jóvenes se dedican al deporte en vez de dedicarse a los ensayos técnicos. Cunde el odio a las grandes ciudades; se aspira a sacudir el yugo de las actividades sin alma, a eludir la esclavitud de la máquina, a disipar la clara y fría atmósfera de la organización técnica. Justamente los talentos más fuertes y creadores se desvían de los problemas prácticos y de las ciencias prácticas y se dedican a la pura especulación. Empiezan a resucitar el ocultismo y el espiritismo, las filosofías indias, las cavilaciones metafí-

sicas de matiz cristiano o pagano, todas cosas que eran despreciadas en la época del darwinismo. Éste es el talante de Roma en la época de Augusto. Por ahitos de vida, huyen los hombres de la civilización y buscan refugio en continentes más primitivos, en vagabundajes, en el suicidio. *Comienza la fuga de los directores nativos ante la máquina.* Dentro de poco sólo habrá disponibles talentos de segundo orden, epígonos de una gran época. Todo gran empresario comprueba la disminución de las calidades espirituales en la descendencia. Ahora bien: la grandiosa evolución técnica del siglo XIX fué posible, exclusivamente, en virtud del nivel espiritual creciente. No sólo la disminución, sino simplemente la detención, es peligrosa y señala hacia un término, por muchas que sean las manos bien preparadas que se apresten al trabajo.

Y en esto, ¿qué acontece también? La tensión entre el trabajo de los directores y el de los ejecutores ha alcanzado el grado de una catástrofe. La importancia de los primeros y el valor económico de toda auténtica *personalidad* en el trabajo directivo se ha hecho tan grande, que ya no es visible ni comprensible para la mayor parte de los que se hallan abajo. En la otra labor, en la labor de las manos, el individuo no tiene la menor importancia. Sólo el número tiene aún valor. El conocimiento de esta *situación inmodificable,* conocimiento excitado por oradores y escritores egoístas, explotado financieramente y envenenado, es tan desconsolador, que una rebelión contra el papel conferido a la mayor parte de los hombres *por la máquina y no por sus poseedores,* es al fin harto humana. En innumerables formas, desde el atentado hasta el suicidio, pasando por la huelga, iníciase *la sublevación de las manos contra su destino,* contra la máquina, contra la vida organizada y, al fin, contra todo y contra todos. La organización del trabajo, tal como reside desde milenios en el concepto de la acción entre muchos y que tiene por fundamento la

distinción entre directores y dirigidos, entre cabezas y manos, está siendo deshecha desde abajo. Pero la «masa» no es más que una *negación:* la masa niega el concepto de la organización; la masa no es algo que por sí mismo sea capaz de vida. Un ejército sin oficiales no es más que un montón de hombres superfluos y extraviados (1). Un detritus de chatarra y de tejas no es un edificio. Esta sublevación en toda la tierra amenaza anular la *posibilidad* de un trabajo técnico económico. Los directores pueden huir; pero los dirigidos, ya inútiles, están perdidos. Su número significa su muerte.

El tercer síntoma, y el más grave, de la descomposición incipiente reside en lo que pudiéramos llamar la *traición a la técnica.* Trátase de cosas que todo el mundo conoce, pero que nunca se ven en la conexión que les permite manifestar su sentido fatal. La enorme superioridad de la Europa occidental y de Norteamérica en la segunda mitad del siglo pasado, por lo que se refiere a la fuerza de toda índole, económica, política, militar, financiera, descansa en un indiscutido monopolio de la industria. Las grandes industrias se han desarrollado en relación con los yacimientos carboníferos *en esos países nórdicos.* El resto del mundo era región de consumo, y la política colonial ha actuado en el sentido de descubrir nuevas regiones de consumo y de materias primas, pero no nuevas regiones de producción. Carbón había también en otras partes; pero sólo el ingeniero «blanco» hubiera podido descubrirlo. Nos hallábamos en la posesión única no sólo de las materias, sino también de los *métodos* y de los *cerebros* capaces de darles aplicación. Tal es el fundamento del tipo lujoso de vida que lleva el trabajador blanco, el cual, en comparación con el hombre de color (2), tiene ingre-

(1) El gobierno soviético, desde hace quince años, no hace otra cosa que intentar, con nuevos nombres, restablecer las organizaciones políticas, militares y económicas, que ha destruído.

(2) Comprendo entre los «hombres de color» a los habitantes de Rusia y de una parte de la Europa meridional y oriental.



sos principescos. Esta circunstancia ha sido omitida por el marxismo para su gran daño. Hoy se venga lanzando en el curso de la evolución el problema de la falta de trabajo. El salario del trabajador blanco, que hoy es un peligro para su *vida,* descansa, por lo que a su altura se refiere, exclusivamente en el monopolio que los directores de la industria habían establecido alrededor de él (1).

Pero a fines del siglo la ciega voluntad de poderío empieza a cometer errores decisivos. En vez de mantener secreto el saber técnico, el mayor tesoro que los pueblos «blancos» poseían, fué ofrecido a todo el mundo orgullosamente, en todas las escuelas superiores, de palabra y por escrito, y se aceptaba con orgullosa satisfacción la admiración de los indios y los japoneses. Iníciase la conocida «dispersión de la industria», incluso a consecuencia de la reflexión de que conviene aproximar la producción a los consumidores para obtener mayores provechos. En lugar de exportar exclusivamente productos, comiénzase a exportar secretos, procedimientos, métodos, ingenieros y organizadores. Incluso hay inventores que emigran. El socialismo, que quería someterlos a su yugo, los *despide.* Todos los «hombres de color» penetraron en el secreto de nuestra fuerza, lo comprendieron y lo aprovecharon. Los japoneses llegaron a ser, en treinta años, técnicos y peritos de primer orden, y en la guerra contra Rusia demostraron una superioridad técnica militar, de la que sus maestros mismos pudieron aprender. En todas partes, en el Asia oriental, en la India, en América del Sur, en África del Sur, se han formado regiones industriales o están formándose; y como pagan salarios inferiores, hacen a la vieja industria una competencia mortal. Los insubstituíbles privilegios de los pueblos blancos han sido dilapidados, gastados y traicionados. Los adversarios han alcanzado a sus modelos y acaso los

(1) Demuéstralo ya la contraposición entre el salario de un gañán en el campo y los ingresos de un obrero metalúrgico.

superen con la mezcla de las razas de color y con la archimadura inteligencia de civilizaciones antiquísimas. Allí donde hay carbón, petróleo y fuerzas hidráulicas puede forjarse una nueva arma contra el corazón de la cultura fáustica. Aquí comienza la venganza del mundo explotado contra sus señores. Con las innumerables manos de los hombres de color, que trabajan tan hábilmente como los blancos y con muchas menos pretensiones, conmuévese la base de la organización económica de los blancos. El lujo *habitual* del obrero blanco, comparativamente con el kulí, conviértese en destino fatal. El propio trabajo de los blancos resulta innecesario. Las poderosas masas acampadas sobre el carbón septentrional, los dispositivos de la industria, el capital invertido, ciudades y comarcas enteras, amenazan sucumbir a la competencia. El centro de gravedad de la producción desplázase incoerciblemente desde que la guerra mundial ha puesto fin al respeto de los hombres de color ante el blanco. Este es el verdadero motivo de la falta de trabajo en los viejos países de Europa y América, falta de trabajo que no constituye una crisis, sino el *comienzo de una catástrofe*.

Pero para los hombres de color — los rusos quedan incluídos en este concepto —la técnica fáustica no es ya una necesidad interior. Sólo el hombre fáustico piensa, siente y vive en sus formas. Para éste es esa técnica *espiritualmente* necesaria; no sus consecuencias económicas, sino sus victorias. *Navigare necesse est, vivere non est necesse*. Para los «hombres de color» la técnica no es más que un arma en la lucha contra la civilización fáustica, un arma semejante a una rama de árbol que se tira cuando ha cumplido su fin. Esta técnica maquinista acaba con el hombre fáustico y llegará un día en que se derrumbe y se *olvidarán* los ferrocarriles y los barcos de vapor, como antaño las vías romanas y la muralla de China, y nuestras ciudades gigantescas con sus rascacielos, lo mismo que los palacios de la vieja Menfis y de

Babilonia. La historia de esa técnica se aproxima rápidamente a su término inevitable. Está carcomida por dentro, como todas las grandes formas de cualquier cultura. Pero no sabemos cuándo y de qué modo acabará.

En vista de este destino, sólo hay una concepción del Universo que sea digna de nosotros: la ya citada de Aquiles cuando dice que mejor es una vida breve, llena de hazañas y de gloria, que una vida larga sin contenido. El peligro se ha hecho tan grande para cada individuo, cada clase, cada pueblo, que es deplorable el pretender engañarse. El tiempo no puede detenerse; no hay prudentes retornos, no hay cautelosas renuncias. Sólo los soñadores creen en posibles salidas. El optimismo es *cobardía.*

Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio olvidáronse de licenciarlo. Eso es grandeza; eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre.

LA ANTIGÜEDAD DE LAS CULTURAS AMERICANAS

El más arduo problema en la investigación de las antiguas culturas americanas es su cronología absoluta. Sin esta averiguación de la marcha de la Historia en el tiempo y de su continuidad, cuyas señales exteriores son las fechas, no hay saber histórico real. Precisamos siempre para conseguirlo buscar la historia desaparecida de estos hombres y ciudades con sus acontecimientos y hazañas, hacer revivir con precisión bajo nuestra mirada las personalidades guías en la natural sucesión de las generaciones que aparecen o se desarrollan en la evolución. Y esta evolución de las culturas americanas no estriba en sí misma, sino que acaso constituye un elemento de la Historia Universal, en el cual se entrelaza el fenómeno de las culturas aisladas en el origen y en el tiempo. Es más que problemático que nosotros, desde lejos, podamos reconstruir esta necesaria ordenación orgánica. Pero el fin es invariable. Es el fin de toda alta investigación histórica y comprende las cuestiones particulares de la investigación sean o no resolubles. Entonces no se encuentran los últimos fines en el hecho de determinar, ordenar y comparar los estratos de las culturas, en observar con métodos adecuados las formas de los objetos y ornamentos, en saber cómo vivieron, construyeron sus casas y tumbas los hombres de cualquier época — esto es sólo acumulación y clasificación de materiales que debe ser particularmente realizada —. Prehistoria y Arqueología son ciencias previas para el historiador, e Historia es lo que se ha presentado claramente alguna vez. No hay una cultura de

bronce, o culturas matriarcales; existen sólo culturas humanas, las cuales se desarrollan siempre en un reducido número de generaciones y desaparecen; sus restos accidentales son sólo períodos y formas ornamentales. Debemos estar seguros de que esto no nos dice nada.

Cuando un estudioso de la Prehistoria de un lejano futuro quiera describir el siglo XIX como el estrato del hilo de alambre y las latas de conserva, habrá olvidado directamente lo que impulsa también la tendencia hacia la investigación prehistórica: el humano acontecer mismo. La determinación de los períodos consecutivos es un medio, no un fin. No progresan los ornamentos y las formas de los objetos sino que los hombres viven y trabajan con formas determinadas, apenas o en manera alguna conscientes. Los restos hablan de esto, ellos han tenido en otro tiempo una historia vital, ésta es la pregunta: ¿cuánto de estas formas de lenguaje podemos todavía entender? Será muy poco, si no establecemos una cronología para ordenar en la sucesión de las generaciones; igualmente no se encuentran en los restos materiales ni el carácter ni la expansión de las lenguas vivas. Además las palabras circulan de pueblo en pueblo, se extienden o desaparecen a consecuencia de algún fenómeno histórico que necesitamos conocer de antemano. ¿Qué se descubriría en la actual expansión de las lenguas románicas en América, Europa y Suroeste de Asia, si no se conociera la historia romana y la patria de los latinos localizada en un rincón del centro de Italia? El contenido de la cronología significa algo más que un esquema. Las fechas hablan de una vida que algún día ha sido real. Lo primero que salta a la vista en esta ordenación de los hallazgos es su profundo sentido; el error fundamental de la doctrina del ciclo de las culturas en que ha permanecido la investigación en los últimos 20 años, fué que con sus conceptos de «juventud» y «vejez» no relaciona ninguna representación absoluta, y comparaba los más an-

tiguos períodos, sin indagar si eran de la misma antigüedad. Lo que significa la máxima antigüedad en las islas Fidji, es en China lo más joven.

Mientras que nosotros, europeos occidentales, fuera de la Biblia, de los autores clásicos y de las crónicas históricas occidentales, nada sabíamos de Historia, nos ayudábamos con el sistema cronológico de la Biblia acoplado al panorama mundial. En estos seis mil años se deja ordenar fácilmente todo lo conocido. Pero desde el siglo pasado las excavaciones e interpretaciones de inscripciones originales en Egipto, Babilonia, Grecia, China, India, sobre todo se encaminan en busca de yacimientos prehistóricos y este principio de ordenación dejó de regir. Entonces se forma por falta de solidez, de cálculos seguros sobre el tiempo y por la inclinación germánica a lo infinito, la alegría en las monstruosas cantidades de siglos, de las que no se supo nada con certeza. Se dió al traste con siglos de Historia y miles de años de Prehistoria e inmediatamente se apreciaron señales de evolución. Esta oculta tendencia conduce a anular la cronología cristiana y su sentido teológico, a la par que la desesperada tentativa de la escuela de Darwin intenta demostrar la evolución materialista y causal de las especies animales y vegetales. Aunque no se consideró en períodos inconmensurables. Pronto se encuentra una prueba real; desaparece la serie de siglos. Medida demasiado pequeña para todo lo humano y natural. Ya no se habla de situar las pirámides de Keops, o los primeros legendarios emperadores chinos y reyes de Babilonia o las pinturas rupestres españolas muchos miles de años antes de Cristo. Incluso la cronología egipcia que Eduardo Meyer ha reconstruído, ha sido acortada algunos siglos en sus orígenes por Scharff (1) a consecuencia de datos sobre la duración de la vida de personajes que bajo las primeras dinastías desempeñaron cargos en la corte y de las excavaciones en Ur

(1) *Fundamentos de la Prehistoria egipcia* (1927).

cuyos descubrimientos establecen con cierta sensación de precisión el año 4000, que ha sido trasladado con acierto por Weidner y Christyan [1] al 2600. En China los hallazgos de textos proféticos, huesos y piezas de nácar junto con las excavaciones de Anderson, han demostrado que la historia real con fechas y datos fidedignos no pudo empezar antes del 1400 [2]. Y el método de Geers, para deducir la duración absoluta de la edad de hierro por los estratos anuales de las acumulaciones arcillosas suecas, ha acortado notablemente la fantástica lejanía, admitida tradicionalmente, del origen de esta edad.

Se marcan así los períodos, que están de acuerdo con la duración de los tipos de vida humana. Esto se había conseguido gracias a una experiencia histórica más extensa. Las grandes épocas de la Historia Universal evolucionan completamente en muy corto tiempo. Transformaciones acabadas del lenguaje artístico para las cuales el prehistoriador vulgar calculaba docenas de generaciones, se han puesto de relieve en tiempo conocido, invariablemente en dos o tres generaciones. Es psicológicamente imposible que entre Rafael y Bernini o entre Lessing y Hölderlin, puedan haber transcurrido un par de siglos. El paso del estilo romántico al gótico y del Rococó al Clasicismo, se realiza en menos de un siglo. La extraordinaria difusión del islamismo desde la huída de Mahoma a Medina hasta la conquista de España y Este de Persia, se realizó en apenas tres generaciones. Grandes ciudades como las egipcias de El Amarna y Samarra de los Califas, fueron edificadas y destruídas en una sola generación. Únicamente a consecuencia del desarrollo orgánico de los estilos, es cierto para Eduardo Meyer su cálculo de un intervalo de apenas 200 años entre la 6ª y la 12ª y entre la 12ª y la 18ª dinastías egipcias, y no de 1.700 años como indicaba

(1) *Archivo para la investigación oriental*, V. S., 13 ff. (1929).
(2) Franke: *Historia del imperio chino*, pág. 77 ff. (1930).

Flinders Petrie. De este modo se extiende la verdadera Historia Universal —la de las culturas antiguas— hasta el reducido espacio de 3.000 años antes de Cristo. Establecido esto, gana el aspecto exterior y la necesaria organización interna con sólo destacar la grandeza e ímpetu de este desarrollo lleno de precisión lógica.

Las antiguas culturas china e india comienzan casi simultáneamente hacia la mitad del siglo II: así se sabe que el carro de combate apareció desde un principio repentina y decisivamente como arma superior entre todas las suyas. Las antiguas culturas americanas, es preciso que sean mucho más jóvenes.

Queda hoy todavía una sola clase de fantaseadores, los cuales, más o menos diletantes en esta cuestión, no quieren abandonar la orgía de las grandes cifras. Es el grupo de los eruditos o semieruditos que vió a los hombres primitivos en una continua adoración al Sol, a la Luna y a todos los astros, e imaginó que no habían pensado en otra cosa que en la construcción de una especie de «observatorios». Pero este hábito procede de la época en que el Sol es situado ya en la constelación de Tauro, es decir hace un crecido número de milenios. Pero hoy ningún hombre razonable cree que Stonehenge, en Inglaterra, haya sido una especie de observatorio protogermánico. Es una tumba como los Cromlechs en Bretaña, del 2000 antes de Cristo, cuando todavía no había ningún germano. Y asimismo se ha abandonado la opinión de una perfecta Astronomía primitiva de los babilonios y chinos, cuyas observaciones científicas del firmamento son completamente modernas.

Pero, ¿qué antigüedad tienen entonces las culturas americanas? No se dió aquí una investigación histórica y de todos modos es imposible para nosotros. En México, donde mayas y aztecas forman una evolución histórica unitaria, Spinder y otros sabios americanos han intentado con datos cronológicos de estelas funenarias mayas, encontrar una relación entre la crono-

logía de estos países y la del occidente europeo que ha captado mis simpatías ([1]).

Con esto se incluye la historia de estas culturas en la época posterior a Cristo. Pero esto mismo falla para todos los pueblos situados hacia el Sur, y por ello sólo cabe la esperanza de encontrar la citada relación fuera de éstos, por tanto, en el Asia Oriental y así se pueden conseguir principios fijos para la historia de este mundo. No aceptan tampoco esta posibilidad, así que es preciso que renunciemos definitivamente a una ordenación histórica de conocimientos ciertos de los míticos tiempos incaicos. Lo que los monjes españoles han escrito sobre sucesiones de reyes y dinastías es por consiguiente pura fantasía. Ahora cualquier clase de relaciones entre China y las costas occidentales de América será supuesta con facilidad, pero no existe ninguna prueba de ello. Por el contrario, la cultura china era claramente interior, cerrada. Todavía no sabía nada de la existencia del Japón en los principios de la dinastía Han (200 antes de J. C.). Una relación directa con México es imposible. Además la cultura china es mucho más antigua que la mexícana. Aquélla acabó ya su desarrollo vital al iniciarse nuestra cronología. Ésta empieza entonces su evolución. Y los anales de la historia china no contienen ninguna huella que revele el conocimiento del gran continente occidental. Con todo, no es de ningún modo verosímil la formación en Sudamérica de una cultura antigua con desarrollo también aislado en el curso de un milenio. Vemos por todas partes conjeturas contrarias y contradictorias entre sí. Querer explicar algo de las culturas americanas con datos absolutos es imposible. Y, como he dicho, una serie de períodos no es Historia. No obstante, creo que resta una última posibilidad aunque débil. Niego que necesitemos renunciar al verdadero fin de la ciencia histórica. Quiero establecer aquí nada menos

([1]) *Decadencia de Occidente*, tomo II, pág. 52.

que una tesis. Tampoco coloco aparte el conocimiento de la cuestión de la Arqueología sudamericana; es necesario, si se quiere llegar a conocer determinadas relaciones. Puedo sólo indicar con pocas palabras en qué sentido podría buscarse un contacto con la cronología del mundo indígena, y es de esperar que tenga resultados positivos el seguir este camino.

Hay en torno a las orillas del Pacífico y en sus islas, «culturas» con gran afinidad interna de formas: En el Noroeste americano adonde llega el Kuro Sivo procedente del Japón, las de Haida, Tlinguit y Tsinkiang, en el N. de México las de Zapotec, en Nicaragua occidental la de los Corotecas, en las costas de Sudamérica la ya desaparecida de Nazca. En las islas del Sur hay que incluir entre otras las de Neuseland, Neumeckleuburg, las de parte de Nueva Guinea, Fidji e islas del Almirante. Las razas y las lenguas han desaparecido casi y no expresan ningún pensamiento. Sabemos o debemos saber que las razas de inmigrantes mezcladas con la población son asimiladas y, lo que es muy importante, que cada país con sus condiciones geológicas, climáticas y biológicas tiene un poder invencible, por el que aquellas razas se convierten en tipos aclimatados y durables, y en lo que se refiere a la lengua los filólogos olvidan fácilmente que por lo actual casi nada se sabe de lo que en otros tiempos ha existido. Naturalmente hablan hoy casi todos los americanos del tronco indio, pero ¿cómo se expresaban aquellos inmigrantes cuando, viajando por el mar, llegaron hasta el lugar de desembarco?

Las formas afines se extienden a todo, incluyendo en la comparación las formas actuales, construcciones, ante todo la forma de las techumbres, los totems, la ornamentación, principalmente; igualmente comprende también las tradiciones y mitos; la costumbre del tatuaje, conocida desde antiguo, y cuyos caracteres y formas constituyen una unidad desde el Sureste indio hasta el Perú y el Japón; finalmente las formas

de las naves que claramente se basaban en un tipo fundamental y definido. A mi parecer debe haber existido «un foco en el Pacífico». Por todas partes en las orillas del océano surgen súbitamente estas culturas. Se puede observar fácilmente una conocida evolución que quizá no sea más que una aclimatación perfecta, pero los orígenes se juzgan mal. Es preciso que hayan ocurrido algunos acontecimientos, probablemente en el Suroeste del Pacífico, que motivaron esta gran expansión por las rutas del mar, que nos es conocida hace ya mucho tiempo. Naturalmente es un dislate hablar de milenios y de continentes desaparecidos. Las culturas de la Polinesia son muy jóvenes en comparación con las de la China e India. ¿Pero se puede descubrir algo, y dónde, sobre la antigüedad absoluta de esta expansión, que es preciso que en todas partes fuera aproximadamente simultánea? Lo tengo por posible. Todavía no se ha citado un centro de difusión de esta «cultura litoral»: el antiguo Japón. Aquí se encuentran los mismos tipos de construcción lacustre polinésica, y las mismas formas de los techos, que se han conservado sin modificaciones en los templos chinos, y se distinguen claramente en el N. de China y que han sido llevadas a lo largo de Malasia las mismas formas de tatuaje, y el viajero chino, desde el siglo III después de Cristo, ha tropezado con la costumbre extranjera del Wa, una profunda afinidad de los mitos y leyendas, sobre todo en el ciclo de leyendas del Sur de Kiu-Siu, que se han formado alrededor de la diosa del Sol, Amaterasu, en contraste con el Dios del Sol de Izumo en el Norte; así se pueden encontrar relaciones de este tipo con Corea y con países todavía más lejanos. En la cultura china la navegación de altura ha sido completamente desconocida hasta el principio de nuestra cronología y ha sido considerada hasta hoy como extraña y poco representativa. Al principio de la época de Han (200 años antes de Cristo), no se sospechaba la existencia del Japón, y algunos siglos más tarde se ha sabido

antes algo sobre las rutas de los estados tributarios de Corea. En aquel tiempo se encuentra todavía a los japoneses en un estado de cultura correspondiente al de los isleños del Sur en tiempos de Cook. Sólo es seguro que se han encontrado un gran número de nombres y caracteres claramente extranjeros. La existencia de caracteres malayos es más bien una conjetura que una certeza. Se puede hablar también por ello de influencias oceánicas o de otro tipo. Ahora existe la posibilidad de definir cronológicamente la historia del Japón. Las narraciones de comienzos del Imperio conservadas en Kojiki y Nihongi se pierden como en todas partes en la niebla mítica, y la cronología tradicional que comienza con las leyendas de Jimmu en el 700 antes de Cristo, es falsa. Pero a pesar de ello es posible, con estas y otras fuentes, ante todo las genealogías del antiguo patriciado, formar una serie completa de fechas unidas a las cifras usuales de nuestra cronología y ponerla al unísono con los anales japoneses y coreanos. Esto lo ha llevado a cabo antes que nadie Yochido Togo y sobre todo Wedemeyer en su *Historia Antigua del Japón* (Tokio, 1930). Wedemeyer demuestra con seguridad que los principios del Imperio de Yamato (comarca actual de Osaka) son anteriores al comienzo de nuestra cronología, que en la meridional Kiu-Siu, todavía en el siglo III, existe una reina Himico, de auténtica raza malaya, y de aquí que haya influencias occidentales en la formación de la cultura japonesa. Y que el Japón ha recibido en tiempos históricos mucho menos de lo que vulgarmente se ha dicho, y aparte de esto, la caballería y los carros de combate le fueron desconocidos en agudo contraste con lo que sucede en el arte estratégico chino. Precisamente los medios de guerra son como hasta aquí; no había observado la investigación de los primeros tiempos históricos un "leitmotiv" mucho más seguro que las formas de vasijas y objetos. Cuando los descubrimientos de Wedemeyer adquieren certeza y mi presunción de una «expansión

pacífica» dejó de ser una conjetura, aparece la primitiva historia japonesa, como un medio seguro de comparación cronológica con Sudamérica. Por lo menos se tienen a la vista fechas ante las cuales no puede ser adoptada la estructura de los períodos en el Perú. Pero de esto se deduce todavía una amplia posibilidad de comparación histórica. ¿Cómo se produce la poesía que desde el Oeste es realizada por los pueblos de estas costas e islas? Aquí las crónicas del antiguo Imperio de Java (los bababs), que todavía no han sido estudiadas cuidadosamente, pueden proporcionarnos una sorprendente explicación. La historia de estos estados comienza con la noticia de un acontecimiento desconocido que ha sucedido 78 años antes de Cristo y que debió estar en alguna relación con las expediciones de conquista a los mares del Sur de la India. La civilización índica del siglo postbudaico había realizado la conquista de todo el Dekán no ario y sobre todo la potente empresa guerrera hacia la India del interior y el mundo insular. Con la conciencia histórica de las épocas tardías sobrevive en Java la imagen de una misión budista, brahmánica, o quizá dravídico-pagana, que realizó la creación del poderoso imperio javanés con sus grandiosas construcciones religiosas. ¿Cómo se han difundido tan lejos estos movimientos hacia el Este? Huellas de mitos indios, en todo caso más bien dravídicos que arios —la religión de Vishnu no tiene el carácter de los Vedas—, están plenamente naturalizados en la Polinesia, igual que las costumbres, ornamentos, armas y quizá también palabras de lenguas índicas, así como palabras portuguesas, que es quizá la única potencia mundial que desde el punto de vista lingüístico ha dejado señales en muchas lenguas del Sudeste asiático. ¿Se ha trasladado quizás de aquí a allí la construcción de buques polinésico-japonesa? Pues ella inicia su existencia con extraños esbozos, que por lo que parece inferirse de todo lo que han visto los conquistadores españoles y los ingleses hasta Cook, son claramente los últimos restos de un

arte decadente. Los barcos de remos de la Polinesia se encuentran como ornamento en forma equivocada en los tambores de bronce del Sur de Anam, cuya existencia se ha supuesto en el primer siglo, bien antes o después de Cristo.

Cuando todo esto se sepa claramente, se dará con ello un medio para dejar menos apartadas de las suposiciones cronológicas a las antiguas regiones culturales de Perú, Ecuador y Colombia, y quizá preparar con ello una ordenación histórica de los períodos culturales. Pero de todos modos se sabe que tanto aquí como en México la evolución particular no comprende mucho más de un siglo y que esencialmente pertenece al primer millar de años antes de Cristo.

Pero repito: he querido solamente señalar posibilidades, con el convencimiento de que la comparación cronológica es la última clave para la ordenación y la comprensión de la Historia, como ya he señalado en una ocasión. Quizá sea éste el camino para conseguir cualquier tipo de seguridad.

EL CARRO DE COMBATE Y SU SIGNIFICACIÓN EN EL DESARROLLO DE LA HISTORIA UNIVERSAL

(Conferencia pronunciada en Munich el 6 de febrero de 1934, en la Sociedad de Amigos del Arte y de la Cultura Asiáticos).

El sentido de la investigación histórica se rige por el hecho de que el destino del hombre se presenta y consuma en los actos y personalidades. Antes que nada utiliza como fuente sólo la literatura, y Ranke pudo decir que la Historia se inicia allí donde para nosotros se inician las fuentes históricas.

Desde entonces se han desarrollado las exhumaciones con otra orientación y otros métodos. Pero hay que pensar que el examen de estratos y la ordenación de hallazgos según una clasificación formal implica en sí el peligro de apartarnos del carácter de la Historia. La cerámica no dice nada de los acontecimientos. No sabremos nada de las emigraciones de los pueblos germánicos, de su estructura, de sus batallas, si nos remitimos exclusivamente a los hallazgos desenterrados. Entre ellos existe un grupo: las armas, a quien se le apreciará en su auténtico rango histórico, so pena de no concederle la debida importancia. Las armas subsisten en la Historia bien como adornos o como restos. Se ha estudiado muy superficialmente, en tanto que sólo se ha prestado atención a la ornamentación y a la técnica elaboratoria. Falta una psicología de las armas. Cada arma explica el estilo de guerra y por consiguiente la concepción vital de su portador.

En el invento, propagación o repudiación de deter-

minadas armas yace un *ethos*. El arco por ejemplo es la primera arma a distancia que fué repudiada y considerada instintivamente poco caballeresca por un grupo de pueblos europeos. Grupo a que pertenecen los romanos, griegos de la metrópoli y las mejores estirpes germánicas. En la representación de la fábula jónica de Odiseo en los vasos corintios y áticos se encuentra el arco, que se ha considerado necesario para completar el significado de la escena: a Odiseo se le coloca una espada, arma de guerra de hombre contra hombre.

Ningún arma ha transformado tanto al mundo como el carro de combate, ni siquiera las armas de fuego. Constituye la clave de la Historia Universal de los 2.000 años antes de Cristo, cambiando en el más alto sentido la Historia total del mundo.

Es la primera arma complicada. El carro implica la conducción de un animal domesticado, cuya vida está vinculada por completo a la suerte de la batalla, y el largo adiestramiento para el oficio de la guerra. Ante todo entra aquí en consideración el tiempo como medio táctico de la Historia Universal. La aparición de los jinetes en el mismo lugar es sólo una consecuencia del carro de combate. Se trata de un sencillo invento debido al más íntimo ímpetu vital de algún hombre y que ha dado origen a una nueva habilidad humana.

Se pregunta, cómo, dónde y cuándo surgió: Las ideas ingenuas como «invento del carro», «descubrimiento del caballo», no rozan ni tratan el problema. Que depende de tres cosas: El deseo de andar de prisa, la formación del caballo para este fin, y la batalla con las armas de mano realizadas bajo estas nuevas circunstancias.

Hablando más rigurosamente, no se trata de carros, de carruajes con cuatro ruedas, sino de una especie de carretas. El carro de cuatro ruedas es un carro de carga, lento y sólido. Se fué desarrollando en su utilización para la agricultura y para los cultos religio-

sos. Este carro de dos ruedas es ligero y rápido. El animal de tiro va al trote o al galope ante él, nunca al paso. Aquí será olvidado completamente el problema del medio de locomoción. El carro de carga, con sus cuatro ruedas exige una vía llana o un patio empedrado. Realiza pequeños recorridos, una Vía Sacra o el camino del campo a la aldea. Pero el carro de combate presupone regiones libres, áridas, llanas, donde sus posibilidades puedan desarrollarse en cualquier momento. Este modo de hacer la guerra excluye por consiguiente como sitio de origen y lugar de posible realización las montañas, bosques y pantanos, es decir, casi toda Europa y el Cercano Oriente. El carro de combate exige la elección de yuntas de caballos. El carro de carga se sirve del asno o del buey, animales mansos, fuertes, tranquilos, que andan a paso lento, cuidadosos en conservarlo. El caballo, por el contrario, es mucho más rápido y lleno de temperamento. Fué un pensamiento audaz descubrir sus posibilidades tácticas. La frase: «descubrimiento del caballo», es absurda. El caballo salvaje existió en casi todas las regiones de Asia y Europa. En ellas fueron cazados o capturados, no otra cosa prueban los antiguos hallazgos en el Oeste de Europa. Pero aquí fué el caballo cazado y domesticado, y más todavía, se le adiestró y crió para la carrera. Es la raza de animales que antes se ha educado sistemáticamente. La cría del caballo de silla casi un millar de años más tarde, es una última consecuencia, nace de la intención de hacer valer plenamente la supremacía de esta arma. La rapidez como arma entra por lo tanto en la Historia e igualmente surgió en el pueblo el pensamiento de que la práctica de las armas y el ejercicio de la guerra era quizá la ocupación más noble. Por estas armas adquiere el hombre una nueva habilidad. La alegría en el riesgo y la aventura, la valentía personal hacen imponerse un ethos caballeresco. Nacen las razas dominadoras que consideran la guerra como contenido de su vida, y las estirpes de ganaderos con-

templan con desprecio a los pueblos aldeanos. En ellos, hacia el año 2000, habla una humanidad que todavía no existe en estos últimos. Nace una nueva forma anímica y de ella un heroísmo consciente.

Cincuenta siglos antes de Cristo, sólo por Homero pudo conocerse el carro de combate. Sabemos hoy que la raza que ha dejado las fosas sepulcrales de Micenas fué la primera que aquí luchó con estas armas. Esto sucedió en el siglo XVI antes de Cristo. Pero en la misma época comienza el movimiento de los Hicsos. Fué un nombre lleno de fantasmagorías al que imprimió su sello Egipto y que nunca lo ha olvidado: dominadores de países extranjeros. Su lengua y raza son desconocidas. Ellos vinieron del Norte, no de Siria, sino de Armenia, y quizá de regiones más lejanas; no eran un pueblo uniforme, sino una horda de conquistadores que luchan unos contra otros; que consideran como fin de la vida el dominio y el botín, y que dejan el trabajo para los subyugados. Más hacia el Este se precipitan igualmente alrededor de 1700 los casitas sobre Babilonia, y todavía más hacia el Este los arios sobre la cultura índica, que conocemos desde hace unos años por los hallazgos del Mohenjo Daro y de Harappa. En la vieja y auténtica parte del *ethos* índico entra el *ethos* de estos conquistadores ni más ni menos que de forma contraria a como en la *Ilíada* sucede. Pero mi atención no queda reducida a tan poca cosa: En China ocurre lo mismo. Sabemos hoy que la imagen de la historia clásica china es una creación de la sabiduría confuciana. Los hallazgos de huesos de Honan, con sus escritos completamente indescifrables, nos han enseñado que no puede encontrarse en ellos ninguna frase que encierre notas sobre acontecimientos políticos. Historia real se dió aquí no antes que en India y en Grecia; por consiguiente, desde la segunda mitad del año 2000 antes de Cristo. Pero desde el principio se ha conseguido aquí una tradición sólida y, como en los países anteriores, se ha realizado una conquista, de los pueblos dominadores con carros

de combate, arma decisiva y aristocrática tanto en el Este como en el Oeste, y que todavía en la época de Han decidió la suerte de los combates. En esta gran conexión se deja comprender mejor la historia de China desde 1200: Se basa en la misma hipótesis psicológica que la de la India y la de la Antigüedad.

El carro de combate y los grupos de pueblos con carros de combate han nacido por lo tanto en las grandes mesetas que se extienden desde el Sur de Rusia hasta la Mongolia y que no han adoptado todavía carácter desértico. De aquí proceden más tarde las razas de jinetes que penetran por toda Europa y Asia. Es el viejo camino de los pueblos sobre la Escitia, Sumeria y el Hunán; búlgaros, húngaros, turcos, y los mongoles de Gengis-Kahn han avanzado por estos caminos hacia el Oeste, Este y Sur. De la lengua y raza de los pueblos con carros de combate no sabemos nada. Es posible que sean bastante variadas y entremezcladas. Pero lo decisivo se encuentra en el hecho de que no se trata del desplazamiento de pueblos por la toma de un fortín del país agricultor o por causa de los pastos, sino del sometimiento de los pueblos altamente cultos por una barbarie heroica. Con el carro de combate comienza sobre el mundo antiguo una mezcla salvaje de brillo y decadencia, un torbellino de razas y lenguas completamente distintas. Nacen efímeros estados; grandes conductores emergen y desaparecen. Aventureros y reyezuelos de hordas intervienen de una forma destructora en el desarrollo de la Historia. La consecuencia para la Historia mundial es monstruosa, pues recibe nuevo estilo y sentido. Hicsos y casitas se han precipitado sobre las culturas del Sur; en cuanto un Faraón o monarca asirio tuvo por casualidad sangre de los conquistadores, consideró feliz el hecho para la duración y estilo de su vida.

Nacen tres nuevas culturas dominadoras de sello caballeresco sobre una población subyugada y enormemente urbana: la greco-romana sobre la minoica-

miceniana, la aria sobre la vieja cultura índica, la china sobre una cultura meridional cuyo nombre no conocemos. Mientras en un lado se constituye la clase de los escribas y funcionarios egipcios y la nobleza sacerdotal babilónica, en el otro se forma una nobleza guerrera. La guerra es el contenido vital de los pueblos dominadores. Estas culturas nórdicas son más masculinas y enérgicas que las del Éufrates y el Nilo. Tienen otro sentido de la lejanía y del destino. Pero la plenitud de la época temprana se relaja en el calor del Sur; ello le sucede a la más juvenil de las culturas nórdicas con la más meridional de las subyugadas: la índica. Se inicia un círculo de la vieja clase indígena contra la aristocracia, agente cultural, que con sus sentimientos, pensamientos y voluntad será absorbida por último. He aquí la tragedia de estas tres consecuencias históricas.

NIETZSCHE Y SU SIGLO

(Conferencia pronunciada el 15 de octubre de 1924, 80º aniversario de Nietzsche, en el Archivo Nietzscheano de Weimar).

Quien lance hoy una mirada retrospectiva hacia el siglo XIX y vea desfilar a sus grandes hombres, siente ante la aparición de Nietzsche algo extraño, que en su propia época apenas ha podido experimentar. Todos los demás, lo mismo Wagner, que Strindberg, que Tolstoi, han influído, no obstante, de algún modo en el aspecto y estructura de estos años con sus ideas sobre la utilidad, sobre la sociedad, con su imagen del mundo preñada de fuerza, contenido, oportunidad y conveniencia y han levantado el espíritu de la época con sacrificio sobre sacrificio, a pesar de que su pensamiento se ha equiparado al optimismo a ras de tierra de los filisteos del progreso. Una ausencia absoluta de todo esto sólo en Nietzsche tiene lugar. En cuanto a la palabra anacrónico, de que él mismo se ha servido, cualquiera cree poderla utilizar, incluso refiriéndose al mismo Nietzsche. Será vano que en toda su vida y en la posición total de su pensamiento se busque algo que pueda ser considerado interiormente como una moda.

Tiene, por el contrario, un profundo parentesco con otro alemán de la nueva época, cuya vida ha sido un gran símbolo. Son ambos los dos únicos alemanes de rango, que tienen una existencia de individuos acomodados, sin que a sus obras les falte profundidad, porque ellos la han sentido en sí mismos desde el principio y sobre todo se han dado cuenta de tal cosa

y esto ha sido un bien público para su país y factor esencial de su historia espiritual.

Pero Goethe tuvo la suerte de que en aquel momento se iniciase la cultura occidental entre una pura y saturada espiritualidad, cuyo representante fué él y que nunca la necesitó para vivir como cualquier hombre de su tiempo, sino para aportarla a toda exposición plena de forma, hecho que justifica el que más tarde se le llamase el Olímpico.

Nietzsche ha vivido un siglo después, y entretanto se ha realizado una gran revolución, que hoy por primera vez nosotros comprendemos. Fué un destino estar al otro lado del Rococó, entre la perfecta incultura de los años 60 y 70. ¡En qué calles y plazas debió vivir! ¡Qué debió ver en los estilos, vestidos y muebles! ¡En qué forma se desenvolvió la circulación social, cómo se pensó, cómo se escribió, cómo se sintió! Goethe vivió en una época plena de forma; en la de Nietzsche disminuyó el ansia de formas, que fué irrevocablemente quebrantada y eliminada; sólo necesitó una para afirmar lo que veía y presenciaba, subsistiendo lo demás nunca sobrante como apasionada protesta contra todo lo actual; cuando aun quiso salvarse, le llegó de una manera eficaz la herencia cultural de sus antepasados. Ambos han conducido su vida a través de una forma severa y con una sólida formación anterior. Pero el siglo XVIII fué éso, forma. Poseyó, en lo que a sociedad se refiere, la más alta que ha conocido el occidente de Europa. El siglo XIX no tuvo en general una sociedad tan aristocrática en sus formas. En las costumbres incidentales de una clase superior ciudadana raramente podemos percibir una tradición burguesa o cortesana difícilmente conservada en su rigidez, y del mismo modo que Goethe como miembro renombrado de esta sociedad pudo abarcar y solucionar todas las grandes cuestiones de su época, según puede verse en el *Wilhelm Meister* y *Las afinidades electivas,* Nietzsche sólo pudo librarse por sus trabajos del aislamiento absoluto. Su terrible

soledad es simbólicamente opuesta a la agradable sociabilidad de Goethe. Uno concibe lo existente por y para una forma imperante y contra una amorfia imperante; el otro piensa sobre lo no existente.

De ello deducimos que la forma fué para cada uno de ellos algo muy distinto. Nietzsche ha sido entre los grandes espíritus alemanes, un músico auténtico. Todos los demás fueron, o bien artistas o analizadores: piensan, dibujan o pintan. Él vivió, sintió, y pensó con el oído. Apenas ha podido utilizar sus ojos. Su prosa es para ser oída, casi cantada, no escrita. Las vocales y cadencias son tan importantes como las metáforas y así percibió con su tacto la melodía de las épocas. Descubre el ritmo de culturas extrañas. Nadie antes que él ha sentido el *tempo* de la Historia. Casi todas sus ideas, lo dionisíaco, el pathos de la distancia, el eterno retorno, son comprendidas de un modo musical en absoluto. Sintió el ritmo en lo que llamó nobleza, costumbres, heroísmo, moral de señores. Ha sido el primero que ha construído una imagen de la Historia, valiéndose de la investigación sobre datos y cifras, que ha visto la miscelánea rítmica de la antigüedad, y que ha percibido como una sinfonía las costumbres, pensamientos, razas y grandes individualidades.

Lo que para Goethe fué representación, fué para él tacto, y quizá en el más extenso sentido un tacto social, histórico, de conversación, juzgado innecesario en una época donde era escasamente poseído. El Tasso nace de los sufrimientos como Zarathustra, pero el Tasso desaparece en la sensación de su flaqueza ante una actualidad que amó y consideró por encima de sí mismo; Zarathustra desprecia su época y huye a lo extraño del pasado o del futuro.

Esto de encontrarse descentrados en una determinada época, es fatalidad de los alemanes. Por nuestro pasado hemos florecido tarde y por ello lo hacemos de prisa. Nosotros hemos invertido en recorrer el camino de Klopstock y Lessing hasta aquí apenas 80 años,

mientras otras naciones han invertido un siglo. Debido a esto no se produjo por la educación un sentido más profundo de la tradición formal y una sociedad de rango como portadora de esta tradición. Tomamos formas, motivos, problemas y soluciones de todos lados y nos enfrentamos con ellos; de ellos surgieron otros y se desarrollaron paralelamente. Junto al principio estuvo el fin. Kleist inició, como precursor, la serie ibseniana intentando adoptar las características de Shakespeare. A este trágico ha de agradecer la espiritualidad alemana el que en ella se encuentran personalidades destacadas; Francia e Inglaterra han sido propensas a considerarle sólo como escritor, subrayando lo fragmentario, los trozos vírgenes de crítica y lo excluído de los fines supremos.

Podemos comprender hoy la oposición que surgió alrededor de 1800 en todo el occidente europeo — también puede ser incluído el literario San Petersburgo—, entre las palabras clasicismo y romanticismo. Goethe es clasicista en el mismo sentido que Nietzsche romántico, pero con ello se señala sólo el aspecto predominante de su ser. Cada uno de ellos encarna en sí la posibilidad de parecerse al otro, que quizá se esconde en el fondo de su alma, y así como Goethe, cuyo monólogo de Fausto encarna con el diván occidental el punto culminante del gusto universal romántico, continuamente se esforzó en dominar esta inclinación hacia lo extraño e inmenso subordinándose a la forma tradicional, del mismo modo Nietzsche se ha apartado muy poco en sus apreciaciones de su inclinación clásico-sistemática o dionisíaca, según él, y con la que simpatizaba doblemente por temperamento y por su condición de filólogo. Se aproximan en sus diferencias. Goethe fué por consiguiente el último clasicista, como Nietzsche, con Wagner, el último romántico. Ellos han vivido y se han formado agotando el círculo de estas posibilidades. Captaron el sentido de las épocas más por imágenes que por palabras, cosa que han comprobado los epígonos del drama clásico y los imi-

tadores de Zarathustra y del anillo de los Nibelungos. Pero es imposible que aquí se descubra como en ellos un nuevo arte de observar y de hablar. Si puede aparecer algún vigoroso creador en Alemania, aislado y por hermosa casualidad, pues la gran línea se acerca al fin de su desarrollo, siempre será un rebrote de uno de los dos.

Es propio del clasicismo occidental, que bajo el imperio de deseos opuestos atienda en sus soluciones al presente, pasado y futuro. La expresión de Goethe, «exigencias del día», su «serena actualidad», indican que él traslada e incorpora plenamente al espíritu de su mundo contemporáneo cada forma del pasado, su Grecia, su Renacimiento, también Götz y Fausto, mientras que en el Tasso e Ifigenia no aparece ninguna vez el pensamiento con una base histórica. La vuelta a lo extraño, patria peculiar de todo romántico que desee aislarse de todo lo actual, situándose lejos, en lo exótico, en el pasado o en el futuro de la Historia, ninguno ha podido encontrar en sí mismo una profunda relación con lo que le circundaba.

Al romántico le atrae lo raro, al clasicista lo que le rodea. Nobles soñadores y nobles triunfadores de los sueños así fantasean los unos acerca de conquistadores, rebeldes y bandidos del pasado, sobre ideales de estado, gobiernos del futuro o sobre el superhombre, mientras los otros consideran el arte de gobernar como práctica y método, algunos incluso lo han realizado como Goethe y Humboldt. La conversación entre Egmont y Osanio es una obra maestra de Goethe. Que ha estimado a Napoleón como acontecimiento, porque lo vió cerca de sí. No se ha enfrentado nunca con el hombre fuerte del pasado; imaginó un César bastante arbitrario. Pero Nietzsche ama quizá sólo desde lejos a los hombres de este temple. Cerca (Bismarck) no podía tolerarlos. No pudo tolerar a Napoleón. Para él fué la naturaleza napoleónica brutal, vacía y superficial; aunque en ella se encarnó la gran política de Europa y el poderío económico, no considera esto ni

una sola vez, lo silencia y no precisamente por ignorancia. Interpuso una gran distancia entre el antes y el ahora para evitarse sentir una realidad; de ahí que crease al superhombre apenas distanciado de la imagen de César Borgia. Ambas tendencias señalan el carácter trágico de la historia alemana de la época más reciente. Bismarck fué un clasicista de la política Gobernó con realidades, con cosas que vió y pudo mover; de ahí que los patriotas idealistas no le pudiesen apreciar ni comprender, pero su obra yace aislada y pudo ser glorificado casi de una forma mística y romántica. Pero Luis II, que en su romanticismo ha ido muy lejos y que jamás creó cosa alguna que prometiese duración, encontró afecto, sin estimarlo, no sólo en el pueblo, sino entre pensadores y artistas que habían podido observarle muy agudamente. Kleist sintió entre nosotros a lo sumo con temerosa atención, que equivale a una disculpa, y ello le ha conducido directamente a vender al romántico que llevaba dentro de sí; se sitúa como el mejor en concentración y grandeza en oposición a Nietzsche, cuya figura y destino se aproxima, sin embargo, a la del rey de Byron, al mismo que, contra su voluntad, admiró, aunque nunca lo había leído. Además de su propensión a lo raro, resalta su gusto aristocrático completamente exclusivista y exaltado. El clasicismo inicial del siglo XVIII, que nació en el Támesis, así como el romanticismo osiánico era oriundo de Escocia, no se puede separar del racionalismo contemporáneo. Se forma conscientemente y llega a enseñorearse de todo, substituyendo a la libre imaginación por la ciencia, e incluso por la erudición. Es estudiada Grecia, el Renacimiento y, finalmente, la laboriosa Edad Media. Estos clasicistas ingleses, que fueron todos hombres de posición distinguida, han contribuído a establecer el idealismo como concepción del mundo, tal como lo entendieron el siglo XVIII y Federico el Grande, es decir, como atenuación de las diferencias, que por lo demás se sintió seguramente en la realidad; muestra de ello es la influencia siste-

mática de la opinión pública sobre los hechos que advierte el peligro, pero sin evitarlo ni silenciarlo. Del clasicismo de una sociedad activa procede la democracia inglesa, consistente en realidad en una táctica superior y no un programa doctrinal. Se basa en largas y profundas experiencias, en la observación dirigida a seguir la realidad y captar sus posibilidades; por consiguiente, nunca cayó en el peligro de vulgarizarse a fuerza de ser agradable. Goethe, que tuvo también conciencia de su rango social, no ha sido nunca un aristócrata en el sentido teorizante y apasionado de Nietzsche, que no poseía el hábito de la experiencia práctica sobre las realidades más inmediatas. Por último no ha observado nunca a la democracia de su época en su poderío o debilidad. Cuando se revela con la rabia de un hombre espiritual y sensible contra el espíritu gregario, encuentra el pretexto para ello en cualquier pasado histórico. Vió, sin duda el primero, cómo inexorablemente la multitud no cuenta en todas las grandes culturas y épocas del pasado, cómo soporta la Historia pero no la hace, cómo es constantemente la víctima y el objeto del señorío de individuos o clases sociales. Lo experimentó perfectamente, pero no fué capaz de destruir en él la sensación de la imagen de la Humanidad, en cuya marcha evolutiva se suceden las soluciones progresivas de una tarea ideal y cuyos conductores son los responsables de que esta tarea se realice. Aquí se encuentra la diferencia enorme entre la obra histórica de Niebuhr y Ranke, que en cuanto a las ideas tienen un origen romántico, pero se distinguen en su forma de ver la Historia. Su mirada, que penetra en el alma de épocas y pueblos, se ha sobrepuesto a una desnuda ordenación pragmática.

Pero esta mirada necesita la distancia. El clasicismo inglés, que ha despuntado con Grote, primer investigador moderno de Grecia, comerciante y político práctico, procedió de una sociedad selecta. Se ennoblece a esta Grecia a la que se sintieron semejantes,

suponiendo en la palabra la peculiar importancia que se le atribuyó, creían a los griegos hombres atentos, distinguidos, espiritualmente refinados, que todo lo hacían con gusto, creencia en la que comulgó también la Filosofía clásica inglesa. Fuera de la sociedad inglesa influyó este clasicismo en lo que a Alemania se refiere, en las pequeñas cortes, de las que fueron mantenedores los preceptores de los príncipes y los sacerdotes, y en el círculo cortesano de Weimar fué por último el mundo en el interior del cual la vida de Goethe constituye el símbolo de un ambiente sereno y de un presente agradable. Su casa era el centro espiritual de Alemania; su curso vital se ha realizado como en ningún otro poeta alemán, con una armonía en el ascenso, en la madurez y en el irse extinguiendo, que es clásica en un sentido específicamente alemán.

Junto a este camino está el otro que partiendo de los deberes de una rectoría evangelista se extiende a la mayor parte de la espiritualidad alemana. No hay ningún otro alemán que haya sido tan estimado como Goethe en su vida privada, separadamente de todo lo que se llama vida pública y sociedad, aunque tuviese tendencia a ella. Su apasionada ansia de amigos fué en último término muestra de su incapacidad para estar solo, realmente estaba hecho para vivir en sociedad y tenía una espiritual manera de hacerlo. A la agradable casa de Goethe en Frauenplan sucede la pequeña y melancólica de Silo-María, la soledad de la montaña, la soledad del mar y por último la solitaria decadencia en Turín; esta es la vida más puramente romántica que se ha presentado en el siglo XIX.

Sin embargo, su necesidad de comunicación fué más grande que lo que él mismo creyó, y esto es lo más peculiar de Goethe; a pesar de ello, en la amistad ha sido uno de los hombres más discretos. Sus *Afinidades Electivas* son un libro hermético, para no hablar de sus *Años de Viaje* y de la segunda parte del *Fausto;* sus más profundas poesías son soliloquios.

Los aforismos de Nietzsche no lo son nunca, tampoco su canto nocturno, ni sus ditirambos dionisíacos. Un testigo invisible está siempre presente, posando su mirada sobre él; de ahí que muriese protestante y creyente en Dios. Todos estos románticos vivían en círculos y escuelas. Algo parecido le ocurre a él, que se reúne con sus amigos y alumnos o busca en el remoto pasado un círculo de compañeros de carrera ante los que se lamenta continuamente de su soledad como Novalis y Hölderlin. Toda su vida está llena de la resignación y del martirio producidos por la renuncia al deseo de llegar y vencer, deseando dar alguna forma a su vida fuese la que fuese, con tal que no pecase de vulgar. Pero así se desarrolla su visión de clásico para las almas de las épocas y culturas, no revelando su secreto incluso a los hombres que más confianza le merecían.

Fuera del pesimismo orgánico de su existencia resaltan las obras y las series en que ellas aparecen. Nosotros, a los que nos son extraños los años de auge del materialismo, debemos admirar siempre por encima de todo que alguien en esta época y en las circunstancias en que se encontraba la ciencia en 1870 escribiese un libro como *El Nacimiento de la Tragedia*. La célebre fórmula de Apolo y Dionisios tiene más contenido que la de la proporción imperante hoy día. Nada de esto fué lo más importante, pues descubre en la Grecia clásica una contradicción interna en lo que para todos los demás, incluídos Bachofen y Burckhard, era la manifestación de la humanidad universal, pues se impuso en él la superioridad de la visión para ver el interior de todas las culturas como individuos vivientes. Por ello se le puede comparar sólo con Mommsen y Curtius. Los otros entienden por Grecia exclusivamente un conjunto de estados y circunstancias que sitúan en el interior de una época y de un espacio. El arte actual para ver la Historia ha de agradecer al romanticismo únicamente el origen, no la profundidad. Este arte no

consiste en Filología aplicada cuando se refiere a los griegos y romanos, ni en investigaciones de archivos cuando se ocupa de los pueblos occidentales. Se ha lanzado la opinión de que la Historia comienza con la tradición escrita.

La música produce la liberación del espíritu. Del músico Nietzsche nació el arte con estilo y tacto para comprender culturas extrañas, para explicar de una u otra forma rincones ignorados. Con la palabra Dionisios ha descubierto Nietzsche lo que la exhumación hizo finalmente 30 años más tardę; el mundo subterráneo y el alma ignorada de la cultura clásica fué sacado a la luz, lo mismo que el sentir anímico, que se encuentra tras la gran Historia. De la investigación histórica ha nacido la psicología histórica. El siglo XVIII y el clasicismo, también Goethe, entendieron por cultura algo genuino, ético-espiritual como tarea de una humanidad. Nietzsche concibió desde el principio con evidencia a las culturas como dramas de la Naturaleza, que en cualquier tiempo se iniciaron instantáneamente y de una forma absoluta sin programas, ni razón, fin o fundamento, más bien por cualquier circunstancia que demasiadas explicaciones pueden demostrar. Instantáneamente, pues todas estas culturas, verdades, pensamientos, artes, poseen un sentido y una forma de existencia, que emerge y vuelve a desaparecer para siempre; esto se encuentra por primera vez con tal claridad en sus libros. Pues todo hecho histórico es la expresión de una emoción, las culturas, épocas, estados, razas, tienen un alma como los individuos aislados; esto fué un paso prodigioso hacia adelante en la profundidad histórica. Y no obstante ello es propio por un lado del anhelo de los románticos de evadirse de su existencia particular, y por otro, por la relación que guarda por haber nacido en esta época y obligado por su libro *Humano, demasiado humano,* con el realismo a ras de tierra. Son los años en que el racionalismo occidental termina como una farsa después que bajo Rousseau,

Voltaire y Lessing se inició con grandeza. La doctrina de Darwin y la fe en la fuerza y en la materia fueron la religión de la sociedad. El alma era un proceso químico y el fin del mundo fué explicado por los filisteos en una ética social. En ninguna fase de su existencia se fijó Nietzsche en estas cosas. Su aversión hacia ellas surgió en un principio de una forma inoportuna, pero el sabio que en él envidiaban Chamfort y Vauvenargues y que eludió a la ligera y algo cínicamente el tono del gran mundo con las cosas más primordiales, el artista y entusiasta, fué colocado por encima de un Dühring con su sólida templanza, al que le sirvió de mucho Nietzsche en los grandes aciertos y que como hombre completamente sacerdotal que fué, cristiano como su época y cristiano como toda Iglesia, se contraponía a él amante de desenmascarar la religión como prejuicio. Entonces constituía el fin de la vida el conocimiento y el fin de la Historia el desarrollo de la inteligencia. A esto se refiere él de una forma sarcástica, porque le molesta y además va contra su pasión, que era exigir lo irrealizable, conseguir de antemano una imagen del futuro, a pesar de que él realiza lo contrario, cosa típicamente suya.

Sin embargo el delirio del darwinismo le pareció tan extraño como posible, y encuentra el secreto de ello, que no puede tan siquiera atisbar ningún darwinista. En *Aurora roja* y *Gay saber* surge lentamente junto a una forma de ver las cosas, la prosaica, que debe ser despreciada, otra que causa temor y respeto propia de un realista absoluto. ¿Quién ha hablado así antes que él del alma de una época, de circunstancias, de ideas, de los sacerdotes, de los héroes, de los hombres, de las mujeres, como él lo hizo? ¿Quién ha construído la psicología de todo un siglo bajo una fórmula casi metafísica? ¿Quién ha clasificado en la Historia junto a los hechos o verdades eternas los tipos de vida en temerosos, sufridores, fuertes, enfermos, como substancia peculiar del acontecer? Esto fué un arte completamente nuevo para las formas vitales que sólo

pudo encontrar un músico auténtico con su sentido del ritmo y de la melodía, y descubre también la Fisiognómica de las épocas históricas, cuyo creador es él y ha llegado el horizonte de su mirada a forjarse el símbolo eterno de un futuro para evidenciar los defectos de la actualidad pensante, creando en un momento sublime la imagen del eterno retorno como ya la habían presentido los místicos alemanes en la época gótica, un círculo en lo infinito, en la noche de los tiempos inconmensurables, una forma de sumergir su alma en la misteriosa profundidad del todo, lo mismo que si estas cosas existen o no científicamente o adecuadas al bien. Y entre esta imagen que del superhombre y de su heraldo Zarathustra se forja, destacan todas estas creaciones como propias de un amante de lo extraño, que nadie en la actualidad puede comprender, y que por consiguiente a todas las almas alemanas les pareció enigmático. Pero en cada uno hay un rincón, donde duermen los ideales del pueblo y los sueños del futuro de una humanidad hermosa. Goethe apenas necesitó esto; por consiguiente pudo ser muy poco popular. Esto fué la razón de que se le juzgase frío y frívolo. Nosotros no podemos comprender esta inclinación; representa para nosotros el trozo que no se ama de un gran pasado.

Situado a esta altura se plantea Nietzsche la cuestión del valor del mundo. Con ello se cierra completamente el período de la Filosofía occidental, en cuyo punto central se había colocado la cuestión de la forma del conocimiento. También aquí se dió un clásico o un romántico o lo que es igual, hablando con relación a la época, una respuesta social y otra aristocrática. La vida es tanto más valiosa cuanto más útil es a la colectividad —esta fué la respuesta de los ingleses distinguidos que se habían formado en Oxford y que fué considerada como una concepción honorable a la que se sintieron firmemente ligados como políticos y hombres de negocios—. La vida es tanto más valiosa cuanto más fuertes son sus instintos—esta

fué la respuesta de Nietzsche, cuya vida particular fué delicada y fácil—. Siempre que él se ha alejado de esta actividad ha comprendido sus secretos, pues la voluntad de poderío es más fuerte que todos los postulados y doctrinas. Ella ha hecho la Historia y la hará en todo su futuro, a pesar de lo que contra esto se pueda probar o predicar. El comprensivo análisis de la voluntad le es indiferente. La imagen de la voluntad activa, creadora, destructora lo es todo en la Historia. De la idea ha surgido el aspecto. Ella nada enseña, determina. Así fué y así será. Y aun cuando mil veces quieran otra cosa los teóricos y predicadores subsistirán para los fuertes los instintos primarios de la vida. ¡Qué distancia entre la imagen del mundo de Schopenhauer y ésta! Entre su concepción llena de sentimentales planes de reforma del mundo y esta limitación de los duros hechos. Ello coloca a este último pensador romántico en la cima de su siglo. Aquí somos todos discípulos suyos lo queramos o no, y lo conozcamos o no. Nadie más escribe ya Historia, si no es para ver las cosas. Y aquí la vida será valorada únicamente por la crítica de los hechos, y los hechos enseñan que la voluntad fuerte o débil hace la vida valiosa o inútil, que el bien y los hechos vitales casi se excluyen; así consigue ser su imagen del mundo no sólo una formidable crítica de la moral, sino que alcanza en sus consecuencias una moral históricamente válida, no cualquier moral verdadera. Esto fué en lo real la desvalorización de todos los valores, y cuando nosotros sabemos hoy que él ha considerado falsa la oposición entre la moral de señores y la cristiana, oposición que fué excluída por sus sufrimientos personales a los 80 años. Y esta fué la última oposición que se da en un ser humano y que fué compendiada por él en esta fórmula. «Entendemos nosotros por moral señorial la práctica instintiva de la vida en la convivencia de hombres decididos, por moral cristiana la valoración teórica de la Naturaleza; así tenemos ante nosotros la tragedia del

hombre cuyos tipos señoriales siempre se oponen, siempre luchan, mientras que los otros siempre sufren. Hecho y pensamiento, realidad e ideal, fortaleza y bondad. Estas son las fuerzas que no se comprenden nunca una a otra. Pero en la realidad histórica no rige nunca el ideal, el bien y la moral —su reino no es de este mundo—, sino la decisión, la energía, la actualidad espiritual, la solución práctica. Con lamentos y la resignación habitual no se dominan los hechos. Así es el hombre, así es la vida, así es la Historia».

Porque fué extraño a toda actuación y sólo supo pensar, ha comprendido Nietzsche esta actividad mejor que ningún gran realizador en el mundo. Así caminó hacia el cumplimiento de su destino romántico. Bajo el deseo de esta última mirada forma la última parte de su carrera vital sometido a una oposición más vigorosa que la de Goethe, que no fué extraño a la actuación, pero que como poeta comprendió sus insuficiencias.

Goethe, consejero privado y ministro, centro de la espiritualidad europea, pudo decir en el último año de su vida, en el último acto de su *Fausto*, que considera su vida como acabada. «¡Quédate todavía, tú eres tan bella!» Bajo la orden de Fausto termina aquí la obra de la proximidad activa, para durarnos su sensación hasta ahora. Este fué el grande y exclusivo símbolo del clasicismo.

Pero lo extraño no se puede crear, sino sólo anunciar. Y como la muerte de Fausto cierra el curso vital clásico, así lo expresa el espíritu del más solitario de todos los viajeros con una maldición definitiva sobre su época en los días enigmáticos de Turín, como disipó él la última niebla en la imagen de su mundo, viendo lejanas cumbres y señalándolas claramente. Del mismo modo se realiza la existencia de Nietzsche con la más fuerte actuación sobre el trasmundo. Los alemanes venerarán a Goethe, vivirán teniéndole a él por modelo, pero él no los cambiará. La obra de

Nietzsche es transformadora, porque nunca cesó en él mismo la melodía de su contemplación. El pensamiento romántico es infinito; en la forma sucumbe a veces, por el pensamiento en sí nunca: siempre absorbe o tritura nuevas regiones. Su arte para observar pasa de amigos a enemigos y entre ellos logra siempre nuevos seguidores o adversarios, y aun cuando algún día nadie leyera sus obras, sería aún este arte duradero y creador. La obra de Nietzsche no es ningún trozo de pasado que se pierde, sino una tarea que siempre es utilizable. No depende ni de sus escritos ni de su materia, y por tanto es una cuestión del destino alemán. Si nosotros no aprendemos a relacionarnos como enseña la realidad histórica, con el centro de una época que no soporta los ideales extraños al mundo y que se venga de sus autores, en la que sólo tiene validez el duro hecho, que Nietzsche ha encarnado en el nombre de César Borgia, en la que se es irrespetuoso con la moral de los ideólogos y reformadores del mundo del mismo modo que se observa la limitación de las flúidas e irreales conferencias y escritos, entonces, seremos considerados como un pueblo sin una sabiduría de la vida, que no sólo sirve para soportar las situaciones difíciles sino para resolverlas; no podemos vivir sin ella, y esta sabiduría emerge con toda su dureza en el pensamiento alemán por primera vez con Nietzsche, que la hizo desnuda de impresiones y pensamientos que pudieran haber huído de otras regiones. Él ha indicado cómo es la Historia al pueblo más hambriento de ella en el mundo. Su legado es la norma de cómo hay que vivirla.

¿PESIMISMO?

El error casi universal que hasta ahora ha producido mi libro (1) es en parte el epifenómeno, que hace acto de presencia en cualquier estado espiritual necesario a todo modo de pensar, el cual se manifiesta no sólo por sus resultados sino también por sus métodos y sobre todo por su imagen totalmente nueva de las cosas que es considerada antes que dichos métodos. Los errores se van acumulando cuando por una encadenación de casualidades un libro semejante llega a estar de moda entre los hombres cuyo pensamiento no pudo ser preparado anticipadamente hacia estos años por una literatura intermediaria, y se sienten enfrentados súbitamente con una doctrina de la que por lo pronto sólo les es accesible su faceta negativa. En la mayoría pasó inadvertido, pero para mí fué pronto muy claro que de la primera parte sólo un fragmento había entrado en consideración, y no pudo inferirse nada seguro sobre el resto. La cuestión inmediata de la segunda parte es la morfología de la Historia Universal y también cerrar por lo menos de una manera completa un ciclo de problemas. Una segunda, la ética, ha sido tratada someramente, como habrá podido observar el lector atento en mi libro *Prusianismo y Socialismo*. La comprensión fué dificultada finalmente por el sorprendente título del libro, aunque yo haya acentuado de un modo categórico, que permanecerá a través de los años como observación severa e imparcial de un hecho histórico, cuyos paralelos pertenecen a los fenómenos de la historia más conocidos.

(1) *Decadencia de Occidente.*

Pero hay hombres que confunden la decadencia de la Antigüedad con el hundimiento de un transatlántico. La palabra no implica la idea de una catástrofe; significa, en vez de hundimiento, perfección, palabra que se alía con el pensamiento de Goethe en un sentido totalmente definido. Así es eliminado por ahora el lado pesimista, sin el cual el sentido auténtico de la idea sufriría una tergiversación completa.

En la primera parte de la obra se gira alrededor del hombre activo y no crítico. Fué el verdadero fin de mi trabajo conseguir una imagen del mundo en que se vive y no un sistema del mundo en el que se puede pensar. Esto no se me ocurrió conscientemente; cosa que escapó por completo a la comprensión de un extenso círculo de lectores.

La actividad existe en las cosas y para las cosas, no utiliza demostración alguna, y raras veces la concibe. El tacto fisiognómico —una de las palabras que casi nunca ha sido considerada en toda su importancia— conduce mucho más lejos de lo que sería capaz cualquier método consciente; lo que yo dije aquí, y que una cabeza científica consideraría completamente paradójico, lo han sentido actuar en silencio durante largo tiempo algunos hombres elegidos, pero ni una sola vez de una forma consciente.

Hay ahora, y precisamente en Alemania, una maestría política que concibe al mundo entero en una imagen sencilla y asistemática, que como conocimiento sólo se puede admitir a manera de una especie de memorias metafísicas. Se debe saber a qué categoría pertenece el libro, con lo cual no deberá ser juzgado de ningún modo teniendo en cuenta más su gran fama que su categoría, sino su particular habilidad de visión. Hay una poderosa corriente del pensamiento alemán que procede de Leibnitz y pasando por Goethe y Hegel se prolonga hasta el futuro. Como todo lo alemán, tuvo su destino que, por decirlo así, fluye subterráneo e inadvertido a través de los siglos, en tanto que la mentalidad extraña resbala por la superficie

del pensamiento en estos hombres que marcharon hacia la supremacía. Leibnitz ha sido el gran maestro de Goethe, aunque para Goethe no fué nunca consciente esta relación, que la fama atribuyó siempre a Spinoza, que le fué completamente extraño, cuando él había llevado por la influencia de Herder o directamente por sus *Afinidades Electivas,* un auténtico pensamiento de Leibnitz a su modo de ver las cosas. Lo que esta idea indica es su incesante compenetración con los grandes hechos de su tiempo. Cuando se deduce de sus obras que él estaba en relación con los planes políticos de la época, los esfuerzos de alianza y lo que ha meditado acerca de proyectos matemáticos de organización de la ciencia y explotaciones mineras, parece pobre lo demás. Goethe, que del mismo modo pensó en las cosas y para las cosas, por lo tanto históricamente jamás hubiese estado construyendo con habilidad un sistema abstracto. El poderoso Hegel fué el último cuyo pensamiento procedía de la realidad política cuando aun no era sofocado por la abstracción. Después pudo Nietzsche, un *dilettante* en el mejor sentido, apartarse por completo de la alta escuela filosófica ya definitivamente estéril y que ha influído mucho y más todavía sobre la época darwinista inglesa en todas sus manifestaciones, siendo menospreciado por nosotros como algo fugaz, con lo que hoy podemos conducir a la victoria el sentido vital y práctico del pensamiento.

Así veo yo ahora la oculta hipótesis en la que inconscientemente se basa mi mentalidad. Aquí no se encuentra por ninguna parte un sistema de universalismo. Lo único real con toda su psicología, que en Kant y Schopenhauer no juega ningún papel, pertenece a las meditaciones históricas de Leibnitz, lo mismo que a las consideraciones de Goethe acerca de la Naturaleza y a las conferencias de Hegel sobre la Historia Universal. Por esto la relación de lo real con los pensamientos es aquí completamente distinta de la de todos los sistemáticos. En ellos se utiliza un

material muerto y de él serán deducidas las leyes. En mí se encuentran ejemplos, pues un pensamiento basado en la experiencia e intuición, sólo de esta forma puede ser especialmente comunicable. Pero ello presupone, por lo que tiene de acientífico, una extraordinaria comprensión. Lo corriente es, como he observado, que el lector situado ante una idea pierda de vista la otra y por consiguiente lo confunda todo, pues la propensión a extraer minucias es equivalente al error. Pero se debe leer entre líneas. Pues en muchos sitios sólo se ha insinuado lo que en general no pudo ser expresado de una forma científica.

El punto central es la idea del destino, que parece tan difícil para animar al lector, porque por el camino del pensar intelectual sólo fué encontrada su contraria: la idea de la causalidad. Pues el destino y el azar pertenecen a un mundo completamente distinto al del conocimiento de causas y efectos, fundamentos y consecuencias. El peligro está ahí, sin que se descubra directamente, en que el destino sólo se designa con otra expresión: una serie causal. El pensamiento científico nunca será apto para ver esto. La mirada se amortigua para los hechos perceptibles y prácticos, en tanto que se piensa analíticamente. Destino es una palabra cuyo contenido escapa. Tiempo, anhelo, vida, son palabras estrechamente unidas. Nadie crea que ha comprendido el núcleo de mi doctrina cuando para él permanezca hermético el último sentido de estas palabras, tal como yo las utilizo. El destino conduce por un camino que va hacia el conocimiento más difícil de ser comprendido, lo que yo considero como conocimiento verdaderamente profundo. Esto se muestra, cerca del pensamiento intelectual, pero sólo en la consecuencia ideal, no en la causa. Aquí chocan dos de los más difíciles problemas: ¿Qué significa la palabra tiempo? No hay ninguna respuesta científica acerca de ello. ¿Qué significa la palabra espacio? Esta es una cuestión posible al pensar teórico. Pero el destino se relaciona de nuevo con

el tiempo, y del mismo modo la causalidad con el espacio. Por consiguiente, ¿qué relación debe sostenerse entre destino y causa? La respuesta está en lo más profundo del conocimiento. Pero ella se substrae de todas las formas del empirismo y la relación científica. La profundidad de conocimiento es un hecho tan indudable como inexplicable. Como tercera y más difícil idea surge la del tacto fisiognómico. Lo que en ella hay de trivial pertenece a la realidad de cada hombre. Él vive y por ello la utiliza incesantemente en la práctica. Aun el sabio abstracto de viejo estilo, cuya presencia notoriamente ridícula y desamparada en la vida pública está afectada por el escaso desarrollo de este tacto innato difícil de aprender, poseyó sin embargo algo de él, pues en general tuvo que vivir. Pero aquí se considera una forma elevadísima de este vulgar tacto; un método inconsciente, que pocos hombres poseen, no para penetrar con la mirada en la vida ordinaria sino en el funcionamiento del mundo instintivo; en él coinciden el político innato y el historiador auténtico, en todas las oposiciones existentes entre teoría y práctica. No cabe ninguna duda que en la historia y en la vida real, es esta última con mucho lo más importante. Lo otro, el método sistemático, sirve únicamente para la búsqueda de verdades; pero los hechos son más importantes que las verdades. Todo el funcionamiento de la historia política, científica, y en general humana y del curso de toda vida aislada, denuncia el incesante empleo de este tacto entre los hombres, que arrastran su vida desde lo insignificante, en donde se prepara la historia, hasta lo significativo, en donde se hace historia. Frente a esta supremacía real del método fisiognómico para lo activo y aun para lo contemplativo, durante la mayor parte del tiempo de su desarrollo, decae el método sistemático, que sólo es reconocido en la Filosofía, casi hacia la insignificancia histórica universal. Esto es lo inusitado de mi doctrina, que ha sido construída con plena conciencia sobre este méto-

do de la vida real. Con tal motivo puede ser considerada como un orden interior, pero en manera alguna como sistema.

Por lo menos se ha comprendido el pensamiento que, quizá de una forma no del todo feliz, se designa con la palabra relativismo en la física; que únicamente alude a la oposición matemática entre constante y función, y que no tiene nada que ver con lo muy pequeño. Transcurrirán todavía años, antes de que se reconozca que se vive realmente según él, pues actúa con una misión absolutamente etica sobre el mundo, en el cual se repentiza la vida aislada. Nadie comprenderá esta palabra si elude la idea del destino. El relativismo en la historia, tal como yo lo veo, es una afirmación de la idea del destino. Lo único irrevocable e irreversible de todo acontecer, es la forma en la cual el destino pasa ante la mirada humana. También ese relativismo se ha conocido activo o contemplativo en todos los tiempos. Es comprensible en sí mismo en la vida real, y pertenece completa e incondicionalmente al panorama cotidiano, pues de ningún modo se verifica en la conciencia; por eso no es accesible su pleno convencimiento a la ojeada teórica ni al pensamiento generalizador. No es nueva la idea ni tampoco igual a otras. No hay realmente ningún pensamiento nuevo en una época tardía. No hay ninguna cuestión en todo el siglo XIX, que la escolástica no la haya descubierto como uno de sus problemas, pensado minuciosamente y dado una expresión brillante; sólo que el relativismo es un hecho inmediato de la vida, y por lo tanto afilosófico; que no se ha resignado a que se le considerase secundariamente en algún sistema. El viejo refrán campesino "El as de oro no lo jueguen todos", es poco más o menos lo contrario de toda filosofía profesional, que quiere demostrar directamente que el as de oro lo deben jugar todos, cosa que el autor ha manifestado en su Ética. Yo me he inclinado resueltamente al otro lado, al de la vida, no al del pensamiento. Ambos

puntos de vista primordiales consideran: o bien que existe algo que sirva como norma para toda una eternidad, y por consiguiente independiente del tiempo y del destino, o bien que nada existe así considerado. Pero lo que aquí se ha llamado relativismo, no es ni una cosa ni la otra; ya fué indicado, y la experiencia lo corrobora, que la Historia Universal no es ninguna unidad del acontecer, sino un grupo, hasta ahora, de ocho altas culturas cuyos cursos vitales, perfectamente independientes, se extienden ante nosotros por caminos absolutamente paralelos, pues todo contemplativo, lo mismo si piensa para la vida que para las ideas, sólo piensa como hombre de su tiempo. Por esto se utiliza una de las objeciones más estúpidas cuando se arguye, contra mi concepción, que el relativismo se contradice a sí mismo. Porque es evidente que, para cada cultura, para cada una de sus épocas y para cada clase de hombres en el interior de una época, hay una concepción del universo, legal y exigible, que sólo para esta época tiene un valor absoluto, y es tan sólo relativa para otras épocas. Hay para nosotros, hombres de la actualidad, una concepción necesaria; se sobreentiende de otra forma como perteneciente a la época de Goethe. Verdadero y falso, son ideas que aquí no deben ser utilizadas; rigen solamente las ideas «profundo» y «superficial». Quien piense de otra forma, cualquiera que sea, no puede pensar históricamente. Toda concepción vital, también la expuesta por mí, pertenece únicamente a una época. Y se ha desarrollado procediendo de otra, y se seguirá desarrollando tendiendo hacia otra. En el curso de toda la historia no hay tampoco doctrinas siempre verdaderas y siempre falsas. Como tampoco hay en el desarrollo de una planta, gradas verdaderas o falsas. Son completamente necesarias, y sólo se puede decir de ellas que en relación con la planta sean malogradas o aprovechadas. Pero lo mismo se puede decir de toda concepción del mundo que aparece en cualquier época. Tampoco percibe esto el sistemático

más severo. Que no distingue entre doctrinas ajenas y afines, y así juzga prematuramente; y la idea verdadera o falsa, adquiere importancia, por decirlo así, en el primer término de la ciencia, pero no un valor vital.

Por esto salta a la luz la diferencia entre hechos y verdades. Un hecho es algo único que realmente fué o ha de ser. Una verdad es algo que nunca ha de ser utilizado, sino como posibilidad de ser sostenido. El destino alude a los hechos; la relación entre origen y consecuencia es una verdad. Esto se ha sabido desde tiempo inmemorial. Pero lo que se ha visto, es que por la misma razón la vida está en relación sólo con hechos, consiste en hechos y se acomoda a los hechos. Las verdades son magnitudes del pensamiento y su validez pertenece al «reino del pensamiento». Nadie, tampoco el sistemático ajeno al mundo, puede percibir en su vida de una ojeada estos hechos. Él lo hace siempre para vivir; pero lo pierde de vista en tanto que sólo piensa sobre la vida.

Cuando puedo reclamar un mérito, es que se encuentra aquí, en el hecho de que yo no haya visto el futuro como una hoja en blanco sobre la que se encuentra sitio para todo lo que se crea conveniente; el ilimitado e insubordinable «así debe ser» ha dejado sitio a una fría y clara imagen, que contiene todos los hechos posibles y por consiguiente necesarios del futuro, y después facilita su selección. Lo primero, lo que el hombre concibe como un destino inevitable, lo que ningún pensador comprende y ninguna voluntad puede cambiar, es la época y lugar del nacimiento; todos están vinculados a un pueblo, a una religión, a una posición social, a una época, a una cultura. Todo está claramente determinado según esto. El destino es el que no habrá permitido que un hombre naciese como esclavo en la época de Pericles o como caballero en la época de las Cruzadas; en una fábrica o en una villa de la actualidad.

Todo cuanto se refiere a acierto, providencia, fatalidad, es destino. La Historia indica que, en general, la vida cambia continuamente. Pero para cada uno es así y no de otra forma. Al hombre, con su nacimiento, se le da su naturaleza y un círculo de posibles tareas, en el interior del cual se considera con derecho a la libre elección. Lo que su naturaleza puede o quiere, y lo que su nacimiento le permite o prohibe, presenta ante cada uno perspectiva de felicidad o miseria, de grandeza o debilidad, de tragedia o alegría, que llena su vida aislada y la define en cualquier sentido; pues ella está en relación con la vida universal, y por consiguiente en cualquier forma no tiene importancia para la Historia. Contra este hecho, el más primordial de todos, está todo el que filosofa con vacía verbosidad sobre la tarea de la humanidad y la existencia del mundo.

Y de ello resulta lo incondicionalmente nuevo en mi pensamiento, que por fin debió ser manifiestamente utilizado para la vida, la afinidad consciente del hombre fáustico para la Historia, que ya se desarrolló en todo el siglo XIX. No se ha comprendido todavía por qué ha sido considerado incómodo por mí y a lo sumo por una docena de sabios, el esquema edad antigua, media y contemporánea, substituyéndolo por una nueva imagen: el hombre vigilante vive siempre según una imagen, que domina sus decisiones y forma su espíritu, que no será pasada de moda ni irreal, pues él no conquista una nueva, completa en sí, para ser particularmente utilizada.

La «visión histórica» es algo por primera vez hoy posible, y sólo para el hombre europeo-occidental Nietzsche habló todavía del raquitismo histórico. Aludía a lo que entonces se vió en todas partes. El temor romántico de los literatos a los hechos, el interno fantasear de los filólogos en cualquier pasado histórico, el carácter tímido de los patriotas, que observaba en todas partes junto al dejar pasar, antes que decidirse por cualquier cosa, el acuerdo sobre los defectos de

la independencia. Desde 1870, los alemanes hemos sufrido más que cualquier otro pueblo por todas estas cosas. ¿No hemos colocado nosotros en todas partes, junto al viejo germano, el caballero de las Cruzadas o el heleno de Hölderlin, mientras queremos afirmar que la electricidad fué confundida en la antigüedad? El inglés fué feliz en esto: tuvo siempre la totalidad de sus acuerdos que le legaron los normandos: su derecho, sus libertades, sus costumbres, y él pudo situar una poderosa tradición sobre lo más alto de sus épocas, sin despreciarla jamás. Él no pudo ni puede llevar la visión anhelante de un ideal sobre un millar de años. El raquitismo histórico se encuentra también en el idealismo y humanismo alemanes de estos días, que nos permite desbarrar sobre los planos de reforma del mundo y producen diariamente nuevos bosquejos preparados para aparecer en cualquier momento, con lo cual a todo concepto de la vida fundamental e inapelablemente le será dada una forma exacta, y el extraordinario valor práctico que en él existe pierde su forma característica en la discusión científica, la situación real no será definida, y finalmente encuentran estas publicaciones escasa resistencia en Londres o en París.

La visión histórica es lo contrario de esto. Ella implica: ser conocedor, conocedor reflexivo, seguro y frío. Mil años de pensar e investigar históricamente son un tesoro inmenso no de saber —que importa poco—, sino de experiencia por nosotros desplegada. Son experiencias de la vida en un sentido totalmente nuevo, que serán comprendidas de modo semejante a una perspectiva como yo la he imaginado aquí. Nosotros vimos hasta ahora y los alemanes más que ningún otro pueblo, el modelo en el pasado, que debió ser revivido. Pero no hay ningún modelo. Hay sólo ejemplos, y es quizás por ello que la vida del individuo, de todo un pueblo, de toda cultura, se desarrolla, se perfecciona y camina hacia el fin, como se simula el carácter y las situaciones exteriores, el tiempo y

la duración. Nosotros no lo vemos como algo que nos puede suceder, sino como algo que sucedió, que nos enseña que nuestras condiciones particulares se han producido por circunstancias particulares. Hasta ahora supo mucho el conocedor de hombres, pero únicamente lo que se refiere a sus discípulos, subordinados, colaboradores, y mucho el político, pero tan sólo lo referente a su país, a su época y a las personalidades coetáneas. Esto es un gran arte con el que se controlan las fuerzas de la vida, porque se adivinan sus posibilidades y se prevén sus cambios. Con ello se domina todo y se realiza el mismo destino; hoy podemos prever nosotros lo que se efectuará en toda cultura aislada durante un siglo, pues se trata de una existencia en cuyo interior hemos penetrado. Sabemos que todo hecho es un azar y de modo semejante, con la imagen de otras culturas ante nosotros, que el desenvolvimiento y el espíritu del futuro no son ningún azar; ambos aisladamente significan bien poco en la vida de una cultura, que quizá, por la libre determinación del acaecer, expira en un fin magnífico o abandonándose al peligro, se atrofia, desaparece, pero no puede ser desviada de su sentido y dirección. Con ello es por primera vez posible una educación en el más alto sentido, un conocimiento de las posibilidades interiores y una localización de tareas, y la empresa de formar especialmente a generaciones con miras a estas tareas, que serán fundamentadas en la misión que prevé los hechos futuros y no en cualesquiera abstracciones ideales. Por primera vez vemos nosotros como hechos lo que toda literatura consideraba según sus verdades ideales, todos estos proyectos inofensivos e insensatos, todas las ocurrencias y soluciones, libros, folletos y discursos no son más que manifestaciones inútiles que llegó a conocer cualquiera otra cultura en una época análoga, y cuyo efecto total no pasa de ahí, del hecho de que investigadores de pequeña talla puedan escribir un libro sobre ello en cualquier época tardía. Y por esto repito otra vez para el observador

desnudo que prefiere que se le ofrezcan verdades: Para la vida no hay ninguna verdad, tan sólo existen hechos.

Y con ello vengo a la cuestión del pesimismo. Cuando yo en 1911, bajo la impresión de Agadir, descubría súbitamente mi filosofía, se situó el optimismo a ras de tierra de la época darwinista sobre el mundo europeo-occidental. Por consiguiente, observando una contradicción interior me introduje en aspectos de la evolución que nadie quiso ver entonces. He de elegir otra fórmula que eleve el pesimismo igualmente situado a ras de tierra. Soy el último que ha creído poder valorar la Historia con una exposición.

Pero lo que es evidente, es que se inicia el «fin de la humanidad», así que soy fundamentalmente un pesimista decidido. La humanidad es para mí una gran especie zoológica. No veo ningún progreso, ningún fin, ningún camino de la humanidad fuera de las cabezas de los filisteos del progreso. No he visto jamás espíritu alguno, ni unidad en el avance, ni en la rutina, ni en las creencias de la plebe. Veo una dirección inteligente de la vida hacia un fin, una unidad de alma, del querer y del sufrir sólo en la historia de las culturas aisladas. Pero si hay algo limitado y auténtico, es decir deseado y conseguido y que implique en nuevas tareas, no se encuentra en frases y universalismos éticos, sino en los evidentes fines históricos.

Lo que yo llamo pesimismo, excluye toda ordinariez y sus ideales callejeros, que consideran la historia como una carretera, por la que avanza la humanidad siempre en la misma dirección, siempre a la vista de un lugar común filosófico. Los filósofos han comprendido hace ya largo tiempo, pero sólo algunos, y ninguno rectamente, lo que puede representar la refinada y abstracta palabrería para los fines de existencia de nuestro país y de los nuestros en particular. Ellos, permaneciendo ajenos al optimismo, se sitúan cerca de él, sin poder alcanzarlo. Un fin visible contradice

sus ideales. Cuando se les presenta alguna objeción necesariamente ha de ser pesimista.

Yo me habría avergonzado de pasar por la vida con ideales baratos. Esta es la debilidad propia del hipócrita y del soñador, que no tolera la realidad de la historia, y que determinan una época real con un par de palabras triviales. Deben ser siempre grandes universalismos que brillan desde lejos. Que calman el temor a los riesgos, empresas, aventuras y sucumben por completo cuando se enfrentan con la fuerza de los hechos, la iniciativa y la superioridad innata. Sé lo que puede suceder destruyendo un nido semejante. Pero quien sólo está vinculado a conferencias, poesías y sueños, es que está influído por su veneno. Yo conozco esta juventud que pulula en los círculos literarios y artísticos, y sobre todo en las altas escuelas: primero fué Schopenhauer, después Nietzsche, quien debió libertar a la energía de sus compromisos. Ahora hemos encontrado para ella una nueva liberación.

No, yo no soy pesimista. Pesimismo significa no encontrar tareas. Veo todavía tantas sin solución que temo que falten hombres para ellas. El lado práctico de la Física y de la Química no está lejos en lo que concierne a los límites de sus posibilidades. La técnica todavía no ha sobrepasado la cima en casi todos sus campos. A los grandes deberes de la moderna investigación de la antigüedad pertenece ordenar los innumerables resultados y finalmente delinear una imagen de la antigüedad. Es conveniente descartar el clasicismo con su inclinación al refinado mariposeo idealista de nuestros intelectuales, alrededor de representaciones del mundo. Lo que realmente sucede en el mundo es que, como en todas las épocas, los ideales románticos y abstractos se han estrellado contra los hechos, cosa que no se puede aprender mejor en ninguna parte. Pero está en pie para nosotros el hecho de que cuando hemos estudiado en nuestra época escolar a Tucídides y a Homero, hayamos comprendido mejor al primero que al segundo. Pero hasta ahora no ha

pensado ningún político en ello, en escribir un comentario de Tucídides o Livio, Salustio o Tácito, para la juventud. No tenemos ni una historia de la economía antigua, ni todavía una historia de la política antigua. Tenemos demasiados paralelos en la historia del occidente europeo, y ninguna historia política de China hasta Augusto - Ho - Hang - Ti. El derecho que se ha establecido por la formación social y científica de nuestra civilización, descansa todavía en los principios de su desarrollo. Lo que hasta ahora es la Ciencia del Derecho, según sus mejores conocedores, no es más que filosofía e idea escolástica. La Economía Nacional no es en general todavía una ciencia. Silencio aquí las tareas políticas, científicas, organizadoras de nuestro futuro. Pero lo que buscan nuestros contemplativos e idealistas, es una cómoda concepción del mundo, un sistema que les lleve el convencimiento, una disculpa moral de su miedo a los hechos. Se debaten en los rincones de la vida, para los que han nacido y prefieren permanecer aislados. ¿Qué significa particularmente el hecho de que no avance la humanidad durante un millar de siglos, para que el que nosotros jamás proyectamos un programa sin el peligro de que la realidad lo corrija inmediatamente, mientras que a la cultura fáustica le sucede durante un siglo cuyo perfil histórico vemos? El orgullo puritano de Inglaterra dice: todo está predicho; por consiguiente debo triunfar. Los otros piensan: todo está predicho — ideal prosaico y pobre —, por consiguiente no tiene ningún fin empezar. Pero ello va con las tareas, que para nosotros, hombres de Occidente, todavía están exceptuadas; son ellas inmensas en lo que respecta a hechos humanos; estoy en franco desacuerdo con los románticos e ideólogos, que no piensan conocer el mundo, sin el cual hacen versos, pintan cuadros, fundan sistemas éticos o aman una grave concepción del mundo, y declaro solemnemente que antes que esto, prefiero un panorama grave y desconsolador.

Confieso, sin miedo alguno, que ansío lanzar un grito para quien lo quiera oír: sólo se considera al arte y al pensamiento abstracto en su importancia histórica. Lo que ha sido esencial en las grandes épocas se ha considerado fundamental. En la historia del arte no se considera la importancia de Grünewald y Mozart; en la historia real de la época de Carlos V y Luis XV se piensa escasamente en la importancia del arte. Es posible que un gran sujeto histórico impresione a un artista. La marcha atrás no ha sido nunca la caída. Lo que hoy se crea no se toma siquiera en consideración para la Historia del Arte. Y lo que interesa a la Filosofía profesional de estos días, son todas sus escuelas filosóficas, que no existen ni para la vida, ni para el alma; sus opiniones no consideran realmente a los intelectuales y eludidos de las restantes disciplinas. Ellas sirven sólo al fin de escribir más y más disertaciones, que serán citadas en otras disertaciones y que nadie leerá, a no ser los futuros profesores de Filosofía. La pregunta sobre el valor de la ciencia la ha planteado Nietzsche. Habrá época en que también se preguntará sobre el valor del arte. Épocas sin Arte ni Filosofía propias, pueden ser siempre épocas vigorosas; los romanos nos lo han enseñado. Lo eterno del pasado ha decidido, sin duda, el valor de la vida.

Sólo para nosotros no. Se me ha dicho: sin arte no vale la pena vivir. Yo pregunto de nuevo: ¿para quién no vale la pena? No desearía haber vivido en la Roma de Mario y César como escultor, ético o dramaturgo, o como miembro de cualquier secta, que el político romano desdeñó con gesto literario en el foro. Nadie puede sentir una afinidad tan grande como la mía hacia el gran arte del pasado, que no tiene la actualidad; yo no deseo vivir sin Goethe, sin Shakespeare, o sin la vieja arquitectura; me conmueve cada pieza del noble arte del Renacimiento, precisamente porque veo sus limitaciones. Bach y Mozart, para

mí, están sobre todos; pero de ello no se sigue la necesidad de los miles de escritores, pintores, reformadores del mundo que habitan nuestras grandes ciudades, y que no tienen nada que ver con el artista y el pensador auténticos. En Alemania se ha pintado, escrito y especulado más que en todos los países del mundo.

¿Es esto cultura o falta de realismo? ¿Somos nosotros tan ricos en fuerza creadora como pobres en energía práctica? ¿Y corresponde el resultado tan sólo al esfuerzo que se aleja del miedo corriente a sí mismo? El expresionismo, la moda de ayer, no nos ha legado ninguna personalidad, ni siquiera ningún trabajo de categoría. Desmentiré miles de veces que haya puesto en duda la seriedad de este movimiento. Pintores, poetas y filósofos, han intentado demostrármelo con palabras y no con hechos. Ellos pueden desmentirme, en tanto se colocan a la misma altura que el Tristán, la sonata de Hamer para piano, el rey Lear y los retratos de Marèe. Aun hay el peligro de que estos movimientos afeminados y superficiales, no sean considerados como una necesidad sino como una necesidad de la época. Yo llamo concepción del mundo como utilitarismo el considerar la arquitectura como arte útil; la pintura y la poesía como artes útiles, la Religión como arte útil, la Política como arte útil; incluso la concepción del mundo como arte útil; esto es lo que claman al cielo los círculos y reuniones, cafés y salas de lectura, exposiciones y publicaciones de la época.

Incluso veo aquí que todavía se acrecientan las tareas. La novela alemana pertenece a las empresas de este siglo; hasta ahora sólo hemos tenido a Goethe. La novela fomenta las personalidades basándose en hechos e imágenes del mundo, desenvolviendo grandes actividades, y tiene su importancia por sus conceptos y el tacto de la vida que en ella se encuentra. No tenemos prosa alemana como la hay inglesa y

francesa. Lo único que hoy poseemos es el estilo de algún escritor aislado que alcanza la completa superioridad personal. En la novela se puede aún trabajar. Pero hoy escriben más claro y profundamente los hombres de la realidad, industriales, altos oficiales, organizadores, que los literatos de ínfima categoría. Hecho de menos en el país de Tilleulenspiegel una farsa de gran estilo, de profundidad y rango histórico, espiritual, trágica, ligera y fina; es casi la forma única, sin que sea falsa, en que coinciden los filósofos y poetas actuales. Echo de menos, todavía hoy, lo que Nietzsche echó ya de menos: una música de canto alemana, llena de raza y de espíritu, chispeante de melodía, ritmo y fuego; de la que no tienen por qué avergonzarse Mozart y Johann Strauss, Bruckner y el joven Schumann, que se pueden llamar sus precursores. Pero la música de circo de hoy nada tiene que ver con esto. Desde la muerte de Wágner no ha existido ningún gran creador de melodías. Antiguamente existieron como arte vital, convencionalismo, tacto de la vida, que es recogido por artistas y obras de arte y no por contemplativos, y que de todo se adueña, tanto si se utiliza para crear como para ver, como se puede y es debido. Los artistas grandes e insignificantes no se diferencian unos de otros por el vigor de la forma sino sólo por la profundidad de concepciones. A este tacto ha sustituído la miniatura, lo menos preciable. Todo lo que no vive es imaginado. Imaginan una cultura personal con Teosofía y culto al virtuosismo, una religión personal con publicaciones sobre Buda, un estado construído sobre el amor. Prefieren proyectar, desde la revolución, la economía del país, comercio e industria.

Estos ideales se deben destruir en fragmentos; que suene, cuanto más alto mejor. Dureza, dureza romana es lo que en el mundo se inicia. No queda espacio libre para cualquier otra cosa. Arte, pero de cemento y acero. Poesía, pero de hombres con nervios férreos y visión profunda. Religión, pero la que con-

siste en tomar el misal y marchar a la iglesia, no la libresca de Confucio. Política, pero de hombres de estado y no de reformadores del mundo. Todo lo demás no entra en consideración. Y no se puede jamás olvidar lo que existe entre nosotros y ante nosotros, hombres de este siglo.

PENSAMIENTOS ACERCA DE LA POESÍA LÍRICA

La joven alma de Occidente, de sangre vigorosa, se rige desde el comienzo de la época carolingia por la disposición de ánimo gótica. En todas partes se busca, analiza y clasifica en este panorama para hacer surgir por último una poesía vigorosa. Que no es ya el todo donde se reúnen las cosas hermosas y próximas que rodeaban a los hombres antiguos. Aquí se extiende la Naturaleza por las monstruosas lejanías y las inmensas impresiones atraviesan el espacio y el tiempo; los extensos mares y montañas, las inquietas nubes, los cercanos horizontes, la noche profunda, el alto cielo se manifiestan en un hombre que está sobre todo y todo lo abarca: Dios. La nueva vida consigue un nuevo espíritu de la lengua, según el cual, además de tener en cuenta la longitud de las sílabas, como en los versos latinos, se impone su acentuación.

La rima se impone, y ello es una señal de que este mundo ascendente quiere y debe expresar el último sentido de su existencia con la Música y no con la Plástica. Incluso el latín se inspira en un nuevo espíritu insuflado por el gótico. El Renacimiento hizo sucumbir este latín revivido en el gótico.

La lengua es la maravilla característica de la dignidad humana. En estos pocos sonidos se esconde un inmenso reino de atormentadoras profundidades, de insondables secretos, de miradas súbitas, un tesoro de siglos, en el que se encuentran encerradas las innumerables aportaciones de la raza. Pero ello no «se sabe». En la lengua corriente hay palabras vul-

gares; en un poeta cualquiera, giros poéticos y nada más.

Sólo para pocos hombres, y en raras ocasiones, se abre la lengua; lo que brilla es indescriptible. La lengua fué patrimonio del diablo; con ella pactó el hombre vencido por él. Ella ofrece el ritmo y el sonido, y sus vocales y sílabas corpóreas, separadas, huidizas, activas, flúidas, para crear algo que sea, en un momento cualquiera, la muerte de todo lo trascendente de una importancia perdida, aunque subsista sólo como resto de la más grande opulencia.

En momentos reconcentrados este arte se extendió sólo del sentido del tiempo a la conciencia espacial allí, en la Hélade, donde el hombre incluso es especialmente naturaleza, y se expresa en un despertar alegre, en una exacerbación del sentido de la felicidad puramente corporal, mientras que aquí se manifiesta en un paroxismo de espacio en el que las almas se escapan, inmaterializan y desaparecen sumidas en él.

El espíritu de la lírica fáustica es, por consiguiente, fuertemente opuesto al apolíneo, en el que se educó. Allí las imágenes perceptibles se suceden ordenadas una detrás de otra, con ritmo sensible nada indeterminado en línea, color y tono, nada trascendental y pleno de relaciones, hasta que finalmente se manifiesta como una excepción la lengua marmórea de Horacio, que aquí fué posible, pero en las lenguas del occidente de Europa florece, producto de una vitalidad distinta, el arte de la rima, cuyo encanto reside en una fina e imperceptible red de muchas tramas. Ello inicia una contrapuntística del sonido y del tacto, de la visión y de la luz, del sentido de las palabras, de las imágenes, que vienen de lejos, se entrecruzan, crecen, se mueven, entrechocan, y crean algo en acciones imperceptibles y fuertemente reguladas, que no es comprendido con los ojos corporales, que no puede ser dibujado ni pudo serlo nunca, una trascendencia magnífica, toda espacio, toda infinitud. Hay, como se

puede ver más tarde en la prosa de Juan Pablo, Hoffman y Raabes, una delgada capa de palabras gráficas que extrae las almas del abismo del mundo profundo. De aquí se debe partir cuando se quiera comprender la dinámica del tacto, de la lengua de imágenes, el arte de las palabras de la cultura occidental. Toda poesía clásica es lingüísticamente una estatua, toda poesía occidental una sonata.

Así la crea el pueblo y la hacen cuajar los hombres aislados. Es el deseo de la vida devoradora, que tiende hacia la abundancia y la satisfacción, que quiere abrazar al mundo, y en el pensamiento el miedo profundo, antes que al ser a la muerte, que se fija a todo pensamiento humano, a toda ciencia, a toda religión. Lo pánico, el terror corporal en la cultura clásica y el horror al espacio que, para nosotros, se condensan en las fábulas de las viejas sagas y todas las figuras terroríficas que petrificadas se refugian en los cimientos de las viejas catedrales.

Se alza ante la «vida del arado», vinculada a lo que se llama «librepensamiento», la vida de la espada y la del escudo. Las simbólicas circunstancias de vida y muerte, nobleza y espiritualidad, cada una cantada en su arte, en una alta poesía del deseo y del miedo, y con el canto del pueblo invaden la extensa tierra el canto heroico y el himno.

El canto heroico da alegría, incendia, agita, da fuerza, es la expresión de una vigorosa plenitud de poderío joven. Él, como expresión del *epos* y el canto de amor, son las grandes imágenes de la vida. El combate y el amor, las dos manifestaciones de la fuerza desenfrenada del hombre; en ellas se patentizan la fidelidad, la venganza, la aventura, la elegía de los banquetes y la sangre fluyente de abiertas heridas. Y como señales más tempranas de la fuerza de formación espiritual, nace el arte consciente de sí mismo de los trovadores del sur, una alegría embriagadora producida por las imágenes artísticas y la educación formal, un arte original hecho para conocedores y

amantes, completamente personal, distinguido, la alta escuela del arte de la rima, de la música de palabras y de la elección de imágenes que en un siglo creó casi todo el tesoro de formas de la lírica occidental hasta en sus declives más tardíos.

Pero lejos de allí nació, con la misma intensidad desde el Ebro hasta el Elba, en las celdas y bajo las bóvedas de las catedrales, el himno espiritual, el canto de terror al mundo de un alma, que no se movió en la corriente del ser, sino que por encima de él erigió a la muerte, que sola, pequeña ante la majestad del espacio que llamo Dios, se arrodilla, implora, jura a menudo con una terquedad insuperable y la más íntima dureza. Este miedo se condensó en poderosas imágenes para triunfar sobre el ser que anatematizan y del que deben defenderse, en un orden rígido para producir el trueno de los más señoriales sonidos; comprimió las palabras poéticas como mágicos sellos sobre el secreto del ser.

Sus cantos sirvieron como un escudo al miedo hacia el todo, que había formado como de metal una sagrada lengua muerta.

La poesía de la vida se formó con las lenguas del pueblo, la de la muerte con el latín que, como la piedra de toda catedral espiritualizada hasta la irrealidad, fué cambiando en un movimiento de oscilación. De aquí se vierte el espíritu de este nuevo latín a las lenguas del pueblo. En los coros de Lutero adquiere forma por última vez el terror gótico, para quedar lentamente retenido en los cantos religiosos protestantes; su interpretación de la Biblia es el último hecho del genio gótico alemán, su lengua es el testamento de esta época primaveral que inaugurará la generación de Goethe.

Entonces alcanzó la ciudad poderío sobre el campo; ella protegió las almas ciudadanas con sus deberes, costumbres, calles y fachadas que forman un horizonte limitado; ella empequeñeció el cielo con sus agudas cúpulas e ideas. Las almas están separadas del

espacio; una capa consciente impide súbitas sorpresas. El barroco es la época de los sonidos raros y prematuros, de la lírica falsa y locuaz, de la alegoría, del marinismo, de todos los incentivos de un consciente e inteligente juego de palabras. Cuanto más maduro se siente el hombre de la ciudad, cuanto más superior al aldeano, a la nobleza campesina y a los conventos, que desprecia, tanto más desprovistas de ideas estarán sus palabras.

La inteligencia reconocida es tan joven en su dominio, tan joven en su triunfo, que no es capaz de concebirse a sí misma. La creación del sistema copernicano, de la imagen del mundo de Newton les parecen tan grandes, como insuficiente la leyenda para su mundo vital, aunque la sintieron profundamente dentro de sí.

Así se acerca — en el siglo del sentimentalismo, de Ossian, del parque inglés, del retorno a la naturaleza, en el que el alma empobrecida ansía por última vez —, a la cima alcanzada de la cultura perfecta, tras la cual se extiende el abismo. Esto apresura la época en la cual las grandes ciudades de la civilización devorarán el territorio del país, mientras que ante sus puertas permanece inanimado el pueblo aldeano, que ha lanzado lejos de sí toda fuerza para la poesía original, permanece inactivo ante toda forma de existencia, se enquista para siempre en el arte y se desenvuelve en un mundo petrificado.

Pero aquí, donde el espíritu finalmente cansado de sí mismo comienza a desesperar de su sentido y valor, hay todavía una posibilidad de que se produzca auténtica poesía, que no sólo nacerá de la aversión a todo esto o de la duda, de la desesperanzada tendencia hacia la existencia profunda de las épocas tempranas, sino que además de la aversión y de la duda se acepta la fuerza para hacer sobreponerse la fuerza de creación artística desarrollada hasta el extremo.

Hay, por consiguiente, una gran lírica en el principio y en el fin de una cultura, un canto de la

primavera y del otoño humanos, un impulso en obscuros tiempos pasados y un resurgir en la vacía civilización, una mirada hacia el futuro prometedor y otra hacia la pérdida irrecuperable.

Una vez más se sumerge esta alma artística, tardía, aturdida, en la magia del espacio infinito; pero la ingenuidad de aquellos días tempranos ya no existe. Nada hay si no es deseado o más claramente nada repercute en todo un pueblo; existe entre una masa amorfa y sin alma, sólo algún artista o conocedor aislado, y la proporción de fuerza de voluntad del espíritu eterno y vigilante reside en la propia intimidad o en la medida en que se haya enseñoreado del medio ambiente, así es tan grande cuanto más difícil es la circunstancia poética y más se acerca a los límites peligrosos, donde la inteligencia — como en Hölderlin —, no puede orientarse. Esta segunda lírica se llama romanticismo, y ya el nombre expresa que lo más deseado por ella se encuentra en otras épocas, porque siente y se figura que no posee fuerza creadora. La melancolía, no sólo por la felicidad perdida sino más bien por el genio creador ya desaparecido, se encuentra en todo lo auténtico, que aquí se canta, se pinta y se sueña; sea ello en la Inglaterra del canto de Ossian, de un Burns, Shelley o Keats; sea en Alemania, donde algún poeta aislado lleva en sí la vida de su país, a pesar de que en las ciudades se le estima como hipócrita o bien como provinciano amable que sueña con la duración del auténtico canto del pueblo.

No fué el pueblo quien, inconscientemente y nunca agotado, creó nuevos cantos de una manera incesante. Fueron, sobre todo, poetas de la ciudad, que por sí solos o en pequeños círculos se imitan irregularmente en la honrada sencillez o más a menudo en el desbordamiento artístico y con ello se sitúa el romanticismo occidental a la par de la poesía de los antiguos contemporáneos de Anaximandro, que con los poetas de la época cesárea romana quieren lo mismo y consi-

guen lo mismo. Romántico es el alejandrinismo de nuestra cultura.

Nadie concibe al romanticismo más profundo y poderoso que en Alemania, que dividió a toda su nueva literatura desde Klopstock hasta Hebbel y Nietzsche en prerromanticismo, alto romanticismo y postromanticismo; así que Goethe, que en su primera parte del *Fausto* está en el principio y por algunos trozos de la segunda parte se encuentra incluído ya cerca del fin, ocupa el centro en la serie de los líricos auténticos, casi todos grandes nombres.

Aquí sólo el Barroco había ahorrado fuerzas poéticas distinguiéndose en las literaturas occidentales por su repentino e impopular florecimiento tardío, por su rara mescolanza de instrumentos primitivos y recientes. Durante un siglo ha atravesado rápidamente toda la serie de tramos de su desarrollo, que en Francia ha acontecido aisladamente desde Villón hasta Verlaine.

Todavía hoy la lengua alemana sigue tan pobre en la prosa de la novela y con tan limitados medios de expresión en la lírica. Goethe y Hölderlin la encontraron así cuando leyeron a Lutero. Ella se durmió en el siglo del Barroco; no ha seleccionado, ordenado, ni afirmado ninguna cultura social, ninguna gran poesía de sociedad, ni tampoco adquiere peculiar profundidad. El alemán es una prueba de lo inagotable del gótico, un reino ilimitado de posibilidades espirituales, en el que incluso el inteligente se extravía, una masa invisible de palabras y definiciones, que cada poeta domina; el problema del dominio se reduce a situar y solucionar situaciones poéticas. Y mientras un francés tardío como Baudelaire se consideró en su lengua un Hindernis, que encontró y aumentó su vigor peculiar, es la lengua aquí a menudo más ingeniosa que el poeta mismo, es igual que por su carácter gótico halague una u otra posibilidad y se le presentan sorpresas en las que ni ha pensado.

Pero fuera de esta época, el romántico aislado ra-

ramente será un auténtico poeta; por un lado el vigor decae, la tensión ciudadana del espíritu para desligarse de visiones poéticas se acrecienta; por otro lado el alemán ha sido la lengua dura del día y los cambios preconcebidos en esta ordenación cotidiana hacen casi imposibles tales visiones, que se pueden sentir en cualquier otra ordenación que tan sólo se atenga a las imágenes y al sentido de las palabras, a la fuerte unidad de ritmo, colores y sonidos.

Los mejores versos, los sutiles alejandrinos, se hacen sólo para sentir cómo es debido, cuándo se sea poeta y fuerzan a la plena ilusión aun en la más perfecta aclimatación. La poesía le permite adquirir a uno una espiritualidad más fuerte, en que le sitúan las palabras acertadamente encontradas y los colores ideales e imágenes adecuadamente elegidos. Todo distribuído, construído y equilibrado hasta dar la perfecta ilusión de la pureza. Así conquistan ellos para sí y para otros la fe en una nueva sangre, en jóvenes escuelas, épocas y orientaciones. Pero la Historia de la lírica está para nosotros en su fin. No hay ninguna lírica más. Hay sólo escasos y extravagantes rezagados de una lírica acabada que se han expuesto a peligrosas circunstancias y a las más peligrosas amarguras, errores y atrevimientos, y que alambican sus creaciones. Esto produce una tensión en el interior de la personalidad y con ello un énfasis de imágenes, una trascendencia de las palabras, una lógica de colores y tonos, que es peligrosa y conduce finalmente a la monstruosidad. Lo precedente obliga a recordar dos ejemplos, cuando se lee en el ditirambo de Nietzsche: «El sol desciende», y todavía antes que él abundantes líneas de Hölderlin de la época de su extravío, como éstas, por ejemplo:

Pero terrible y sin encontrar hospitalidad
camina por el jardín el extraviado,
ciego, allí con sus solas manos
apenas un hombre se imagina la salida.

o bien:

Pero el abuelo
va de prisa sobre el lago,
sagazmente, y se extraña
del rey de la cabeza dorada
o del secreto del agua,
cuando rojas estallan las nubes
sobre la barca y mudos los animales
se miran unos a otros
pensando en la comida.

Algo parecido expresa Wágner en momentos muy frecuentes de su música. Y trozos semejantes se encuentran en Baudelaire, Verlaine, Stefan George y Droem.

Aquí no se encuentra ya ningún otro panorama perceptible. No se pinta, en general, nada más en sentido romántico. Horizonte, cielo, columnas, calles, fachadas, son confirmaciones de los acontecimientos más íntimos y significativos expresados en señales sensibles. Existen sólo allí, por decirlo así. Las imágenes serán concebidas como los sonidos; ninguna violencia intimidará; a menudo nacerán de una forma problemática, a menudo deseados o inasequibles en su intención o con detalles únicos, pero muy frecuentemente tanto lo perfecto como lo insignificante tienen entrada en este arte; hay visiones, como las de algún romántico rezagado, que han subsistido herméticamente. Me refiero a cantos como «El alma en el firmamento» o en la serie flamenca, donde el tiempo existirá para el espacio, o líneas aisladas como éstas:

Los tapetes de nuestro dormitorio
salpican con ornamentos extraviados
los jardines de Babilonia
cuando se pudo inspirar en ellos.

Pocos comprenderán este canto con su trascendencia acrecentada hasta el último límite. Ello exige unos segundos ojos antes que aquellos que sólo perciben las cosas más sensibles. Tras esta naturaleza como

tras una máscara se encuentra la otra, en la que el alma extraviada y disfrazada triunfa sobre el mundo del día. Todos dicen siempre de nuevo frecuentemente con imágenes de escasas palabras o con giros cortos, ligeros y fácilmente perceptibles, que han limitado la magnitud del éxtasis; por último se desligan de todo detalle («sólo atravieso tu pequeña llama»), un momento, en el que todo se apaga y desaparece para siempre; que reunió lo inconsciente con lo que está por encima de lo consciente como en el símbolo de la buena luna, que acompaña al poeta hasta el último cielo; esto implica una íntima libertad en el espacio, que señala bien los límites de las posibilidades líricas, un arte que quizá tenga todavía en este siglo alguno o varios imitadores temporales; sin embargo, es posible que subsista la imitación, para cuya poesía existirá este arte.

LA RELACIÓN ENTRE ECONOMÍA Y POLÍTICA FISCAL DESDE 1750

Cuando un representante de la Ciencia o de la Administración financiera disertó en el siglo XIX sobre la existencia de los impuestos, fué a parar al mismo punto de gravedad de siempre: los impuestos son como el control del trabajo por el Estado; en una propiedad particular, con exclusión de la pobreza, los impuestos son como primas de seguros para los ciudadanos; los impuestos son como entregas en esperanza de una reforma en el orden y la seguridad. Alcanzamos a ver en ellos lo inútil, puramente formal; pero en el derecho romano era absolutamente correspondiente el concepto de Estado ante el que se enfrenta aquí el pueblo como ante un cuerpo extraño. No constituye una prueba simple la descripción del hecho o un método de desarrollo. El sistema tributario se apartó de la necesidad y subsistió en los fundamentos que en ella se encuentran. La ciencia financiera alcanzó a ver la relación entre la política fiscal y la técnica financiera, y sus orígenes las rentas o patrimonios de los súbditos; pero nunca hasta el conocimiento de lo que se encuentra realmente tras los citados orígenes: la vida económica del pueblo. Rentas y patrimonios son sólo el aspecto numérico, cuando se observa la economía únicamente como expresión de su desarrollo; son cantidades que sólo existen por sí solas para los administradores financieros. La autocomplementación de las unidades económicas es sólo posible por el trabajo, y como consecuencia del desconocimiento o falta de consideración de este trabajo, puede desampararse la vida económica de un pueblo por falsas intervenciones.

Mientras no se superó la insuficiencia de impuestos de mediados del siglo XIX, fueron lamentables semejantes errores, pero inofensivos. Hoy esta insuficiencia se ha convertido en monstruosa superabundancia, por lo que el conocimiento de los orígenes verdaderos y su fomento es cuestión de vida o muerte para un pueblo. La relación entre los impuestos y la visibilidad económica se vuelve inminente. El fundamento que puede asegurarse, tambalearse o destruirse, no es una suma de valores, sino un organismo, un cuerpo vivo cuya estructura y circulación interiores, cuyo modo de vida y fuerza vital se conocen escasamente antes de que se arriesgue un ataque profundo. Hoy no se trata de la prosperidad de personas o de clases aisladas, sino de la existencia de la totalidad del pueblo.

El siglo XVIII, caracterizado por la presencia de la monarquía absoluta, tiene incluso, como en todas las épocas, un punto de gravedad claro, brutal, pero práctico y que se manifiesta sin hipocresía. El sistema tributario fué la ejecución del derecho de soberanía y se verificó de forma áspera, sin sentimentalismos, y considerando el gobierno sólo lo absolutamente conveniente. La elevación de las necesidades fué el hecho decisivo, no las consecuencias de sus disposiciones. Esto es peculiar a los derechos de soberanía; no existió la preocupación por compensar los daños económicos que la guerra causaba a los súbditos. Se llevó a cabo con posibilidades el cultivo exhaustivo. En la ejecución del derecho pudo mostrarse únicamente el punto de vista comercial, algo de la organización práctica del cobro de grandes liquidaciones, por consiguiente nada menos que el crecimiento futuro de la total capacidad productora. El llamamiento del banquero Necker poco antes de la revolución, debió salvar exclusivamente las finanzas, no la economía. Por el resultado de los métodos financieros, se piensa en la forma y papel de la economía, que nadie pudo concebir independientemente.

La gran negligencia social conduce muchas veces al arrendamiento de estos derechos (fincas, minas, medios de comunicación). Pero de esto resulta ya algo profundo, totalmente impremeditado, sobre la economía: debido a esto nace una etapa de exorbitantes impuestos sobre arrendamientos, una todopoderosa nobleza financiera, cuya sola influencia llega hasta aquí; el gobierno deja actuar inconscientemente sus poderes sobre la economía. Los ministros no conocen la economía; los arrendatarios tienen una idea instintiva y casi mejor. Ya en el último año de Luis XV, fué concebible una revolución: la antigua nobleza estaba entrampada y empobrecida; se le destinaban pensiones y donativos; la nueva nobleza financiera la superaba con mucho en influencia. Cosa que se ve recordando al duque de Saint Simon. Esta influencia se ejerció en la elección de los métodos de tributación, que debió conseguir esta nueva nobleza tan pronto como le fué posible. Así pudo imponer hipotecas particulares a los castillos y tierras de la nobleza, con lo que surge junto a los impuestos directos la compra de dignidades, en realidad un impuesto encubierto; así la sociedad vive en una terrible dureza y el gasto llega a consumir por completo las fortunas familiares. Hubo posesiones que fueron vendidas por cien mil libras para poder soportar el lujo principesco que se exigía y que debió ser sostenido por medios privados. Sólo bajo Luis XIV la venta de dignidades produjo muchos millones. Pero por este camino se fué directamente a socavar la situación económica en la que entonces por tradición, educación y experiencia se apoyaba el Estado. El endeudamiento, la falta de dignidad en los asuntos de dinero, el escepticismo y escarnio de los arruinados envenenan la alta sociedad y preparan la revolución, que procede de estas cosas y no de la clase media.

Por si todo ello fuese insuficiente, se va hacia un rápido aumento de la deuda pública, más que nada en provecho del gran mundo financiero, con lo cual

fué aceptada la colocación de empréstitos, y entonces surgió una clase de rentistas, que por su habilidad y medios materiales pudo escapar al trabajo productivo. La deuda pública en Francia ascendió desde 1721 a 1789, de mil setecientos millones de libras a cuatro mil setecientos millones (que por entonces era una suma inconcebible en relación con las posibilidades del país, mientras que la de Inglaterra pasaba desde 1739 hasta 1784, de cuarenta y siete a doscientos cincuenta y siete millones de libras), por lo que fué disminuyendo el capital nacional de exportación y aumentando los miles de impuestos que pesaban sobre los hombres de posición económica desahogada; surge de aquí la necesidad de desembarazar al trabajo manual de sus cargos; se ve claramento y de un modo seguro la torpeza del mundo financiero en Francia bajo Luis XVI.

Sólo como resto del viejo y germánico derecho feudal queda ahí el sistema de contribuciones territorial, el suelo y el subsuelo propiedad de los señores alquilado por los súbditos, al igual que en Inglaterra donde todavía hoy las tierras jurídicamente son propiedad del rey. El más viejo ejemplo de esta evaluación es el reparto de la tierra conquistada y la regulación de la contribución territorial entre los normandos hacia el año 1000 en Normandía, la de 1066, de gran estilo, en Inglaterra, y más tarde en Sicilia. Del tribunal de cuentas de los reyes de Inglaterra procedían las expresiones: resguardo, cuenta, control, cheque (que a modo de tablero de ajedrez estaban expuestas en las mesas de contabilidad), «exchequer» (nombre inglés de la tesorería). El impuesto se basaba por tal motivo en la situación original y no en el modo de explotación o en el balance real, pues el traficar y el comerciar iba contra la dignidad de los señores.

La «taille» tiene esta importancia en Francia, de ahí la célebre polémica acerca de la libertad de impuestos de la nobleza francesa, que ocasionó el esta-

llido de la revolución. Se comprende hoy lo falso de la sentencia: la nobleza tenía que pagar bien. La historiografía partidista ha silenciado el gran altruísmo de las asambleas de notables, pero no fué oprimida por la forma del impuesto que atiende al rango de los súbditos en la lucha por las finanzas, hay que considerar el concepto feudal del mundo. Es comparable con la «taille» el sistema de contribución territorial de José II en Austria y el «Generalhufenschoss» de Federico Guillermo I en Prusia. La contribución territorial inglesa que fué en 1700 casi una especie de renta sobre el suelo, y los poseedores de la tierra ya figuraban en los censos enfitéuticos.

Todos estos procedimientos actuaron modificando y paralizando la economía; así se vió inconsciente e inadvertidamente. Nadie tuvo la sagacidad para ver cuándo se excedía. Pero estos métodos financieros caminan hacia el fin con la revolución francesa. La deuda se acrecienta por la lucha de clases y la desolación económica de las épocas jacobina y napoleónica. Inglaterra debió establecer hacia 1816 una especie de tasa sobre la renta. En Francia se alza de cuando en cuando la amenaza desde 1792 hasta 1799, que llega a la incautación real de todas las rentas y bienes. La mitad del suelo francés fué enajenado, vendido o disipado por sus legítimos propietarios, verificándose una transformación de los bienes nacionales y por consiguiente de la población, que ha actuado tan profundamente sobre el carácter francés como las ideas de 1889. Desde esa época se realiza el ideal rentista francés con su concepto especial sobre el capital.

Sobre todo fué sacudido entonces el concepto de la tributación como derecho de ciudadanía. Nace otro concepto, más a consecuencia de los nuevos ideales políticos que del crecimiento y peligro de los gravámenes. Pero se aleja mucho de esto el hecho de que por aquel entonces se estudiaban las condiciones interiores de la economía considerándolas como base particular y única de los impuestos. Todo lo contrario.

La economía nacional es todavía joven y demasiado abstracta; aun no se ha enseñado el tratamiento de la economía como el capital más primordial e importante para comprender una ciencia de las finanzas; se sigue de ello y de un modo absoluto una ideología políticofilosófica y se considera la existencia de los impuestos como una forma del cumplimiento recíproco de los deberes entre hombres libres, idea completamente influída por el espíritu de Rousseau, es decir por el Contrato Social. Los ideales de libertad, igualdad y fraternidad conducen lo mismo a un ideal sentimental de la contribución territorial que a la concepción de la innata dignidad humana: el individuo debe llevar su parte en los gravámenes universales personalmente evaluados y soportados. Pero la hipótesis científica se aleja de la experiencia, en tanto se aproxima a él. La igualdad, la justicia y otras formas ideales fueron tan importantes como los costos y beneficios líquidos. La envidia inicia su influencia al hacer valedera la legislación sobre impuestos. Los ministros europeos de hacienda habían pensado menos comercialmente que los del antiguo régimen. En la ciencia financiera alemana de aquel tiempo, indiscutiblemente la primera, pero también la más abstracta del mundo, se tuvo muy en cuenta a Kant y a Hegel, y se consideró muy poco la experiencia comercial. El jurista comienza por eliminar al banquero como asesor. Se prescinde de la persona del contribuyente, es decir del censo como fundamento de la meditación técnica; en el mismo grado se considera la situación económica del pueblo fuera de los intereses de las asambleas nacionales. Se idealiza al contribuyente y se olvida que es el sostén real del impuesto; todos buscan desembarazarse de la carga por el alza de precios y los aumentos de salarios, así como también se olvida que sobre el ideal del derecho electoral está el hecho brutal de la revisión de actas. El hecho de que el contribuyente no se identifica con la base del impuesto, de que cada ley tributaria abstracta remeda

exteriormente los métodos de maniobras envolventes, defensa, liberación, de que la igualdad y justicia son contraproducentes para la economía y la paralizan en parte o la dejan desenvolverse inadecuadamente, encuentran apenas consideración fuera de la comercial y administradora Inglaterra. Fué tan evidente en la época de la democracia ascendente el ideal de un impuesto universal, directo y en completa independencia de la evaluación personal —como expresión de esta democracia—, que falta una crítica seria tan buena como completa de su cuestión más grave y de su eficacia. Nadie se atrevió a considerar los impuestos indirectos como más eficaces, baratos y honrados que el coste de la recaudación. Fueron poco populares. Y rigen como la carga subjetiva de los brazos. La teoría está inspirada por los usos; éstos incluso le fueron dados. Se ha comparado desde entonces en Prusia el principio de la obligatoriedad tributaria universalmente personal con el universal servicio obligatorio.

La deuda experimenta un rápido crecimiento junto a la contribución territorial, urbana, industrial, impuestos sobre utilidades y salarios. Para estudiar formas económicas ideales, nació en Francia como en Alemania una instrucción particular para los profesores y empleados de hacienda, que eludió la lengua del derecho romano. En lugar del jurista, profano en asuntos económicos, debió considerarse al economista como conocedor de primera categoría, pero absolutamente extraño a lo fundamentado en el derecho público, al igual que el pensamiento político partidista de esta época; así se consideró el concepto de la tributación como un derecho, entonces no de los señores, sino como perteneciente a los representantes del pueblo, y quizás un derecho real («res» en el lenguaje del derecho romano). Se exigió de cada ciudadano particular —en romano «persona»— fracciones de sus bienes o del producto de su trabajo. Pensar sobre su origen o recompensa era asunto de otro ministerio,

que el ministro de Hacienda atribuyó por regla general al de la Guerra.

El punto de vista de la jurisdicción se separa del comercial, del formal, del práctico. Algo así como extraer, entonces era ya corriente, de un montón de metal en bruto una pieza de acero o bien una máquina. Semejante método catastrófico pudo actuar con miras a la protección más elevada; esto significa que entonces no se había reconocido su pleno peligro.

Alrededor de 1850 fué alcanzado lo más profundo de la cuestión: las finanzas fueron administradas por todas partes en Europa; alrededor de 1880 era la demanda tan insignificante que en este caso constriñó la poderosa elevación de la vida económica, pero no pudo paralizarla; entretanto se opera inmediatamente un giro definitivo en el interior de la forma económica. Hay un abismo entre la estructura de 1800 y la de 1900. Todos los tópicos, tales como época de los ferrocarriles, de las máquinas, del crédito, del capitalismo, no son comprendidos en su profundidad. La industria mecanizada no es particularmente nueva. Ciudades-fábricas existieron ya en 1750. Lo decisivo y que no sólo ha transformado la vida económica en su totalidad, es la progresiva y rápida separación entre la propiedad y el propietario, que fué siempre en la mayoría de los casos el móvil de los grandes patrimonios nacionales. No la máquina, sino las acciones han transformado la faz del mundo productivo. La producción sigue su camino, pero el reparto de los atributos de la propiedad en un país fué siempre inverosímil para los habitantes. Los bienes no sólo están en las cosas visibles, sino más bien en las que se utilizan con la posibilidad de una inmediata retirada. Así nacen los bienes puramente financieros, las ficticias acumulaciones de dinero de la especulación, cuya tendencia dependía de la elevación de los créditos y de su progresiva fuerza creadora. Igualmente fué comprendida la utilidad de la fuerza corporativa y se sustrajo al artesano cada vez más de la revisión

de su capacidad productora y tributaria. La circulación entre productor y consumidor fué substituída por el suministro de mercados y las operaciones a plazos, que en general rinden pingües beneficios. El servicio interurbano y cablegráfico permite acrecentar las posibilidades de ganancia más allá de las fronteras del Estado. Por ello ha sucumbido por completo la hipótesis existente sobre el ideal de la tributación personal y directa. Así que la declaración tributaria del individuo, tan pobre en casi todos los casos, pudo ser examinada en líneas generales, y se vió que la igualdad y la justicia fueron menos consideradas que los fines posibles. Ahora ha venido a ser lo más importante la oposición de rico y pobre entre semejantes contribuyentes, cuyas rentas y bienes existen públicamente, y de modo semejante su capacidad real productiva se siente pero no se calcula. Y por último es directamente acaparada por los primates de la especulación con su prodigiosa opulencia, que se apoya sobre la movilidad de todos los valores. Desde la movilización de la mayor parte de los bienes actuales del pueblo por los títulos de los billetes de Banco y las acciones, ya no agobia en general la carga tributaria a la burguesía. Ella es soportada casi en su totalidad por la propiedad inmueble y los poseedores de acciones. Los sueldos fijos son como gravamen de las ganancias debidas a especulaciones, que sobre el papel imprime proporcionalmente los impuestos, pero no en proporción comprobable. Y como consecuencia de ello resulta exclusivamente el poderoso, lento, costoso y fundamentalmente inútil aparato de la actual administración financiera. La economía está oprimida por un cerco de leyes de control, compromisos y reglas de seguridad. Ella se rozó hasta la desolladura, y la pérdida por roce no se encuentra en relación con la actividad real de este método. Cuando se obtuvo en Alemania como importe total de impuestos sobre ren-

tas y derechos reales un producto bruto de 771 millones, del que se quiso sacar el coste total de la administración financiera (881 millones), así se comprende que apenas quedara producto líquido. La deuda pública se satisface realmente por aduanas, impuestos indirectos, ferrocarriles, que cubrirán muchos miles de millones.

Aquí comienza ahora, desde 1890, el alza fantástica de la deuda pública. Los sistemas políticos del mundo caminan hacia una crisis que los conduce a una guerra mundial; la industria mecánica ha aprisionado a los hombres; ellos la crearon y se valen de ella para aumentar su espacio vital. La política mundial avanza hacia fines de poderío, en el creciente dominio sobre materias primas y mercados; la eliminación de intereses económicos extraños y su subordinación a los propios, bajo la amenaza de exclusión o aniquilamiento. Ésta y la cuestión de los armamentos, que está vinculada al miedo que pulula alrededor de todas las fronteras de la Tierra, exigen una base tributaria que llegará a parecer inaudita. Y precisamente ahora, es necesario saberlo, el problema se sitúa completamente de nuevo; surge la inesperada creación de una política interior en todos los estados de importancia decisiva, con la idea de la tributación como necesidad para hacer circular la sangre vital por el organismo económico. Entonces, con este aumento de la deuda, se impone paralelamente el parlamentarismo. La elección de impuestos es dependiente de los intereses políticos de los partidos. La amenaza con nuevos impuestos, fué un arma en la lucha electoral. Fué más atendida la cuestión inconsciente e inoportuna, que la consciente y verdaderamente oportuna. La envidia y el odio de las masas ocasionan la supresión de aduanas de la delegación de hacienda, y exigen que el adversario político soporte la carga, y hacen que gravite sobre él, incluso cuando el Estado no tiene en absoluto necesidad de ello; fundamentada en semejante instinto, asienta la reclamación constante de los

partidos políticos de hacer más fuerte el reinado del comercio y de la industria, y la reclamación de los campesinos sobre el gravamen de la economía agrícola, las demandas de los asalariados, con lo cual el riesgo de un negocio alcanza también a sus ganancias, ante todo la propensión al impuesto de lujo, cuyo importe líquido no juega todavía el papel de la mayor parte de los citados ni tampoco llegó a ser realmente soportable. Consecuencia de ello fué el hecho de que se debió conquistar, más que un gobierno, la libertad de acción política para las concesiones tributarias. La falta de energía en las disposiciones impopulares, dificultó por completo, hacia fines del siglo, la discusión del problema de los impuestos. Por lo contrario, es de interés para los partidos actuales, que el cuerpo electoral se mantenga alejado de este sentido práctico. El concepto del mundo del contribuyente, es uno de los medios más importantes en la lucha por la posesión del poder gubernamental.

Entonces vino la guerra mundial; y ahora aparece en Alemania, todavía mucho más rápidamente que en cualquier otra parte, la necesidad de la tributación insensata; como la economía ha sido devastada, no hay más remedio que exprimir la escasa utilidad neta con los métodos actuales. Aquí nos econtramos nosotros ante un peligro históricouniversal, que de lejos se distingue sobre el entumecimiento o evolución regresiva de la economía. Lo universal y personal sobre la declaración tributaria en el sistema existente, llega a prescindir de las clases más valiosas e importantes de la sociedad; porque ellas son profesionalmente lo más extraño a la especulación, y por costumbre se apartan de la reconstrucción de los métodos de defensa. Lo decisivo es, o bien librar de gravámenes los bienes y ganancias insignificantes, o bien que la legislación tributaria pueda contar con las simpatías de las clases aisladas de la población a causa de su organización política; esto es considerado como lo más grave en el sistema. En Alemania han caminado hacia el sacri-

ficio absoluto, el pequeño rentista y el burgués propietario de alguna casa. Pues la inflación y la baja de alquileres son impuestos indirectos, cuyo aumento dificulta la multiplicación del beneficio líquido. Pero el peligro es grande: obra desde las generaciones de ahora sobre la clase más elevada que se presenta en el suelo europeo-occidental como portadora de esta cultura. La cultura no puede concebirse sin una cierta elevación del costo de la vida. La nueva generación alcanzará un refinamiento espiritual para la ciencia, el arte y la técnica, con lo cual la universal y grosera lucha por la existencia será algo suavizada de antemano por el padre y la madre. Se destruye esta hipótesis como en Inglaterra, lentamente, desde la legislación de impuestos de 1908; en Alemania, desde la revolución con velocidad alarmante. Así se renuncia al futuro de un pueblo a favor de las circunstancias momentáneas; a favor del «panem et circenses», del que se valen los dirigentes para engañar a la grey electoral. Aquí nos encontramos ante el hecho, que no da lugar a duda alguna, de que la política fiscal europeo-occidental camina hacia un duro régimen, que amenaza imponerse sobre todo lo que sobresalga por encima de la masa; sobre todo lo que fué creado y cuidadosamente atendido, y por último, también, sobre la elevación técnica del pensamiento y sobre todo lo que pertenece a lo más elevado de nuestra producción económica. Presenciamos en Europa una expropiación de las clases más elevadas por las papeletas de impuestos, y una emigración no de la patria, sino de la vieja propiedad. Todas las clases que fueron portadoras de nuestra organización, en el más alto sentido de la palabra, están ya destruídas.

Contra este peligro, hacia el que continuamente se vuelve, pues, confundida por una inmensa mayoría la administración privada con la pública, sin comprender o sin querer comprender lo que junto a ésta actúa, aparece ya sólo posible una salvación, y aquí podrá ser Alemania para todo el mundo el país típico de las

ideas, pero en caso semejante amenaza sucumbir. El problema de la tributación debe ser nuevamente planteado y pensado; en lugar del derecho de soberanía del siglo XVIII, de la ideología del XIX, debe considerarse la experiencia económica del siglo XX. Debe convocarse un congreso mundial de conocedores de la vida económica, que extraigan de esta experiencia la forma de conducción de la valoración de impuestos y su revisión en la administración pública y privada; que averigüe en qué condiciones y con qué método pueden ser observadas las unidades de trabajo económicas, la fuerza, las obras; no las personas, a las que accidentalmente se reconoce el atributo de la propiedad. Se debe comprender que con las obras, y sólo con obras, se concibe al poseedor; allí no puede darse para mucho tiempo una posesión irrentable. Un impuesto era antes justo, y hoy puede ser injusto. En la tributación de estas cosas tiene la palabra el economista; no el jurista, ni el político de profesión, ni tampoco el empleado de hacienda. No tiene éxito el mundo europeo-occidental, ya que apenas se emancipa de los prejuicios y sensibilidades de la época romántica, se hunde, económicamente, un escalón; pero la conservación de las masas humanas existentes no es ni mucho menos tan imperiosa como la conservación de su cultura.

INDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 720 Primeros Volúmenes

94-Cartas de mujeres.
305-La fuerza bruta. - Lo cursi.
387-Al fin, mujer. - La honradez de la cerradura.
450-La comida de las fieras. - Al natural.
550-Rosas de otoño. - Pepa Doncel.
701-Titania - La Infanzona.

BERCEO, GONZALO DE
344-Vida de Sancto Domingo de Silos. Vida de Sancta Oria, virgen.
716-Milagros de Nuestra Señora

BERDIAEFF, N.
26-El cristianismo y el problema del comunismo.
61-El cristianismo y la lucha de clases.

BERGERAC, CYRANO DE
287-Viaje a la Luna. - Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol.*

BERNARDEZ, FRANCISCO LUIS
610-Antología poética. *

BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE
341-Sangre y arena. *
351-La barraca.
361-Arroz y tartana. *
390-Cuentos valencianos.
410-Cañas y barro. *
508-Entre naranjos. *
581-La condenada. - Otros cuentos.

BOECIO, SEVERINO
394-La consolación de la filosofía.

BOSSUET
564-Oraciones fúnebres.*

BOUGAINVILLE, L. A. DE
349-Viaje alrededor del mundo. *

BURTON, ROBERT
669-Anatomía de la melancolía.

BUTLER, SAMUEL
285-Erewhon. *

BYRON, LORD
111-El Corsario. - Lara. - El sitio de Corinto. - Mazeppa.

CALDERÓN DE LA BARCA
39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño. *
289-Casa con dos puertas mala es de guardar. - El mágico prodigioso.
384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.
496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.
593-No hay burlas con el amor. - El médico de su honra. *
659-A secreto agravio secreta venganza. - La dama duende. *

CAMBA, JULIO
22-Londres.
269-La ciudad automática.
295-Aventuras de una peseta.
343-La casa de Lúculo.
654-Sobre casi todo.
687-Sobre casi nada.
714-Un año en el otro mundo.

CAMPOAMOR, R. DE
238-Doloras. - Cantares. - Los pequeños poemas.

CANCELA, ARTURO
423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.

CANÉ, MIGUEL
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.

CAPDEVILA, ARTURO
97-Córdoba del recuerdo.
222-Las invasiones inglesas.
352-Primera antología de mis versos.*
506-Tierra mía.
607-Rubén Darío.

CAPUA, R. DE
678-Vida de Santa Catalina de Siena.*

CARLYLE, TOMÁS
472-Los primitivos reyes de Noruega.

CASARES, JULIO
469-Crítica profana. *

CASTELO BRANCO, CAMILO
582-Amor de perdición. *

CASTIGLIONE, BALTASAR
549-El cortesano. *

CASTRO, GUILLÉN DE
583-Las mocedades del Cid. *

CASTRO, ROSALÍA
243-Obra poética.

CERVANTES, M. DE
29-Novelas ejemplares. *
150-Don Quijote de la Mancha. *
567-Novelas ejemplares. *
686-Entremeses.

CÉSAR, JULIO
121-Comentarios de la Guerra de las Galias. *

CICERÓN
339-Los oficios.

CIEZA DE LEÓN, P. DE
507-La crónica del Perú. *

CLARÍN (LEOPOLDO ALAS)
444-¡Adiós, «Cordera»! y otros cuentos.

COLOMA, P. LUIS
413-Pequeñeces. *
421-Jeromín. *
435-La reina mártir. *

COLÓN, CRISTÓBAL
633-Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento. *

CONCOLORCORVO
609 El lazarillo de ciegos caminantes.*

CONDAMINE, C. MARÍA DE LA
268-Viaje a la América meridional.

CORTÉS, HERNÁN
547-Cartas de relación de la conquista de Méjico. *

COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE
490-Los toros en la poesía.

COSSÍO, MANUEL B.
500-El Greco. *

COUSIN, VÍCTOR
696-Necesidad de la filosofía.

CROCE, B.
41-Breviario de estética.

CROWTHER, J. G.
497-Humphry Davy. - Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).

GÁLVEZ, MANUEL
355-El Gaucho de Los Cerrillos.
433-El mal metafísico. *

GALLEGOS, RÓMULO
168-Doña Bárbara. *
192-Cantaclaro. *
213-Canaima. *
244-Reinaldo Solar. *
307-Pobre negro. *
338-La trepadora. *
425-Sobre la misma tierra. *

GANIVET, A.
126-Cartas finlandesas. - Hombres del Norte.
139-Idearium español. - El porvenir de España.

GARCÍA DE LA HUERTA, VICENTE
684-Raquel y Agamemnón vengado.

GARCÍA GÓMEZ, E.
162-Poemas arábigoandaluces.
513-Cinco poetas musulmanes. *

GARCÍA Y BELLIDO, A.
515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strábon. *

GARIN, NICOLÁS
708-La primavera de la vida.
719-Los colegiales.

GÉRARD, JULIO
367-El matador de leones.

GIL, MARTÍN
447-Una novena en la sierra.

GOETHE, J. W.
60-Las afinidades electivas. *
449-Las cuitas de Werther.
608-Fausto.

GOGOL
173-Tarás Bulba. - Nochebuena.

GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.
498-Antología (poesías y cartas amorosas).

GÓMEZ DE LA SERNA, R.
14-La mujer de ámbar.
143-Greguerías 1940-45.
308-Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.
427-Don Ramón María del Valle-Inclán *

GOMPERTZ, MAURICE
529-La panera de Egipto.

GÓNGORA, L. DE
75-Antología.

GONZÁLEZ DE MENDOZA, PEDRO
689-El concilio de Trento.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E.
333-Antología poética.

GONZÁLEZ OBREGÓN, L.
494-México viejo y anecdótico.

GOSS, MADELEINE
587-Sinfonía inconclusa. *
670-Brahms. *

GRACIÁN, BALTASAR
49-El héroe. - El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio. *
400-El criticón. *

GRANADA, FRAY LUIS DE
642-Introducción del símbolo de la fe. *

GUEVARA, ANTONIO DE
242-Epístolas familiares.

GUINNARD, A.
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.

HARDY, T.
25-La bien amada.

HAVEN SCHAUFFLER, R.
670-Brahms. *

HEARN, LAFCADIO
217-Kwaidan.

HEBBEL, C. F.
569-Los Nibelungos.

HEBREO, LEÓN
704-Diálogos de amor. *

HEGEL
594-De lo bello y sus formas. *

HEINE, E.
184-Noches florentinas.

HERCZEG, F.
66-La familia Gyurkovics. *

HERNÁNDEZ, J.
8-Martín Fierro.

HESSEN, J.
107-Teoría del conocimiento.

HORACIO
643-Odas.

HUARTE, JUAN
599-Examen de ingenios. *

HUDSON, G. E.
182-El Ombú y otros cuentos rioplatenses.

HUGO, VÍCTOR
619-Hernani. - El rey se divierte.
652-Literatura y filosofía.
673-Cromwell. *

IBARBOUROU, JUANA DE
265-Poemas.

IBSEN, H.
193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.

INFANTE DON JUAN MANUEL
676-El conde Lucanor.

INSÚA, A.
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca. *
328-La sombra de Peter Wald. *

IRVING, WÁSHINGTON
186-Cuentos de la Alhambra.
476-La vida de Mahoma. *

ISÓCRATES
412-Discursos histórico-políticos.

JAMESON, EGON
93-De la nada a millonarios.

JAMMES, F.
9-Rosario al Sol.

JENOFONTE
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).

JONES, T. W.
663-Hermes.

JUNCO, A.
159-Sangre de Hispania.

KANT
612-Lo bello y lo sublime. - La paz perpetua.

202-Cuentos para una inglesa desesperada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
602-El retorno.

MANACORDA, TELMO
613-Fructuoso Rivera.

MANRIQUE, GÓMEZ
665-Regimiento de príncipes y otras otras.

MANRIQUE, JORGE
135-Obra completa.

MANSILLA, LUCIO V.
113-Una excursión a los indios ranqueles *

MAÑACH, JORGE
252-Martí, el apóstol. *

MAQUIAVELO
69-El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte).

MARAÑÓN, G.
62-El Conde-Duque de Olivares. *
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.
360-El "Empecinado" visto por un inglés.
408-Amiel. *
600-Ensayos liberales.
661-Vocación y ética y otros ensayos.
710-Españoles fuera de España.

MARCOY, PAUL
163-Viaje por los valles de la quina. *

MARCU, VALERIU
530-Maquiavelo. *

MARICHALAR, A.
78-Riesgo y ventura del Duque de Osuna.

MARMIER, JAVIER
592-A través de los trópicos. *

MASSINGHAM, H. J.
529-La Edad de Oro.

MAURA, ANTONIO
231-Discursos conmemorativos.

MAURA GAMAZO, GABRIEL
240-Rincones de la historia.

MAUROIS, ANDRÉ
2-Disraeli. *
660-Lord Byron. *

MÉNDEZ PEREIRA, O.
166-Núñez de Balboa.

MENÉNDEZ PIDAL, R.
28-Estudios literarios. *
55-Los romances de América y otros estudios.
100-Flor nueva de romances viejos. *
110-Antología de prosistas españoles. *
120-De Cervantes y Lope de Vega.
172-Idea imperial de Carlos V.
190-Poesía árabe y poesía europea.
250-El idioma español en sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristóbal Colón.
300-Poesía juglaresca y juglares. *
501-Castilla, la tradición, el idioma. *

MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.
350-Poetas de la Corte de Don Juan II. *
597-El abate Marchena.
691-La Celestina. *
715-Historia de la poesía argentina.

MEREJKOVSKY, D.
30-Vida de Napoleón. *

MERIMÉE, PRÓSPERO
152-Mateo Falcone y otros cuentos.

MESA, E. DE
223-Poesías completas.

MESONERO ROMANOS, R. DE
283-Escenas matritenses.

MEUMANN, E.
578-Introducción a la estética actual.

MIELI, ALDO
431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.
485-Volta y el desarrollo de la electricidad.

MILL, STUART
83-Autobiografía.

MILLAU, FRANCISCO
707-Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772).

MISTRAL, GABRIELA
503-Ternura.

MOLIÈRE
106-El ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.

MOLINA, TIRSO DE
73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla. *
369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.
442-La gallega Mari-Hernández. - La firmeza en la hermosura.

MONCADA, FRANCISCO DE
405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

MONTESQUIEU
253-Grandeza y decadencia de los romanos.

MORAND, PAUL
16-Nueva York.

MORATÍN, L. FERNÁNDEZ DE
335-La comedia nueva. - El sí de las niñas.

MORETO, AGUSTÍN
119-El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.

MUÑOZ, R. F.
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.

MUSSET, ALFREDO DE
492-Cuentos.

NAVARRO Y LEDESMA, F.
401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *

NERUDA, JAN
397-Cuentos de la Malá Strana.

NERVO, AMADO
32-La amada inmóvil.

* Volumen extra.

